

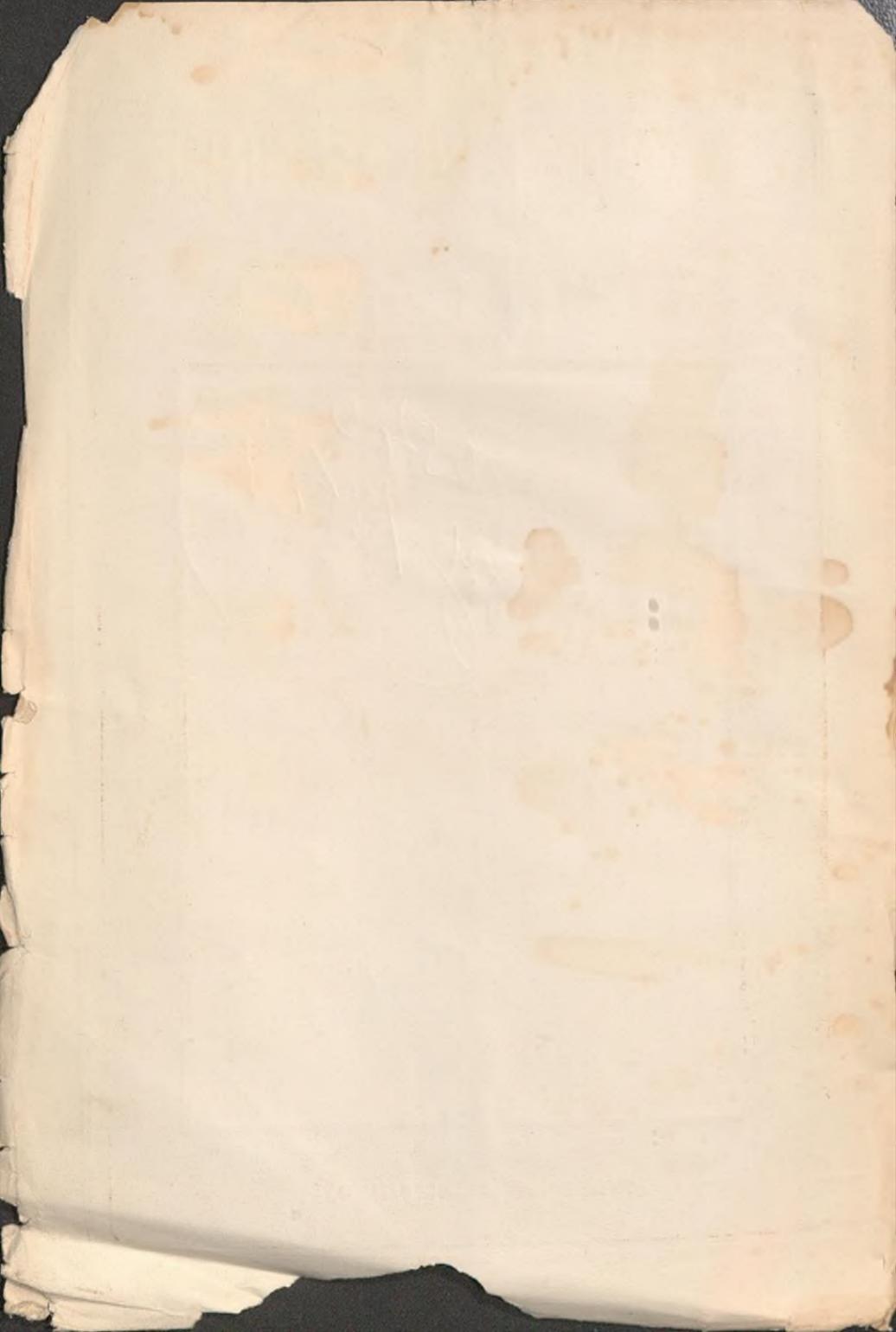
Barna Tuleo-77 2875^a (6-11)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

PLACIDA



MANERO - EDITOR



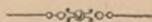
47-2642

20540

Per 1847

3644

OBRAS
DE
MARÍA DEL PILAR SINUÉS.



1875

MARIA BELTMAN SIMONS

20540
SALVADOR MANERO, EDITOR.

PLÁCIDA.

UN DRAMA DE FAMILIA.

POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.



BARCELONA.

SALVADOR MANERO,

Plaza del Teatro, 7.

Ronda, 128.

MADRID.

A. DE SAN MARTIN,

Puerta del Sol, 6.

Carretas, 39.

1877.

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PLACIDA

UN DRAMA DE FAMILIA

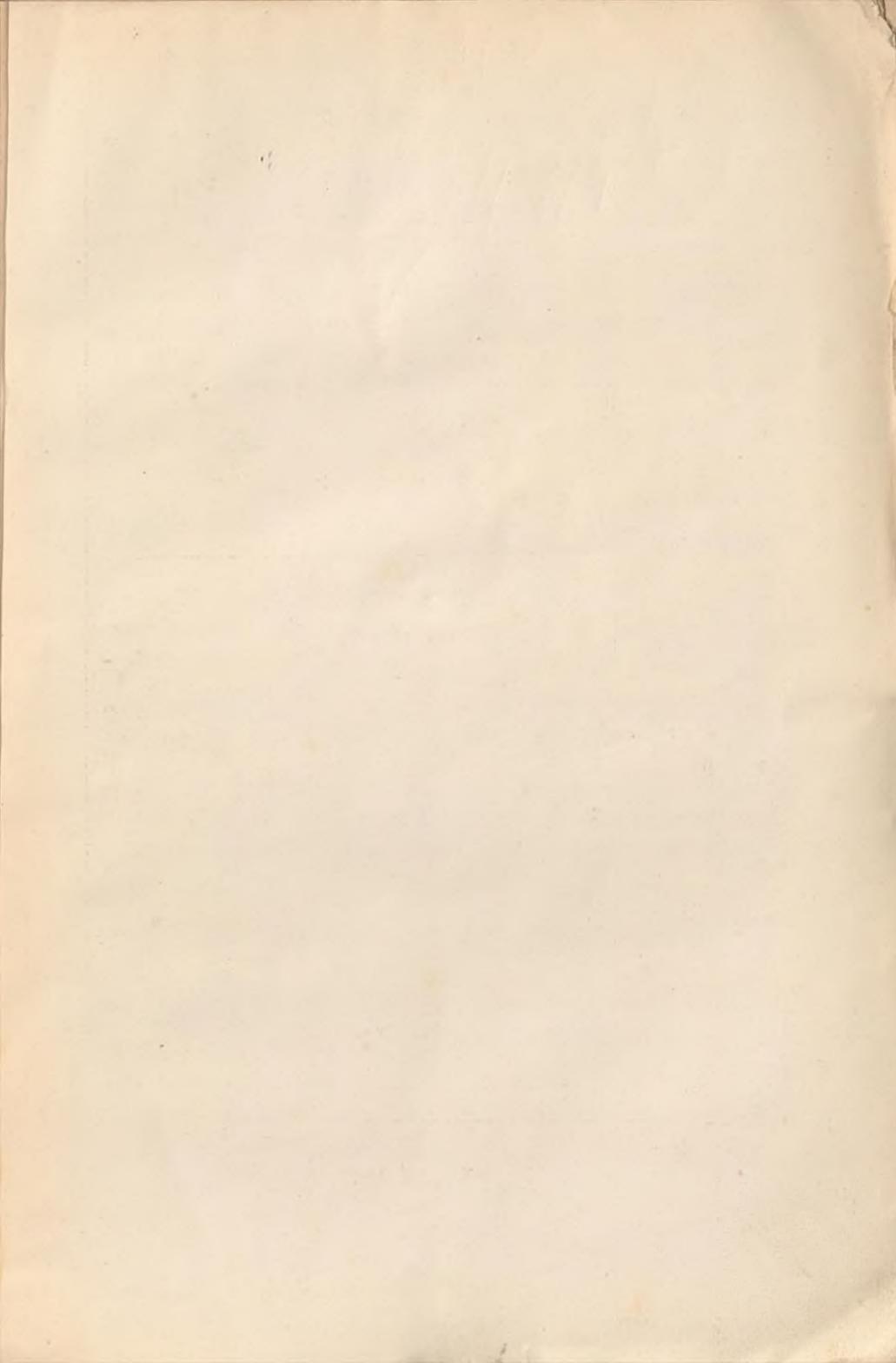
ES PROPIEDAD.

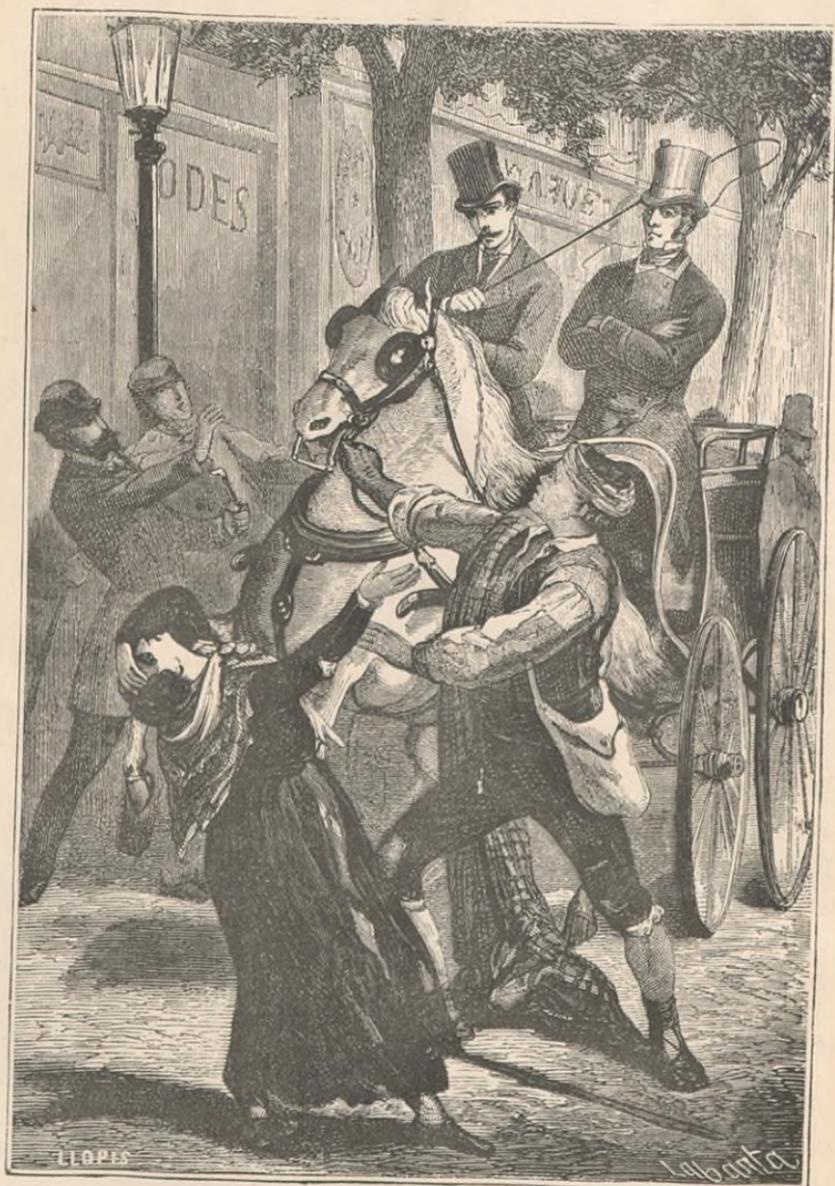
MADE IN U.S.A.

MADE IN U.S.A.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
54 EAST LAKE STREET
CHICAGO, ILL. 60607

1957





MATEO, ¿Y Á MÍ?

I.

En uno de los pueblecillos cercanos á la capital de Aragon, que llamaremos San Juan, vivian hace pocos años el tio Mariano, pobre jornalero, y la tia Bárbara, su esposa, buena mujer, aunque de carácter algo fuerte y bastante rencorosa.

Nadie sabia el apellido del bueno de Mariano, ó al menos le habian olvidado de tal suerte que solo alguno de los mas ancianos de la aldea hubiera podido decirlo.

Se le llamaba *Calabaza*, apodo que su mismo padre le habia puesto por lo escaso de sus alcances y lo nulo de su inteligencia.

—Hijo, eres un calabaza, le decia diez veces al dia el bueno del tio Bernardo: no me vales para nada, ni jamás podrás prestarme ayuda.

—¿Y qué culpa tiene el pobre de ser así? decia al instante la madre de Mariano.

—Mujer, no digo yo que él tenga culpa ninguna, ni le regaño porque nada sabe hacer: digo solo que es un calabaza.

Y calabaza por aquí, calabaza por allá, Mariano se quedó con el apodo de calabaza, única herencia que le dejó su padre, que había sido siempre tan pobre como él, pero mucho mas listo.

Mariano casó antes de morir su padre, con Bárbara, muchacha honrada y hacendosa, pero mas pobre si cabia aun que él.

Bárbara no tenia profesion, ni aun ocupacion fija; cuando habia convites en el pueblo iba á guisar; cuando alguna de las mujeres llevaba mucha ropa al rio la ayudaba en el lavado; cuando habia enfermos iba á asistir, y todo esto por un precio muy módico, y con la mejor voluntad.

Casi nunca la daban dinero, porque es sabido que en los pueblos corre muy poco la moneda: ya la pagaban con un vestido viejo, con un pañuelo desteñido por el uso, con un pan grande, ó con algunas libras de patatas.

Bárbara quedaba siempre contenta; la dureza, la brusquedad de su carácter no la impedía tener el mas hermoso corazon del mundo: aquella dureza era hija mas bien de su genio vivo y amigo de la economía y del orden.

El padre de Mariano, que como se ha dicho, era listo, vió que Bárbara era la única mujer que convenia á su hijo, y así participó á su mujer sus proyectos de casamiento.

—Pero hombre, dijo la buena madre, esa mujer va á

zurrar á mi pobre hijo.

—¡Tomal que no se deje.

—¡Como que no se deje! si es un toro!

—Así le avivará.

—Así le matará á pesadumbres.

—Mujer, las personas del temple de nuestro hijo no se mueren nunca de un disgusto; lo que hacen es quemar la sangre á cuantos viven á su lado; pero ellos están siempre muy frescos.

—¡Ya verás á pesar de cuanto dices como tenemos que sentir!

—Mas tendremos que sentir si se casa el chico con otra mujer floja; además de que ninguna muchacha le querrá en el lugar.

—¿Cómo que no? exclamó la esposa herida en su orgullo maternal.

—¡Claro! ¿le has conocido tu alguna novia, y eso que tiene ya cerca de treinta años?

Nada habia que responder á esta objecion, porque en efecto, Mariano nunca habia tenido novia; las muchachas del lugar se burlaban de él, y ninguna le hubiera sufrido á su lado ni en la velada, ni en el baile, ni cuando iba por agua á la fuente.

Bárbara no se reia de él; compadecia á aquel pobre mozo, alto, flaco, y cuya cara larga y amarilla tenia una gran semejanza con el fruto cuyo apodo llevaba; era tan paciente, tan sufrido, y tan servicial en medio de su mis-

ma nulidad, que en las buenas ideas de Bárbara no cabía burla alguna para él.

Bárbara era una mocetona de veinte y seis años, baja, gruesa; comía mucho, trabajaba mucho y cantaba con una voz bastante hombruna; su vestido era pobrísimo: se reducía á una falda de indiana remendada con pedazos de diferentes dibujos; á un jubon, no menos remendado, y á un pañuelo lleno de zurcidos; pero todo esto tan limpio, tan bien puesto, que parecía iba llena de galas.

Un día al anochecer, que venia de lavar una gran cantidad de ropa, se halló esperándola al padre de Mariano.

—Buenas noches, Bárbara, le dijo el buen hombre.

—Buenas las tenga usted, tío Bernardo, contestó la muchacha.

—¿Tienes prisa?

—Sí y nó: ya sabe usted que soy sola y que nadie me espera; pero tengo que entregar esta ropa.

—No te entretendré mucho, Bárbara.

Esta dejó el lio de ropa sobre el banco de piedra en que había estado sentado el tío Bernardo, y escuchó.

—Bárbara, dijo el buen hombre, ¿te casarías de buena gana con mi hijo?

—¿Por qué no? repuso la jóven; es bastante dócil y bonachon; y creo que si yo le dijera anda por ahí, ó anda por aquí, andaría

—Eso es verdad, Bárbara.

—Me parece que me dejaría gobernar la *pobreza* de la

casa.

—Desde luego; treinta años tiene y jamás ha pedido un cuarto.

—No es malo, pues, para marido, tío Bernardo.

—En ese caso, os casareis.

—Pero ¿sabe él algo? nunca me ha dicho que me quería.

—¡Bah! es un calabaza!

—Eso no importa; yo me casaré con él gustosa, porque ya sabe usted que no tengo padre ni hermanos; pero ha de ser queriéndome él; si no, jamás.

—Vente conmigo, Bárbara, dijo magistralmente el tío Bernardo.

—Ahora no puedo; pero en dejando la ropa, iré á su casa de usted.

—Pues hasta luego.

—Hasta luego.

Una hora despues fué Bárbara á casa de su futuro.

Esto verdaderamente no estaba en lo natural; pero la pobre muchacha no tenia á nadie que le arreglara su casamiento, y resolvió arreglárselo por sí misma.

Halló á la familia reunida en la cocina.

El padre, pensativo, fumaba tabaco negro; la madre hilaba estopa, el hijo mondaba patatas para la cena:

—Vaya hija, ven acá, dijo la madre de Mariano, haciendo un ladito á Bárbara.

—No tengo frio, respondió ásperamente la muchacha;

lo que quiero es que acabemos pronto, porque estoy rendida de trabajar, y si he de cenar, aun he de hacer la cena.

Luego encarándose con Calabaza, le preguntó.

—Mariano, ¿te casarías conmigo de buena gana?

—Ya se vé que sí, respondió Calabaza:

—¿De veras?

—De veras.

—¿Harás lo que yo te mande?

—A ciegas.

—Pues vaya, dentro de un mes nos echarán las bendiciones, añadió Bárbara levantándose para salir.

—Pero mujer, ¿ya no hay mas que decir? preguntó el tío Bernardo admirado de la vivacidad de su futura nuera.

—¿Así se arregla un asunto tan sério? añadió su mujer.

—¿Qué quiere usted? repuso Bárbara, ¿no somos los mas pobres del lugar?

—Sí.

—Pues bien: yo tengo mi casita, compuesta de la cocina, un cuartito, malo es verdad, pero que vale para dormir, puesto que en él duermo yo; además, tengo un corral, donde crio gallinas y conejos. Pues bien: así que nos casemos, Mariano se viene conmigo, y donde he vivido yo sola, viviremos los dos.

—Pero mujer, dijo la madre, algo hemos de hacer nosotros por él,

—¿Y qué han de hacer ustedes?

—¿Lo has de poner todo?

—¿Y qué remedio? yo tengo algo: él tiene sus brazos; yo hallo un marido; él halla una casa y una mujer que le cuide: cada uno pone lo que tiene, con que buenas noches.

Bárbara salió dichas estas palabras.

—¡Anda á acompañar á tu novia, Calabaza! le dijo su padre.

—Es muy bestia, pero buena como el buen pan, dijo la madre así que hubieron salido.

—Que sea buena es lo principal, respondió el padre con tono sentencioso.

II

Al dia siguiente empezó á cundir por el lugar una noticia extraordinaria.

—Calabaza tiene novia, se decian las muchachas al ir á la fuente.

—Calabaza tiene novia, se decian los mozos al ir al campo.

—Y la novia es Bárbara.

—¡Pobre Calabazal ya se puede preparar á llevar algunas palizas.

—¡Bah, bah! ahora puede que avive.

—¿Avivar él? es ya viejo.

Todos los dias, durante un mes, se renovaron estas con-

versaciones; pero llegó un domingo, en que la iglesia de la aldea se llenó de gente desde muy temprano, y en que el señor cura echó la bendición nupcial á Bárbara y Mariano.

Formaban los novios el contraste mas perfecto: Bárbara, baja de cuerpo, gruesa y negra, tenia el color encendido, tenia el pelo negro y basto, los ojos pequeñísimos, y la boca grande, pero adornada de una buena dentadura.

Su marido, era alto y desgarbado como un chopo, flaco en extremo, su color era terroso, sus ojos y sus cabellos de un color indefinible; tenia siempre la boca entreabierta y los brazos colgando á lo largo del cuerpo.

Acabada la ceremonia no hubo convite, segun costumbre; los novios comieron solos con sus padres, y al anoecer se encerraron en la casa, ó mas bien en la cho-cita de Bárbara que era el único patrimonio de los consortes.

Desde el dia siguiente, emprendieron el mismo método de vida que antes habian seguido.

Bárbara se levantaba antes del dia, y se iba á ganar su jornal lavando, guisando, ó cuidando algun enfermo.

Mariano, hostigado por su mujer, comia sus sopas, tomaba su azada, y se marchaba á ganar al campo su jornal.

Volvia á las doce, y tenia la obligacion de dar de comer al cerdo y á las gallinas.

Un día que se le olvidó, tuvo que sufrir tal enfado de Bárbara, que juró que nunca jamás le volvería á suceder.

Seis años pasaron sin tener hijos: al cabo de este tiempo, Bárbara dió á luz un niño, al cual se le puso el nombre de Mateo por devocion de su madre.

La condicion áspera de la señora Calabaza se dulcificó algun tanto con este acontecimiento; la pobre mujer sentia un consuelo inefable, al volver á su casa, y hallarse con un angelito que la esperaba sonriéndole; una vecina caritativa se lo llevaba dos veces al dia á donde estaba lavando para que le diese de mamar, y luego volvia á acostarlo en la cama.

Por un milagro de la naturaleza el pequeño Mateo era un sol de hermosura, á pesar de tener por padres dos modelos de fealdad.

Blanco y rosado con ojos negros y cabellos sedosos y oscuros, robaba la atencion de cuantos le veian, no solo por estas perfecciones, sino tambien por la gracia de todos sus movimientos.

Pasaron cuatro años mas, y Bárbara dió á luz una niña á quien se puso el gracioso nombre de Plácida.

En nada habia cambiado entre tanto la precaria situacion de Calabaza y de su esposa; seguia aquella haciendo sus mandados, y envejeciéndose en el rio, espuesta al sol, al aire y á la intemperie de las estaciones, y este cavan- do de sol á sol, encorvado bajo el peso de un trabajo duro y sin descanso: pero á pesar de la asiduidad de ambos, ni

uno ni otro conocian apenas al rey por su moneda.

Sabido es que en las aldeas corre muy poco el dinero, y que carecen de él, hasta los mas ricos propietarios; el jornal de Calabaza era algunas veces retribuido por algunas monedas de cobre; pero la mayor parte de los dias recibia en pago de su trabajo ya un trozo de tocino, ya una regular cantidad de patatas, ó bien una medida de legumbres secas.

Lo mismo sucedia con Bárbara; casi siempre llevaba á su casa especies en vez de dinero; y como los pobres no tenian otra cosa de que mantenerse, y eran bastante tragones, devoraban casi en el dia el producto de su trabajo.

Cuando percibian algun dinero se empleaba infaliblemente en comprar alguna ropita á los niños.

¿Pensareis acaso, lectores míos, que los esposos regañaban? pues os equivocais de medio á medio; á pesar de tener Bárbara un génio, que hacia honor á su nombre, jamás le dió su esposo motivo para que hiciera uso de él.

Imposible es imaginar una paciencia, una mansedumbre que pudiese competir con la del bueno, y casi pudiera decir, con la del santo Calabaza; poco apropósito por sus cortos alcances para prevenir los deseos de su mujer, tenia al menos tal docilidad á sus mandatos, que aun no espiraba la palabra en la boca de Bárbara, cuando ya los veia ejecutados.

Antes de que su esposa pensara en levantarse, ya le

había él recogido la ropa en un gran costal, y la esperaba sentado y silencioso.

Cuando Bárbara abría los ojos, se ponía él á hacer la sopa para el almuerzo de los dos y de los niños, y luego le llevaba la ropa al río para que ella no se cansase.

Muchos días, el pobre Calabaza, comía por todo alimento un pedazo de pan negro, para que su mujer que venía cansada no guisara, y porque conocía que guisando él, tendría que hacerla preguntas que la irritarian en la mala disposición de ánimo en que estaba.

Cuando el tiempo era bueno, Bárbara quería llevarse con ella á los dos niños; entonces Calabaza iba con ella y arreglaba para sus hijos una especie de nido, con hojas y flores, en cuyo centro se ponía una sábana doblada.

Allí encerraba Bárbara á sus dos pájaros, como ella les llamaba, con esa poesía inherente á las madres, y allí gorjeaban ellos como si fueran efectivamente dos ave-cillas.

Mateo, sin embargo, tenía arranques que costaban caros á la pobrecita Plácida; casi nunca escapaba esta sin un buen manoton, ó sin algunos pellizcos, que hacían á Bárbara montar en cólera, y zurrar de lo lindo al atrevido Mateo.

¿Pero sabéis lo que este hacía?

Reirse y cantar, como diciendo á su madre:

—Tanto se me dá de los golpes de usted como de los nidos de antaño.

Bárbara que volvía corriendo á su lavado, nada de esto veía; y el indómito muchacho, en cuanto le valia la ocasion, encajaba á su hermana otro pellizco ú otra bofetada.

Entonces Bárbara se quitaba su zapato, y zurraba mas fuerte á su hijo; pero él volvía á cantar y á reir.

Un dia despues de la segunda palinodia, se quiso escapar á la aldea; Bárbara se quitó sus ligas y le ató á un árbol.

Durante mucho rato, gritó, pateó y rabió; luego se calló; cuando su madre le dió la comida no quiso tocarla; y cuando al anoecer fué á desatarlo para llevarle á casa, le encontró morado de ira, y sin poder casi respirar.

A todo esto, no contaba Mateo mas que cinco años; y su madre, que no tenia pelo de tonta, cavilaba muchas veces en lo que aquella criatura podria llegar á ser con el tiempo.

No le faltaba razon en verdad para cavilar; Mateo era cada dia mas irreducible y peor; se burlaba no solo de su bendito padre, sino tambien de su terrible madre; de su madre cuyas iras temian todos en el lugar, conociendo hasta donde llegaban, cuando eran motivadas.

De esta suerte pasaron otros cuatro años; contaba nueve Mateo y cuatro su hermanita y ya la frente de su pobre madre empezaba á arrugarse, menos por los años, pues aun era bien jóven, que por su excesivo y penoso trabajo y por los disgustos que le ocasionaba su hijo.

III.

Era un domingo de Primavera, y poco mas ó menos las cuatro de la tarde.

En la pequeña cocina de la casita ocupada por Calabaza y su esposa Bárbara, se hallaban esta última, su niña y una vecina de edad avanzada y aspecto alegre y honrado.

Llamaban á aquella buena mujer la señora Petra, y por apodo *la sacristana*, á causa de haber sido su marido sacristan durante muchos años.

Bárbara estaba desconocida y su fealdad se habia aumentado de un modo extraordinario; entre sus cabellos ásperos y cerdosos se veian muchas canas, que hacian parecer su cara doblemente negra que lo que era en realidad.

Su grosura habia desaparecido, y ya se sabe el desagradable aspecto que presentan las personas que pasan de la obesidad á la extrema carencia de carnes.

La pobre mujer se hallaba ya encorvada por el exceso del trabajo, y tambien por el exceso aun mas doloroso y quebrantador de sus pesares.

Su traje era siempre mísero y remendado, pero limpio y compuesto con esmero; sentada en una sillita baja de madera, y con la mano apoyada en la mejilla parecia ab-sorta en amargas reflexiones.

La sacristana la miraba con pena; era como ya queda dicho, una mujer cuya edad podía llegar á los sesenta años, rolliza sin ser gruesa, sonrosada, y bien vestida; conocíase que toda su vida habia disfrutado esa dulce medianía, ese modesto bienestar de las aldeas, que si no deja desear lo supérfluo, no permite tampoco carecer de lo necesario.

Entre aquellas dos ancianas, la una por el dolor, y la otra por la edad, bailaba Plácida, gorjeando el dulce cántico de la infancia.

Poco mas de cuatro años contaba la niña, y aunque no tan hermosa como su hermano, prometia ya mucha gracia, como promete colorido y aroma el boton que se abre junto á una pobre rosa, destrozada por el viento.

Por uno de esos caprichos frecuentes en la naturaleza, Mateo se parecia á su madre en su carácter arrebatado y fiero, y en su temperamento fuerte y enérgico; solo que el hijo habia sido dotado de una hermosura que jamás habia poseido aquella pobre y desventurada madre.

Plácida se parecia á Calabaza, no solo en la dulzura de su índole, sino hasta en su parte física.

¿Cómo se esplicará esto, sabiendo que el pobre Calabaza era feo en extremo, y habiendo dicho que la niña era bonita?

Del mismo modo que la semejanza que existia entre Bárbara y Mateo.

—Vamos, mujer, dijo la sacristana á la mujer de Ca-

labaza; ámate ó darás con tu cuerpo en tierra.

—Poco me falta ya, señora Petra, repuso Bárbara, cuya áspera condicion habia domado el dolor de un modo increíble.

—Ya, ya lo veo; pero hija, ¿es eso justo? vamos, come algo: el chico parecerá; se habrá ido ahí cerca al prado grande á jugar al marro ó á los bolos.

—¡Ay de mí! suspiró la pobre madre, que ni aun tenia para desahogarse la facilidad del llanto.

La niña se acercó al oír el gemido de su madre; era una bonita criatura con largos cabellos rubios, ojos azules como el cielo y boquita de rosa.

A pesar de lo avanzado de la estacion, la pobrecita estaba vestida solo con un viejo traje de bayeta encarnada, cuyos bordes ponian roja con su burdo contacto la parte superior de sus blancos piececitos, calzados con unos zapatos del todo rotos.

Plácida se acercó á su madre, suspendiendo su baile y su cancion, y apoyó en el pecho de aquella su peregrina cabecita.

—¡Ay, hija de mi alma! murmuró Bárbara besándola con infinita y melancólica ternura; ¡ay, hija mia! ¡y qué presto vas á quedarte sin madre!

—Vamos, mujer; ¡por Dios te pido que no digas esas cosas! exclamó apurada la sacristana; ¿es ese tu valor? ¿y puede pensarse siquiera, que una mujer de tu fibra, se deje acobardar por un hijo de nueve años?

—¡Ay, Dios mío! ¡señora Petra, hay muchachos de veinte que no son tan tercicos y desalmados!

—Ya lo sé, hija, ya lo sé; pero tal vez cambiará.

—¡No lo crea usted!

—¿Quién sabe? Dios todo lo puede, y tú eres buena cristiana.

—Señora Petra, dijo Bárbara, tomando á Plácida sobre sus rodillas, usted no sabe lo que pasamos con esa criatura, su bendito padre y yo.

—Algo sé, hija, y lo que tiene la culpa de todo es que, como dices, su padre es un bendito; no basta la mano de una mujer, por fuerte que sea, para sujetar á un hijo indómito.

—De fijo que tiene usted razón, señora; pero, ¿qué hemos de hacerle? el pobre Mariano ha nacido así, y no puede variar de repente.

—¿Ha sido verdad la fechoría que se cuenta de tu hijo en casa de la mayorazga?

—Sí, señora; se entró por el tejado de la despensa y robó un pernil de tocino; y cuando le dijimos que por qué lo había hecho, ¿sabe usted lo que nos respondió?

—Cualquier disparate.

—¡Tomal pues ¿qué se piensan ustedes que he de ser yo tan tonto que he de comer sopas y patatas, pudiendo comer magras? ¡eso sí que no! tanto valgo yo como los hijos del mayorazgo.

—Pocos días hace que pegó fuego á la puerta del huer-

to del cirujano.

—Sí, señora; con la intencion de que ardiese toda y de dejar al pobre hombre en la calle.

—Pero, ¿qué idea le dió?

—Que pidió peras á los criados y no quisieron darle; además de todas esas maldades, se avergüenza de nosotros, y no quiere salir ni con su padre ni conmigo.

Al acabar de pronunciar Bárbara estas palabras, se oyó un rumor sordo, y un instante despues se precipitó Mateo en la cocina.

—¡Tunante! ¿de dónde vienes así? exclamó su madre, poniendo la niña en el suelo y precipitándose hácia él, con la mano levantada.

Pero Mateo puso el codo delante, segun hacen los malos muchachos, como medio de defensa, y se retiró algunos pasos.

Su madre, sin embargo, le descargó un puntapié que le hizo retroceder aun mas.

Pero el muchacho, que era alto y grueso, se enderezó furioso, cogió á su hermanita bajo el brazo, y dijo á su madre, mientras de sus ojos brotaban chispas de ira:

—Si vuelve usted á tocarme, estrello á la niña contra la pared.

—¡Hereje! ¡bribon! gritó Bárbara arrojándose de nuevo hácia él.

Pero la sacristana, que por la descomposicion de las facciones de Mateo, conoció que haria lo que estaba di-

ciendo, contuvo á Bárbara, y dijo á su hijo:

—Deja á la niña, hombre, deja á la niña; ¿qué culpa tiene el angelito? ¿ves cómo se rie?

En efecto: la pequeña Plácida, creyendo que su hermano jugaba con ella, le miraba riéndose y batiendo sus manitas.

—Vamos, déjala, repitió la señora Petra; tu madre no te tocará mientras yo esté aquí.

—Y despues que usted se vaya se guardará bien de hacerlo, repuso Mateo, dejando á su hermana en el suelo.

—¿Qué has hecho que vienes tan roto? preguntó Bárbara, al ver el pantalon de Mateo hecho girones.

—Pelear con los hijos del mayorazgo, que no porque sean hijos de su padre, me he de dejar yo pegar.

—Siempre empezarias tú.

—No me acuerdo quién fué; lo que sé es que les puse bien blandos.

—Mujer, ¿por qué no dejas que se lleve á este chico el señor duque, que no tiene hijos y haria su suerte?

—¿No vé usted que entonces negaria ser hijo de sus padres este desalmado? repuso Bárbara.

—¿No se avergüenza ya de vosotros?

—Sí, señora; pero mas se avergonzaria entonces.

—Hija, yo no sé que en esa culpa tan grande importe mas que se avergüence poco ó que se avergüence mucho; créeme: déjalo, que se lo lleve á Francia.

—Tia sacristana, ya la quiero á usted; dijo Mateo acer-

cándose.

—¿A mí? ¿quieres tú á alguno acaso? preguntó la buena mujer.

—A usted, porque dice á mi madre que me deje marchar con el señor duque.

—Entonces, picaron, tú te irás de buena gana, ¿no es verdad? exclamó Bárbara montando de nuevo en cólera.

—Sí, señora; respondió con serenidad Mateo.

—¿Y no piensas en que tal vez no volverás á vernos mas?

—Pienso alguna vez; pero, ¿qué hemos de hacerle?

En aquel momento se abrió la puerta y entró Mariano en la cocina.

—Vengo rendido y no he podido encontrarle, dijo sin ver á su hijo.

Una carcajada de Mateo sirvió de respuesta á estas palabras.

—¡Cómo estás aquí! dijo Calabaza, cuya fisonomía cándida y casi estúpida no espresó ni asombro ni enojo.

—Vamos, ¡si lo digo yo! exclamó Bárbara; tu cachaza, tu indiferencia, tu maldito génio de *aquí me las den todas* es lo que pierde á este chico!

—Mujer, yo creo que lo que lo vuelve sin sentido son tus continuos gritos; dijo con su calma acostumbrada Calabaza.

—Y yo te aseguro, repuso su mujer, que lo que le hacia falta, era tener un padre fuerte, que le domase con

una paliza cada día.

—Vaya, no hay que cansarse, dijo la sacristana, que veía ennegrecerse el horizonte conyugal; este Judas hace el mismo caso de los golpes que de la blandura.

—Esa es la verdad, añadió el muchacho con increíble imprudencia.

—Lo que yo afirmo es que entre unos y otros me van á quitar la vida, dijo la pobre madre cuya firmeza se doblegaba, ante el férreo carácter de su hijo.

—Pues vamos, mujer, antes de que yo me vaya de aquí dame el gusto que voy á pedirte, dijo la sacristana.

—¿Qué desea usted de mí? preguntó Bárbara.

—Que des tu consentimiento, para que se lleven á ese bribon de chico.

—Pero señora, si no tengo mas hijo que éll

—Aun te queda la niña; y sobre todo ¿para qué te sirve? para quitarte la vida; déjale, que así haces su suerte, y vosotros os quedais en paz.

—¡La pena me matará, al verle léjos de mí!

—Morirás al ménos en paz; ¿no ves que así te mata á disgustos? si para coserle no tienes tiempo! mira ahora como viene! ¿se conoce que eso sea calzones y chaqueta? y ¿cuántos días has pasado lavando, pobre mujer, para comprarle ese vestido? vamos, ¿manda Dios que los padres se dejen matar por los hijos?

—¿Qué hacemos, Mariano? preguntó Bárbara, volviendo los tristes ojos á su esposo, pues aunque conocia su in-

capacidad, sabía también que la mujer honrada debe respetar á su marido.

—¿Qué hemos de hacer, mujer? respondió Calabaza; lo que tu quieras.

—¡Eso no es decir nada! repuso Bárbara irritada: ¡yo no sé por que te pregunto!

—Pero ¿no sabes que mi voluntad es la tuya?

En aquel instante se abrió la puerta, y un hombre que tendría sesenta años, entró en la cocina, poniendo así término á la disputa de los dos esposos.

El recién venido tenía un aspecto muy extraño: era grueso, pero parecía ir embutido en un corsé tan apretado, que su rostro estaba carmesí. Sus cabellos, ó mas bien su peluca, negra, escesivamente poblada, y ridícula hasta el extremo por su enorme tamaño, estaba prolija y juvenilmente rizada, en reluciente sortijilla; unas cejas muy grandes y tan negras, que parecían pintadas con charol, hacían parecer mas pequeños á sus ojillos azules y enteramente desprovistos de pestañas.

Este personaje era pequeño y grueso; su nariz muy corta y encendida, su boca hundida, á pesar de estar adornada con una dentadura postiza de subido precio, su cara granujenta, sus grandes manos y anchos piés, le daban un aspecto tan extraño como desagradable.

En cuanto á su traje era de un lujo escesivo; su esquisito calzado, su redingot de paseo de medio color, su chaleco de satén carmesí con flores de seda de color de oro,

sobre el cual se cruzaba una cadena con sellos y armas de diamantes, su delicado guante y su flamante sombrero, le daban un aspecto tan brillante, que dejó aturvidos, no solo al pobre Calabaza y á su mujer, sino tambien á la señora Petra la sacristana; en cuanto á Mateo, no hay que decir que le miraba con la boca y los ojos muy abiertos.

Bárbara se levantó y acercó una silla á aquel vistoso personaje; pero él rehusó, y dijo con tono altanero y con marcado acento francés:

—¡Eh! no estoy para sentarme, buena mujer, que tengo mucha prisa; solo he venido á decir á usted y á su marido que me voy esta noche á Paris, y que si no les viene mal, me llevaré conmigo á Mateo; me dierte y haré su suerte.

Al oír aquellas palabras, el irresoluto y tímido Calabaza, miró á su mujer, que léjos de responder á aquella mirada bajó la cabeza abrumada por su dolor.

—¡Qué! ¿ni siquiera merezco una respuesta? preguntó ásperamente el personaje: ¿saben ustedes que es el duque de Varennes quien les hace el honor de venir á pedirles su hijo?

—Señor, dijo Bárbara levantando la cabeza; yo no sé lo que es un duque, porque es el primero que en toda mi vida he visto...

—¡Lo creo! interrumpió burlonamente el personaje.

—Pues bien, mas vale así, caballero; digo que usted es el primer duque que veo, y que vé tambien mi pobre ma-

rido; así no sé lo que es ser duque, pero aseguro á usted que el separarme de mi hijo me costará una pena mortal!

—Bah, bah! lo creo, repuso el señor duque; de cien madres, eso es lo que dirian las noventa y nueve; todas son así: ¿y qué dice su padre?

—Yo..... yo digo que..... balbuceó el pobre Calabaza.

—Tú dirás que no, como lo digo yo! exclamó Bárbara.

—Vamos, buen hombre, responda usted, insistió el duque.

—Yo digo que deseo el bien del muchacho, pero que no quisiera que su madre tomase un pesar, dijo por fin Calabaza.

—Y tu Mateo, ¿qué dices? preguntó el duque dirigiéndose á su protegido.

—Yo digo que me quiero ir con vucencia y que me iré, contestó resueltamente Mateo.

—Ea, dejadlo con mil santos! dijo á su vez la sacristana.

—Vaya, vaya, me lo llevo, dijo el duque; su madre llorará un poco, pero mas valdrá que no lo vuelva ya á ver; luego se consolará, sabiendo que su hijo es rico y lo pasa bien.

Al decir estas palabras, tomó al niño de la mano: este se disponia á seguirle con la mejor voluntad; pero la pobre madre se levantó como una leona herida.

—Eso no! dijo: que se vaya, ya que él quiere abandonarnos..... ya que su padre no se opone á ello; no quiero

que en ningun tiempo diga que su madre le quitó su bienestar..... pero así tan de repente, no señor: envíe usted por él, ó venga usted mismo á buscarle cuando ya vaya á subir al coche.

—Vendré por tí á las siete, chiquito, dijo el duque; y sin decir una palabra de despedida, salió de la cocina.

Barbara no volvió ya á levantar la cabeza que tenia caida sobre el pecho; y cuando al anochecer vino el mismo duque á buscar á su hijo, le abrazó mil veces, le cubrió de besos y de lágrimas, y á pesar de su fortaleza, cayó desmayada, cuando el carruaje partió llevándose al duque, á su secretario particular, y al alegre Mateo.

IV.

Dirémos algunas palabras sobre los antecedentes del duque, antes de continuar esta historia.

Hará ahora como unos noventa años, que un fondista de París fué agraciado con una cantidad enorme que le habia tocado en suerte en la famosa lotería de Hamburgo.

La suma ascendía á cinco millones de francos; el buen hombre cerró su fonda—que no era por cierto de las mas elegantes—y se hizo agiotista, palabra elástica, que algun dia comprenderéis, queridos jóvenes, por mas que ahora os sea desconocida su significacion; os diré por lo pronto, que bien aconsejado por varias de esas personas que en todas las naciones del mundo—y en Francia so-

bre todo—se pegan á los ricos, *hizo negocios* más ó ménos limpios, y dobló su fortuna en seis años.

El tío Casimiro Gringolet, que mientras vistió su delantal blanco y su gorro de algodón, tuvo la conciencia bastante limpia, el sueño bastante tranquilo, y el apetito bastante bueno, empezó á perder el sosiego, á comer poco y á padecer desvelos.

Los manjares que el mismo se habia acondicionado en otro tiempo, y de los cuales habia comido en abundancia, le parecian desabridos y ordinarios; en fin, el opulento nabab, era mucho mas desgraciado que el alegre y rollizo fondista, chancero con sus parroquianos, complaciente para su mujer, y delicioso para todos.

Pero no creais, lectores míos, que esto procedia de que sus riquezas desagradasen á Casimiro Gringolet; nada de eso, él estaba contentísimo con ser rico; pero además deseaba brillar, dar convites, tener palco en la Opera, en los Bufos y en los Italianos, poseer ricos carruajes y brillantes trenes; el demonio de la vanidad le habia agarrado de manera, que no sabia como desasirse de él.

Por fortuna suya, sus *escelentes* amigos, estaban siempre ojo avizor para complacerle; no faltó quien ilustrase el gusto del bienaventurado Gringolet, acerca de caballos, carruajes y mueblaje de casa; se le hizo gastar medio millon de francos en vasos del Japon, figuritas de Sajonia, cofrecillos del tiempo de Luis XIII, y cuadros de Bouchér, Scheffer y Cuortin.

Formósele una biblioteca magnífica con los volúmenes de Lafontayne, Chenier, Chateaubriand, Yalete, Lamartine, Víctor Hugo, Moliere, Byron, y Mme. Stael: se le compraron mueblecitos de palo de rosa y de Boule, para guardar sus joyas y sus pecheras de encajes; se llenó su comedor de porcelanas, de cristal de roca y de vagilla de plata; se le hizo un lecho esculpido con *las armas de su casa*; y en fin, se le montó una casa ó mas bien un palacio, completamente á lo gran señor.

Despues de todo esto, los amigos pensaron formalmente en la representacion social que se habia de dar á Casimiro; en este mundo es forzoso ser algo; y despues de discurrir durante algunos dias, decidieron hacerle duque, comprando para él el ducado de Varennes, y asegurándole podia llevar el título, siquiera por haberle costado una buena cantidad de escudos.

El buen Casimiro se alegró de ser duque, menos por él, que por un pimpollo que tenia de diez años, y que respondia al prosáico nombre de Ciriaco; este niño de una disforme obesidad, basto y mofetudo, no sabia jugar con los trajes de terciopelo y raso que vestia desde la opulencia de su padre, y se vengaba manchando cada dia un vestido.

Buscósele un ayo y una doncella que le sirviera; pero al primero no le hacia maldito el caso, y á la criada le tiraba los zapatos con solo que se le ocurriera hacerle ver la precision de lavarse la cara.

Así pasaron algunos años; la educacion de Ciriquito Gringolet no adelantaba un paso; quince primaveras habia ya visto florecer sin que aprendiese á escribir y sin que conociese los números; pasábase el dia en comer, dormir ó jugar al trompo en el soberbio salon de su padre.

Diez y seis años contaba cuando su madre pasó á mejor vida; la digna mujer se hallaba mucho mejor entre sus guisados que en su dorado palacio, y ni una sola hora vivió á gusto en medio de su grandeza.

Fáltándole los goces de gobernar la despensa, de sazonar las ollas, de dar vuelta á los asados, de echar la cuenta del gasto, en fin, no le hallaba objeto á la vida, y la melancolla acabó con su salud, conduciéndola al sepulcro.

Ciriaco sintió hondamente la pérdida de su madre; su padre le amaba, es verdad; pero asediado con las visitas ú ocupado con los negocios, apenas tenia tiempo que dedicarle mientras su madre solo pensaba en él.

Durante el año del luto, Ciriaco estuvo inconsolable; pero cuando empezó á usar los nuevos trajes que se le habian hecho, pareció regenerarse como la crisálida que sale de su capullo hecha una linda mariposa.

Faltándole el solícito cuidado de su madre, resolvió cuidarse por sí mismo; faltándole su compañía, empezó á salir deseando hallar amigos; aprendió á vestirse con primor, á peinarse, á perfumarse; pidió maestro de baile y de dibujo que su buen padre se apresuró á concederle;

se le puso su serdidumbre y su carruaje particular; se le señalaron cuatro soberbios caballos de silla, y se convirtió, en fin, en uno de los dandys más á la moda de la capital de Francia.

El papá Gringolet veía lleno de gozo la brillante metamorfosis de su hijo; apenas podía creer al verle que aquel fuera el muchacho tosco, comilon y ordinario que había nacido y se había criado entre el ruido de los almiréces de su hostería; pero ¡ay! cuánto hubiera deplorado, si hubiera podido conocerle, el cambio interior que al mismo tiempo que el exterior se había verificado en su hijo!

Ciriaco desde que se levantaba á las doce, para salir á dar un paseo con sus amigos, se había olvidado de rezar sus oraciones cotidianas; desde que se acostaba al amanecer se dormía sin el nombre de Dios en los labios; y el cristiano que se duerme y que despierta sin pensar en Dios, mis amados jóvenes, es bien digno de lástima.

¡Ah! no hagais jamás esa vida disipada que se llama *del gran mundo!* el cuerpo y el alma necesitan reposo, orden y economía, como nuestros caudales, como nuestra hacienda; y ¿qué se alcanza invirtiendo todas las horas del reposo, robando al trabajo las que son suyas, y entregándose á diversiones que marchitan y envejecen el corazón y fatigan el ánimo?

La oración, ese supremo bien que el cielo nos ha concedido, no puede salir de unos labios secos por el desvelo

fervorosa y pura; ¡a oracion tiene su perfume que emana del alma, y que luego sube al cielo.

Desde que Ciriaco perdió la costumbre de rezar, se le hizo *manga ancha* como suele decirse; jugó y perdió grandes sumas, hizo deudas, y pasó en fin por todos los trámites de los calaveras adocenados y vulgares.

Su padre llegó por fin á conocer lo que sucedia, y le aconsejó casarse; pero Ciriaco no pensaba en tal; horro- rizábale solo el pensar en la vida de familia, es decir, en la vida feliz, del reposo, del sosiego, de las afecciones; y por mas que su padre le proponia partido tras partido, todos los rehusó, asegurando que no tenia vocacion nin- guna al matrimonio.

El pobre duque, desistió del proyecto de casar á su hijo; pero cada dia mas solo en su palacio, empezó á echar de menos la compañía de su mujer, y á pensar con sen- timiento en aquellos deliciosos domingos, en que dejan- do la fonda á cargo de sus cuatro dependientes, se iban á pasear cogiditos del brazo por los baluartes.

Mientras el pobre viejo acariciaba estas melancólicas memorias de sus pasados años, Ciriaco seguia su vida de desórden, que al fin acabó por adelgazarle, lo que le hizo del todo feliz; lo que mas le habia afligido siempre era su obesidad, obesidad invencible, pues se apoyaba en sus pocos años y en su excelente salud.

Cayó por fin enfermo su padre y enfermo de muerte; la riqueza habia sido para aquel honrado matrimonio,

como un tósigo fatal que despues de envenenar su vida, le llevó al sepulcro.

Durante dos meses, Ciriaco que habia dejado toda clase de diversiones, permaneci6 á la cabecera de su padre con la esperanza de salvarle; pero la enfermedad estaba de tal modo desarrollada, y crecia con tanta rapidéz, que nada pudieron los auxilios de la ciencia.

Algunos dias antes de su muerte se hallaban solos padre é hijo; eran las diez de la noche; una lámpara con pantalla verde colocada sobre un velador daba al aposento una débil luz, y dejaba la alcoba casi en la oscuridad.

El anciano parecia dormir; el jóven le miraba con angustia, pues hacia algunos instantes habia creido notar una rápida alteracion en sus facciones.

Ciriaco en el fondo tenia buen corazon: solo la vanidad y la adulacion habia podido alterar su natural candidez, su bondad y su perfecta inocencia; pero allí solo, de noche, y junto al lecho de su padre que se moria, su corazon latia dolorosamente, y le parecia que con aquel anciano se iba al cielo toda su felicidad.

—¡Padre! padre mio! exclam6 inclinándose sobre el lecho.

El anciano abri6 los ojos y se incorpor6 un poco, haciendo un gran esfuerzo sobre su debilidad.

—¡Me muero! murmur6 con voz apagada y lenta.

—¿Quién sabe, padre mio? exclam6 Ciriaco procurando animarle.

—¡Me muero! repitió Casimiro, y quiero hablarte antes de morir.

—Ya escucho, padre, dijo Ciriaco arrodillándose piadosamente junto al lecho.

—Hijo mio, dijo el moribundo, vuélvete al modesto estado en que nacistes, si quieres vivir dichoso; la riqueza trae consigo las penas, los sinsabores, la soledad del corazón; la riqueza nos ha privado de tu madre, y desde que la perdí, no he cesado yo de maldecirla.

—Pero, padre, ¿qué puedo yo ser ya? preguntó Ciriaco aterrado, porque solo hallaba fuerzas en sí propio para ser rico.

—Vuelve á abrir una hostería.

—¡Imposible, padre mio! me perderia con esa industria que no conozco!

—Aprende un oficio cualquiera.

—¡Es muy tarde! tengo veinte y cinco años!

—¿No hallas pues otro recurso que ser rico y ocioso?

—Ninguno ya, padre; soy además uno de los títulos mas poderosos de Francia.

—De los mas pobres... Ciriaco... de los mas pobres!... dijo el anciano cuya voz se apagaba por momentos.

—¡Cómo, padre! ¿nuestro ducado es pobre? exclamó estupefacto.

—¡Sí... pobre! los amigos falsos que rodean siempre á las personas ricas me han hecho malgastar una mitad de nuestro caudal... la compra del título absorbió otra gran

parte... Créeme, hijo... serás mas dichoso volviendo á una modesta medianía!...

Apagóse aquí la voz del anciano, como si Dios hubiera querido darle fuerzas solamente hasta poder dirigir á su hijo el último y mas saludable consejo; y el jóven aterrado de su palidez y de la rápida descomposicion de sus facciones, llamó precipitadamente á los sirvientes de la casa.

Pronto toda aquella cohorte de falsos amigos que habian rodeado al anciano durante su vida rodeó tambien su lecho de muerte, y la religion vino á prestarle sus últimos consuelos.

Al amanecer del dia siguiente el honrado Casimiro Gringolet exhaló en los brazos de su hijo su último suspiro.

V.

Poco duró el dolor en el corazon de Ciriaco, frívolo por excelencia, y muy poco tambien tardó en volver á las diversiones de todo género á que hacia tiempo se hallaba entregado.

Algunos años pasó nuestro héroe en la misma vida que ya le conocemos, y así es ocioso el incurrir en repeticiones; por la mañana, desde la cama al tocador, y el paseo á caballo; luego el almuerzo; despues á recibir á los amigos, á hacer alguna visita por sí mismo; á la vuelta á comer, y por la noche al teatro y luego á algun baile.

¡Dios me libre, queridos y jóvenes lectores, de llamar culpable, de poner en ridículo, de vituperar siquiera, ese santo sentimiento que se llama *amistad!* pero ¡que Dios os preserve tambien á vosotros de amistades mentidas!

Sed confiados, pero no ilusos: y sobre todo, antes de entregar vuestro afecto, aseguraos de que la persona á quien se lo otorgais es digna de él, y os lo paga con el suyo.

Los amigos de Ciriaco fueron secando poco á poco su corazon; poco tiempo despues de la muerte de su padre, quiso este casarse, porque aun se acordaba de la dulce compañía de su madre; pero sus amigos le disuadieron de semejante idea, porque no querian que Ciriaco buscase afectos duraderos y profundos, y menos que viniese á aquella casa una mujer, cuyo buen orden y economía ahuyentaría á todos ellos, pobres parásitos, que explotaban de un modo vergonzoso el santo nombre de *amistad*.

Ciriaco llegó, pues, sin casarse á los cuarenta años, y despues de esta edad ya no pensó en hacerlo.

Se halló viejo, y sobre todo se hallaba como él decia, con poquísimas ganas de cargar con cuidados.

Seco ya el corazon de afectos, llegó á ocuparle el egoismo; el duque solo pensaba en sí mismo; el cuidado mas prolijo de su persona, volvió á ocuparle por completo; y viendo que su riqueza desaparecia rápidamente para dar lugar á la escasez mas lastimosa, despidió á todos los que le rodeaban, y se quedó aislado.

Pero, ¿qué es la soledad para el que ni ama el estudio, ni sabe hacer nada para ocuparse? ¿no lo sabeis mis queridos jóvenes? es el suplicio mas grande, es el hastío con todos sus horrores; la soledad es agradable algunas veces, para el que halla en sí mismo recursos contra el tedio: vosotras, lindas jóvenes, ¿no deseais estar solas alguna vez para acabar mas de prisa una labor, para tocar en el piano una nueva sonata, para orar por los que amabais y os esperan en un mundo mejor?

Vosotros, adolescentes, que dais los primeros pasos en el sendero de la juventud, ¿no deseais alguna vez tambien la soledad para entregaros al estudio, para trabajar en un cuadro, que pensais regalar á vuestra madre, ó para seguir la lectura de un libro que os interesa?

Ninguno de estos goces tienen los ociosos, los culpables y los ignorantes: la conciencia les espanta, y su ignorancia es el hielo que enfria y mata las fuentes del sentimiento y de las sensaciones.

El duque Ciriaco volvió á reponer su fortuna con enormes ganancias al juego, y volvió á rodearse de amigos, mas falsos, mas aduladores que los que habia despedido.

Diez años mas pasaron, y al cumplir los cincuenta, el duque cuya obesidad habia llegado á ser mayor que la de su padre, apeló al corsé; luego vino la peluca, y despues la dentadura postiza con que le hemos visto presentarse en casa de Calabaza y en busca de su hijo.

Un pleito que le puso uno de los hidalgos de la aldea

de San Juan, acerca de unas tierras que habia comprado allí, y á las cuales habia anexo un castillejo medio arruinado que el duque pensaba reedificar para sí, le obligó á ir á aquel país, donde encontró á Mateo.

Aquel muchacho voluntarioso, indómito y descarado, hizo gracia al duque, que conservaba todos los groseros instintos de su nacimiento.

Perdió el pleito durante su estancia en la aldea, pues sus dispendiosos caprichos tenian siempre un resultado igual; habia querido poseer una buena finca donde pasar los veranos, en el interior de una de las mas hermosas provincias de España, y la persona á quien encargó la realizacion de este deseo, pensó que en Aragon era donde se podria comprar á mas bajo precio, embolsándose él una mitad de la cantidad que queria gastar el duque.

El pleito siguió de muy cerca á la venta, y el duque á pesar de su riqueza y de haberse incomodado en hacer un largo viaje, le perdió con las costas.

Pensó el duque en marcharse al instante, pero por una de sus extravagancias, quiso llevarse á Mateo como recuerdo de su escursion.

Como buen francés, le divertia ver la rudeza de los españoles, y se hizo la cuenta de que en aquel chiquillo, bravo y ordinario, tendria un hazme reir para sus horas de fastidio.

Ya se ha visto que consiguió de sus padres el que se lo dejaran: sigámosles á París, que luego volveremos á la

miserable aldea donde han quedado los padres y la hermana del ingrato muchacho.

Por ahora y hasta el capítulo siguiente, solo se puede participar á los lectores que el duque se durmió así que entró en el coche, y que Mateo tardó poco en imitarle.

VI.

En el baluarte de los inválidos, es decir, en un hermoso paseo guarnecido de árboles, se hallaba en París el palacio del viejo y ridículo duque de Varennes.

Una vieja ama de llaves, llamada la señorita Leblanche, en union de un mayordomo, tambien de edad madura, eran los que gobernaban la casa, los criados y al mismo duque.

La señorita Leblanche tenia cincuenta años; su traje de seda negro, en el cual iba embutida, desaparecia casi por completo debajo de un gran chal de merino azul con cuadros de seda carmesí.

Una papalina blanca de encajes, con grandes lazos color de naranja, dejaba escapar á lo largo de sus mejillas algunos rizos tísicos, pero escrupulosamente teñidos y brillantes de pomada.

Sus ojillos grises, su boca grande, y sus mejillas pintadas de arrebol, daban á aquella anciana un aspecto ridículo y desagradable; porque la vejez que se acicala con afeites, presenta á la vista un aspecto doloroso, por lo

mismo que parece menospreciar su dignidad.

La señorita Amalia Desideria Leblanche, tenia un genial tan perverso que no dejaba vivir á nadie; no habia en el palacio otra persona del sexo bello que ella, y parecia puesta allí como una manifestacion de lo ridícula que puede llegar á ser una mujer, y como una negacion del dictado de *hermoso* que han dado al débil sexo.

Desideria no queria á su lado doncellas que cuidasen de la ropa blanca; la planchadora del palacio vivia fuera, y un criado le llevaba la ropa y volvía á recogerla en ciertos dias de la semana.

Ella vigilaba la cocina, la repostería, el estrado, los dormitorios, y hasta las habitaciones de los criados; nada se hacia sin su permiso, sin su mandato espreso, y el mismo duque se habia acostumbrado de tal modo á su tiranía, que era un maniqué en las manos de Desideria, de la terrible Desideria.

Los criados la temian; pero muchas veces se reian de ella, porque la tiranía nunca pasa de ser odiosa ó ridícula.

Figuraos, mis amados lectores, la cara que pondria Desideria al ver entrar á su amo en el palacio trayendo por la mano á aquel muchacho ordinario y vestido de paño burdo.

Si Mateo hubiera venido delante lo hubiera tenido por uno de esos muchachos saboyanos que se ocupan de los recados; pero además de que la figura y el traje de Mateo

alejaba toda idea de Saboya, ya he dicho que venia asido de la mano del duque.

Eran las seis de la tarde cuando el duque, acompañado de su ahijado, llegó á París y á su palacio del baluarte de los Inválidos.

—Vamos, Pedro, dijo á su ayuda de cámara, prepara lo necesario para acostarme; vengo muerto de sueño y de cansancio.

—¿Qué es lo que quiere este pillete, señor duque? preguntó Desideria á su amo.

—Poco á poco, bruja, repuso el muchacho con su acento áspero, gutural y casi feroz; si me llama pillete otra vez la doy un mogicon que la hago bailar una hora como á mi trompo.

Desideria no entendia el español, y no pudo tampoco, por lo tanto, comprender estas palabras.

En cuanto á Mateo, que se habia acostumbrado á oír al duque durante el camino, comprendió las pocas palabras del ama de gobierno.

El duque se dejó caer en un sillón riendo á carcajadas, y cuando pudo hablar tradujo á la señorita Desideria las palabras de Mateo.

—Pero ¿á qué viene aquí? tornó á preguntar la anciana; en fin, veamos á qué viene.

—Viene, respondió el duque sin dejar de reír, á divertirme.

—¿Cómo!... ¿qué? preguntó atónita el ama de gobierno.

—Digo que he traído este chico para que me divierta.

—¿Y va á vivir aquí?...

—Sin duda.

—¡Yo estoy soñandol barbotó Desideria estupefacta.

—¿Por qué? preguntó el duque; ¿no le parece á usted posible que me quiera divertir?

—Pero, señor, si ese chico es un zopenco!

—¡Tanto mejor!

El ama de gobierno lanzó á Mateo una furiosa mirada, y salió del aposento.

—Mira, chiquito, dijo el duque á Mateo; si te pega esa señora, pégale tú mas.

—Está bien, señor duque, respondió Mateo.

—¿Tendrás valor para ello?

—Sí, señor.

—Bien; ahora oye: si te pega algun criado, no le pegues tú, porque te espones á que te estrellen entre todos; pero avísame.

—Así lo haré.

—Ahora, añadió el duque metiéndose en la cama, vete á acostar tú tambien; aquí detrás de mi alcoba hay un cuartito con una cama dispuesta; mañana te levantarás así que despiertes, y vendrás á darme conversacion.

El duque, dichas estas palabras, tiró del cordon de la campanilla y se presentó un criado.

—¿No hay una cama aquí en ese aposentillo inmediato? le preguntó.

—Sí, señor duque, respondió el doméstico.

—Bien: ayuda á acostar en ella á Mateo.

El criado obedeció, y Mateo se vió bien pronto acostado en la mejor cama que habia tenido en toda su vida, cogiendo al instante un sueño profundo.

Ni un solo pensamiento consagró á sus padres ni á su hermanita aquel ingrato muchacho, pero ¿qué mucho, si tampoco se acordó de dirigir á Dios una oracion para darle gracias por su impensada fortuna?

El que no es cristiano, no puede ser buen hijo tampoco.

Mateo despertó al amanecer, y obediente á las órdenes del duque, fué junto á su lecho: pero este dormia, y teniendo miedo á los criados, que le habian dado muestras de no estar muy contentos con su llegada á la casa, se sentó junto al lecho.

Cuando el duque despertó, fué grande su alegría de ver allí á su protegido; aquel hombre, que ya era anciano, conocia la necesidad de tener á su lado un sér adicto que mirase por él y mas adelante contuviese las demasías de los criados.

Aislado, sin esposa, sin hijos, sin parientes, el duque habia llegado á esa terrible soledad del alma, que la riqueza, por grande que sea, no puede compensar ni mucho menos evitar.

Por eso, al ver á Mateo sentado junto á su cama como un centinela fiel, sintió un consuelo en su corazon, egoista

y frío, pero no malo.

Levantóse, y su primer cuidado, no bien le hubo vestido el ayuda de cámara, fué encargar que hiciese venir un sastre para que vistiese á Mateo de una manera elegante y arreglada á la última moda.

Por la tarde le llevó á paseo en su coche, vestido ya de un modo conveniente, y por la noche le acompañó al teatro.

Es imposible imaginarse nada mas bello y gracioso que Mateo vestido de terciopelo y encages; peinados sus magníficos cabellos castaños por un hábil peluquero, que además los habia saturado de perfumes, caian al rededor de sus mejillas, haciendo resaltar la blancura y el rico tejido de los encages que adornaban su chaqueta de terciopelo azul oscuro, con ricas pasamanerías.

Limpio ya Mateo de cara y manos, su cútis ostentaba su deslumbradora blancura y su frescura sonrosada; su boca era un capullo á medio abrir; sus grandes ojos oscuros brillaban de alegría; llevaba un ancho pantalon tambien de terciopelo y debajo otro de encages, algo corto para que dejase ver unas medias de seda rayadas, y unas botitas de terciopelo como el vestido, que encerraban los diminutos piés de Mateo.

Si se añade á este atavío un sombrero de fieltro y unos delicados guantes blancos, se tendrá una idea del lujo y hermosura del hijo del pobre Calabaza.

—Mira, muchacho, dijo el duque al salir el carruaje

para ir á paseo al bosque de Bolonia; tú no tienes otra cosa fea que tu nombre: ¿estás?

—Sí, señor, respondió Mateo, que no sabia á dónde iba á parar su protector.

—Te llamas Mateo, lo cual es tan feo como llamarse Ciriaco: á mí no me cambiaron el nombre; pero á tí te lo voy á cambiar yo; desde hoy te llamarás un nombre así... bonito, como...

El duque se puso á discurrir.

—Desde hoy te llamarás Arturo, dijo por fin, muy satisfecho de su ocurrencia.

Mateo manifestó en su semblante la mas viva satisfaccion.

En efecto, su nombre le desagradaba á él tambien, porque le recordaba su pobreza en medio de toda aquella opulencia que le rodeaba.

En tanto que el duque y su protegido pasaban la noche en el teatro, y que Mateo—porque para nosotros, lectores míos, es Mateo y nada mas—se admiraba hasta no poder mas de la magnificencia del teatro y de la esplendidez del alumbrado, los criados del palacio del duque celebraban su conciliábulo, discurriendo sobre los perjuicios que aquel muchacho intruso les podia ocasionar.

—¡Cuando os digo que se va á hacer dueño absoluto de la confianza del amo! decia el viejo mayordomo.

—¡Qué ha de hacer eso, ese rapaz! repuso indignado el ayuda de cámara; ¿no sabremos nosotros desacreditarle?

—Pues, ya se vé; dijo á su vez la señorita Desideria, que presidia la reunion; ¡no faltaba mas, sino que el aldeanillo pudiese mas que todos nosotros!

—¡Si al menos fuera francés! añadió el cocinero; pero un chiquillo extranjero: yo no sé cómo ha podido hacerle gracia al señor.

—Toma, pues por lo mismo que es extranjero le hace gracia, dijo Desideria: todos sabemos que el señor tiene un entendimiento mas romo que esta mesa.

—Es verdad, dijeron en coro los criados.

—Pues bien, por eso le parece que ese chiquillo vale un mundo.

—¡Y lo que es la hermosura no hay que negársela!

—En fin, dijo el mayordomo para acallar con su parecer todas aquellas hablillas que no conducian á nada; dejemos por ahora rodar la bola; pero si vemos que el chiquillo se sale demasiado de su puesto, no hemos de tolerar, despues de veinte años que llevamos en la casa, que nos venga á imponer la ley y á quitarnos nuestras utilidades: ya le arreglaremos.

Despues de esta sentencia cada uno se separó para ir á su cuarto á esperar al duque, y al objeto de sus inquietudes, de sus recelos y de sus amenazas, que no tardó en llegar triunfante y satisfecho con su protector.

VII.

Volvamos á la pobre aldea de Aragon, donde nació Mateo, y donde quedaron sus padres y su hermana despues de su partida.

San Juan de Mozarrifal, es, no solo una de las mas pequeñas aldeas de Aragon, donde hay muchas aldeas pequeñas, sino una de las mas pequeñas del mundo, puesto que se compone de diez y ocho ó veinte casitas diseminadas en un prado verde y hermoso.

Sin embargo, ¡cuánta caridad, cuán religiosos sentimientos se atesoraban en aquel pobre recinto, en aquel valle humilde y solitario!

Sus habitantes nunca habian tenido mas ambicion que la del pan diario, y la de una buena salud; allí habian nacido y se habian casado los padres de Calabaza y los de su esposa Bárbara; á la sombra de los grandes árboles del cementerio dormian el eterno sueño; allí habian nacido ellos y allí se habian unido con los sagrados lazos del matrimonio.

Jamás habia pasado por la mente de Bárbara, ni por la de su marido el dejar su aldea: en ella pensaban morir como habian muerto sus padres, y á su lado reposar hasta el día de la eterna resurreccion: pero desde que su hijo les habia abandonado con tan negra ingratitud, sus almas volaban á Francia, como dos aves hambrientas y en-

jauladas, quieren volar á un fértil y lejano campo.

Ocho años habian pasado desde el dia en que aquel hijo tan amado y tan poco digno de serlo, habia dejado aquellos campos que le habian visto nacer; y ni un solo dia en tan largo espacio de tiempo habian dejado sus padres de pedir al cielo que conservase su vida, hasta dejárseles volver á ver.

Era el anochecer de un tibio dia de Mayo, cuando Bárbara y su marido se hallaban sentados en su reducido huertecillo.

Bárbara habia envejecido de un modo increíble; del todo encorvada, sus escasos cabellos blancos hacian mayor la palidez y demacracion de su tostado rostro; vestia tan miserablemente, que daba pena el ver como se habrian podido componer y recoser aquellos harapos.

Cerca de ella, y sentado junto á una zanja del huertecillo, se hallaba el pobre Calabaza, tan aviejado como su mujer, y cuya espresion doliente daba pena.

A través de las abiertas ventanillas que daban luz á la cocina donde vimos reunida á la familia la tarde que se marchó Mateo con el duque, se veía luz y se oía cantar á una voz dulce y contenida, como si la persona que cantaba no se atreviese á hacerlo con la franqueza de la alegría.

El huertecillo era tan pequeño, que no habia en él mas que dos ó tres árboles frutales, un cuadrado de verduras, dos parras, y algunas flores, que Calabaza cuidaba para

divertir á su hija.

Bárbara hacia ya mucho rato que miraba una planta que habia nacido sobre el borde de la tapia del huerto: era un hermoso alhelí cargado de flores amarillas como el oro, y que elevaba lleno de orgullo su pomposa cimera, que la brisa mecia blandamente, esparciendo sus suaves perfumes.

De vez en cuando la mirada de Bárbara se bajaba sobre otra planta, situada cabalmente debajo de aquella y que hacia ya muchos años se hallaba pegada á la tapia misma del jardin.

Cuando la pobre mujer miraba á la planta del huerto, era con tristeza; era ya tan vieja aquella mata de alhelies, que apenas tenia hojas: sus flores estaban marchitas, y como descoloridas; sin embargo, su perfume era mucho mas suave y penetrante que el que exhalaba el jóven arbusto de la tapia.

Si la planta del huertecillo inspiraba tristeza á Bárbara, cuando alzaba sus ojos á la que crecia en lo alto de la tapia, sus facciones espresaban su profundo dolor, ó mas bien una amarga desesperacion; ya sabeis lectores míos, que aquella mujer tan buena, tan amante, tan santa, era violenta en sus afectos y debia serlo tambien en sus resentimientos.

Mucho rato hacia ya que duraba el silencio entre los dos esposos: Calabaza no pensaba en nada segun su costumbre; el pobre hombre estaba aviejado materialmente

por el excesivo y penoso trabajo á que tenia que entregarse y por los malos alimentos, que no podemos decir que le mantenian, sino que le impedian morir de hambre; pero Bárbara ¡ay! Bárbara era mucho mas digna de compasion que él!

Además de los padecimientos de su marido, tenia ella otros mas amargos; los tormentos de su imaginacion incansable, y los recuerdos punzadores de aquel hijo que en vano trataba de olvidar.

Absorta en su dolorosa contemplacion, y ora mirando á lo alto de la tapia, ora al suelo, ni decia nada, ni pensaba siquiera en que vivia, transportada como estaba al mundo de los recuerdos.

—Mujer, dijo Calabaza, de repente y como saliendo de un profundo sueño; es tarde, ¿vamos á cenar?

—¡Ah pobre Mariano! exclamó Bárbara volviéndose hácia su marido; ¿tienes hambre, verdad? no lo estraño, porque hoy solo puede darte un poco de pan negro para que te llevaras al campo.

—Es verdad; y cuando llegué á casa, ya no podia mas, contestó el pobre hombre con voz débil.

—Anda, anda pues, á cenar; Plácida te dará hoy patatas y muchas, porque lavé todo el dia para el ama del señor cura, y ya sabes que paga bien.

—Pero, ¿no vienes tú? preguntó Calabaza que ya se habia levantado.

—Yo no tengo gana.

—Pero mujer, eso dices siempre y te vas quedando flaca como una caña, dijo Calabaza; vamos ven, aunque sea sin gana, y viéndonos á la niña y á mí, tal vez te animarás.

—Déjame aquí, Mariano! respondió Bárbara volviendo á fijar sus ojos con obstinacion en la planta vieja y marchita.

—Pero mujer, ¿qué hay en ese sitio del huerto que cada noche pasas en él dos ó tres horas? preguntó Calabaza.

—¿Qué hay? repitió su mujer, ¡mira!

Al decir estas palabras, le señaló el alhelí viejo y sin hojas, que se inclinaba hácia la tierra, como si buscase en ella su lecho de descanso.

—¿Qué he de mirar? preguntó cándidamente Calabaza.

—Esa planta, dijo Bárbara con tristeza.

—Ya la veo: la planté yo hace lo menos nueve años.

—¿Luego es vieja?

—Sí.

—¿Ves esa otra que ha nacido en lo alto de la tapia? preguntó Bárbara.

—Sí, esa es jóven: nació la primavera pasada.

—¿De qué modo? porque ahí no la sembrarías tú.

—¿Yo? no: el aire debió de llevar algun grano de simiente de esta de aquí, y cayó ahí, y ahí nació.

—De modo, Mariano, que ese alhelí jóven, es hijo de este otro pobre viejo, que tú sembrastes.

—Sí.

—Mira, pues, á lo que vengo aquí todas las tardes: ven-

go á mirar estas dos plantas.

—¿Para qué?

—Porque tú, lo mismo que ese viejo alhelí, has dado la vida á otra planta jóven que es nuestro hijo: tú vas ya encorvándote hácia la tierra, y él, que se vé mas alto, ni aun se acuerda de tí!

—¡Ay Dios! tú, Bárbara, te vas quitando la vida con esos pensamientos tan tristes! ¿qué tienen que ver esas flores con nosotros y con nuestro hijo?

—¡Todo me trae á la memoria al hijo de mis entrañas, gimió la pobre madre con acento sofocado: ¡ay, Mariano! continuó enjugándose el llanto con el revés de su mísero delantal: ¡tú eres dichoso por dos cosas!

—¿Yo dichoso, mujer?

—¡Ay sí! dichoso porque eres hombre! dichoso además, porque eres una alma sin hiel y sin pecado.

—¿Qué he de hacer? también me acuerdo sin cesar de ese ingrato hijo!

—¡No le acuses! exclamó Bárbara con exaltacion: ocho años hace que se fué, y nada, nada hemos sabido de él! ¿quién sabe si estará malo? quién sabe si habrá muerto? ¿quién sabe si habrá á su lado quién le ame y le consuele? ¡si al fin supiéramos que es dichoso, mas que nos olvidase!

—Mujer, por Dios! que te estás matando!

—¿Qué me importa morir? repuso Bárbara; con gusto diera lo que me resta que vivir, por volver á ver una vez,

una sola, á mi hijo!

—¿Qué seria de tu hija y de mí si tu murieras? dijo Calabaza que rompió á llorar á lágrima viva.

—¡Ah sil tienes razon! que seria de vosotros, pobres infelices! exclamó aquella generosa mujer, abrazando á su marido con toda la efusion de su alma.

Despues continuó con voz triste.

—Oye, Mariano; tú que tienes un corazon inocente como el de una paloma, no puedes comprender lo que yo siento: parece á veces que tengo sed en el corazon; ¿y sabes lo que es esto? sed del cariño de mi hijo: de aquel hijo que se parecia á mí, y que me hubiera sabido querer como yo le queria; porque tu, mi pobre Mariano, me quieres cuanto puedes querer: nuestra hija tambien; pero yo os quiero seis veces á cada uno de vosotros, como lo que vosotros me quereis á mí.

—Yo no te entiendo mujer, dijo Mariano atónito de oír á su mujer, y sin poder comprender en su nulidad aquella exaltacion.

—Bien, vete á cenar Mariano, dijo Bárbara con profundo desaliento: tú no me entiendes, es verdad; pero no lo estraño, porque sé que solo Dios puede entenderme y curarme.

—Pero, mujer, vén; anímate.

—No puedo ahora; no quiero comer nada; luego iré.

Calabaza que era incapaz de contradecir á su mujer, se levantó y salió del jardin entrando en seguida en la

cocina.

Era esta, segun pudimos ver mas arriba, muy pequeña; pero en el dia estaba brillante de limpieza; el vidrio parecia nuevo; los bancos de madera encerados, relucian al resplandor de la llama; delante del hogar, habia una mesita muy baja cubierta con un paño blanquísimo, y sobré él, tres platos y tres tenedores de madera, un gran pan moreno, y una botella con un poco de vino.

Pero lo mas lindo, lo mas fresco, lo mas encantador que habia allí, era la hada que habia obrado todas aquellas maravillas.

Era Plácida, aquella niña que dejamos de cuatro años y que en el dia tenia ya catorce.

Parecian sus cabellos mas rubios y sus ojos mas azules que cuando la conocimos: su estatura era ya mediana, pero delgada como el junco que crece á orillitas del arroyo; blanca, rosada, lijera, parecia en efecto la plácida y risueña imágen de la adolescencia.

Vestia pobre, pero no miserablemente: porque su madre, con aquella santa abnegacion, que era en ella como una segunda naturaleza, se privaba en favor de su hija de todo cuanto podia alcanzar.

Vestia Plácida una falda corta de indiana de ramitos, un jubon de indiana tambien, de color claro, un pañuelo de muselina blanca, que hacia resaltar la gracia virginal de su garganta y seno, medias de algodón azul y zapatos en buen uso de cordobán negro.

Su hermosa y espesa cabellera rubia estaba plegada en gruesas trenzas que se enroscaban detrás de su cabeza, despues de dejar descubiertas su frente y sienes.

La pobre niña que hubiera sido alegre, si la felicidad hubiera habitado en su pobre casa, no era mas que apacible como su nombre; veia padecer tanto á su madre, que se hubiera acusado como de un crimen de su alegría.

Apenas cantaba, y cuando lo hacia, era siempre á media voz, temerosa de incomodar á Bárbara.

Aquella noche en tanto que dispuso la cena, había estado mas contenta que de costumbre; sabia que su pobre padre se habia ido casi en ayunas al campo, y se sentia dichosa con poderle ofrecer una abundante cena.

Ella tambien tenia apetito; todo su alimento habia consistido en una poca de leche y un pedazo de pan, y á los catorce años, no hacen los pesares callar el estómago.

Plácida, pues, se habia esmerado en aderezar bien la cena, y hasta pensaba que tambien su madre comeria algo mas que de costumbre; pero al ver entrar á su padre en la cocina con un aspecto tan abatido, su pobre corazoncito tembló en el fondo de su pecho, como el ave tiembla en su nido en una helada noche de invierno.

—¿Qué pasa, padre? preguntó con angustia la pobre niña.

—¡Ay hija mial que tu madre llora hoy, y está mas triste que nunca! respondió Mariano.

—¡Válgame Dios! ¿es eso posible? ¿puede aun estar mas

triste que otras veces?

—Sí hija, sí! yo creo que se vá volviendo loca!

—¡Oh, Dios miol

—Hoy dice que tiene sed en el corazon y que sé yo...! algunas cosas que yo no entiendo!

—¿Dice que tiene sed de corazon, padre? preguntó Plácida que habia estado oyendo con mucha atencion á Calabaza.

—Sí, hija mia: eso dice.

—Pues padre, entonces, yo sé quien puede curar á mi pobre madre! exclamó alegre la niña.

—¿Qué dices hija? ¿qué puede curarse tu madre? pero de que, si no tiene otro mal que tristeza?

—No importa, padre; tambien la tristeza se cura como dice el señor Vicario.

—¿El señor Vicario?

—Oiga usted, padre, mientras que vá cenando, dijo Plácida poniendo sobre la mesilla un enorme plato de patatas, sobre las cuales campeaban algunos diminutos pedazos de tocino.

El pobre hombre, que estaba hambriento, se puso á comer con afan, y Plácida continuó así:

—El domingo pasado me fuí yo á la iglesia por la tarde; mi madre habia estado por la mañana y luego se quedó en casa; cuando entré estaba la iglesia tan iluminada y hermosa, que daba gloria verla; el señor cura subido en el púlpito, predicaba, y yo me senté en el pié de un con-

fesonario de enfrente para verle y oírle mejor; allí mismo estaba la sacristana, y me dijo:—escucha bien, hija mía, que el señor Vicario está predicando sobre las obras de Misericordia.—

Yo, continuó la niña, escuché con todos mis cinco sentidos; ya sabe usted, padre, que el señor cura tiene una cara tan agradable y llena de bondad, que causa placer el mirársela.

—Ya se vé que sí, dijo Calabaza, haciendo una pausa en su comida; en vida de mi madre regentaba ya esta parroquia, y me acuerdo de haberle oído decir, que ó no había santos en el mundo, ó que el señor cura era uno de ellos.

—Pues mas cara de santo aun que otros días tenía el domingo, padre; continuó Plácida; cuando yo entré en la iglesia, empezó á esplicar la tercera obra de misericordia, que es *dar de beber al sediento*: ¿y sabe usted lo que decía?

—¿Qué decía?

—Que no se cumple con esta obra dando solo agua verdadera al que tiene sed de ella; que el corazon y el alma tienen tambien su sed, y que todo buen cristiano debe satisfacer la sed de sus prójimos.

—Pero hija ¿cómo se ha de satisfacer esa sed?

—Ya lo esplicó el señor cura: al afligido, dándole consuelos, se le alivia la sed del alma; y puesto que el señor cura decía eso, yo creo que consolando á mi pobre madre se le quitaria la sed del corazon que padece.

—Pero si todo cuánto le decimos es en vano!

—Es verdad, padre; pero eso consiste en que nosotros no sabemos consolarla.

—Es cierto.

—Si supiéramos decirle las hermosas palabras que yo oí al señor cura, ya vería usted como se consolaba.

—Pero no sabemos.

—Es cierto; y por eso es menester hacer que la consuele el señor cura.

—¿De qué modo?

—Yo iré ahora mismo á buscarle.

—¿Tú?

—Sí señor; el mismo señor cura me tiene dicho que es obligacion de una buena hija el cuidar y consolar á sus padres; y puesto que ni usted ni yo sabemos, voy á buscar al señor cura que lo hará.

—Pero ¿querrá venir?

—¿Pues no ha de querer, señor?

—Pero si ya es muy tarde; cuando yo volvía á casa le hallé que volvía él también á pié, de Montañana.

—¿Y eso qué importa?

—Que estará muy cansado.

—Nunca lo está el señor cura para hacer bien; ea, hasta luego, padre.

Y Plácida, ligera como una ave, salió de la cocina para ir en busca del digno vicario de la aldea.

VIII.

Ya se levantaba la luna sobre un trono de estrellas en el azul del firmamento, cuando Plácida salió de su casa para dirigirse á la del cura.

Las flores de Mayo que esmaltaban los campos esparcían sus perfumes en alas de la brisa, y saturaban la atmósfera de deliciosos aromas.

¿No os agradan mis jóvenes lectores las noches de Mayo?

¿No habeis visto durante ellas qué luminoso azul ostenta el cielo, y como brillan las tímidas estrellas? en esas noches, se diría que el cielo llama al alma, como á una hija desterrada.

La oracion acude á los labios y parece que en sus alas quisiera remontarse nuestro espíritu hasta los piés del trono del Señor.

¡Oh mis queridos jóvenes! medítad alguna vez durante las calladas noches de Mayo, y vereis como se purifican vuestras almas, y que ternura, y cuan grande gratitud sentís hácia nuestro padre celestial y hácia su divina Madre! Si alguna vez mirásemos al cielo, él nos daría fuerza y valor para caminar por los oscuros caminos de la vida.

Cuando Plácida salió al campo, porque la aldea no tenía calles, sintió un bienestar indecible en su corazón:

parecióle además que caía de su frente como un peso enorme, y que tenía mas libre la facultad de pensar.

Jamás se han unido en una criatura dotes mas angelicales; dulce é inocente, era vehemente su modo de sentir y aun mas su modo de amar, y hubiera dado toda su vida á trueque de traer á su madre á aquel hijo tan llorado, á aquel ingrato hermano.

Plácida cruzó ligeramente el corto espacio que separaba su casa de la del cura, y cerca ya de esta, vió sentado junto al único balconcillo de la fachada, al mismo vicario, que disfrutaba de la belleza de aquella noche.

La casa del pastor de la aldea, situada junto á la iglesia, era muy pequeña; el piso del patio tenía la cocina, lo mismo que las de los labradores: junto á la cocina, el cuarto de Antonio, guapo mozo de veinte años y sobrino del señor cura; luego por una escalera pequeña se subía al piso superior, donde estaban situadas las habitaciones del señor cura y de su hermana, la señora Pepa, madre de Antonio, y excelente mujer, en toda la extension de la palabra.

Era la señora Pepa delgada como su hermano, y de alguna menor edad que él; su estatura pequeña, pero muy derecha, estaba velada por un vestido negro de alepin, que la envolvía de la garganta á los piés; llevaba además un pañuelo oscuro de seda á cuadros y un delantal negro.

La señora Pepa, viuda desde hacia doce años de un

labrador regularmente acomodado, habitaba con su hijo en compañía de su hermano, al cual amaba con la mayor ternura.

Agil aun y buena, desempeñaba por sí misma muchos oficios de la casa, y los mas pesados, los dejaba encomendados á la tia Minuta, que era una anciana gruesa y fuerte, es decir, la antítesis de la señora Pepa.

La tia Minuta, esposa del tio Minuto ya difunto, era buena como el buen pan, pero regañona como ella sola; cada mañana, á las siete en invierno, y á las cinco en verano, llamaba á la puerta del señor cura, y al instante volvía á salir con dos cántaros para ir á por agua, á una fuente limpia, clara y hermosa, que habia á la entrada del pueblo.

Cuando volvía, encendía lumbre, y elaboraba el chocolate con rara perfeccion, dándole á los dos hermanos y á Antonio, y dejando para sí no pequeña porcion, pues era una de las personas mas aficionadas de la aldea al espumoso líquido.

Daba despues una *escobada*, como ella decia, á la casita del cura, traía mas agua, ponía el puchero, daba el almuerzo al cerdo y á las gallinas, y se marchaba hasta el dia siguiente que volvía á las mismas faenas.

Doce años se habian pasado así, sin que en todo este espacio, se hubiera enrabiado una sola vez la tia Minuta, con la señora Pepa, que era una bendita de Dios.

Antonio era allí el que todo lo enredaba; era á un mis-

mo tiempo sacristán, labrador, y escribiente de su tío; y todo lo desempeñaba á maravilla.

Él cuidaba de la hacienda que su buen padre había aumentado tanto en vida, y vigilaba á los peones, ayudando por sí mismo en todas las operaciones; él llevaba los libros de la parroquia; él ayudaba á misa, cuidaba del aseo de la iglesia, y la tenía *hecha una áscua de oro*, según decían las buenas comadres.

¡Oh, que paz tan envidiable, tan dulce, tan octaviana, en fin, reinaba en casa del señor cural los aldeanos al pasar por delante de la puerta saludaban con respeto aquel umbral, al cual jamás llegaban con el corazón triste sin hallar consuelo: porque la señora Pepa y su hijo gastaban todos los productos de su hacienda en socorrer á los necesitados.

¿Había fuego en la aldea? allí, entre las llamas, en el sitio del peligro mayor, se divisaban la blanca cabeza del vicario y la negra de Antonio; y luego los pobres que se veían arruinados por el furor del temible elemento, pronto miraban reedificada su casita merced á un buen bolsillo que la señora Pepa les llevaba en persona.

¿Era año de mala cosecha? ¿había imposibilidad de pagar los arriendos? pocos días antes de llegar el vencimiento, el señor cura advertía en la misa mayor que todos los vecinos acudieran á su casa, y allí daba á cada uno algunas monedas, y les decía:

—Ahí está el precio de tu arriendo; te lo doy en nom-

bre de mi hermana y de mi sobrino.

Cuando cada uno tenia ya para salir de su apuro, el señor cura añadía:

—Eal id con Dios! á trabajar y á ser buenos, y el año que viene llenareis las paneras; que Dios dá siempre mas que quita.

Estaba de parto alguna pobre mujer de la aldea, la señora Pepa aparecia como llovida del cielo, con un cestillo de mimbres blancos que contenia la envoltura del niño, y con un par de gallinas gordas en la otra mano, para dar caldo á la madre.

En fin, no habia trabajo ó dolor en el lugar, que no aliviasen ó consolasen el señor cura, su hermana y su sobrino.

Así era, que cuando salian de casa, solo oian en torno suyo un coro de bendiciones, y cualquiera de los habitantes de la aldea se hubiera arrojado por ellos al fuego.

Plácida al ver al señor cura sentado junto al balconcillo de madera de su cuarto, le parecia que veia una rendija del cielo; pero el buen señor no la vió, porque miraba al cielo en realidad, absorto en su hermosura, y creyendo ver á través de ella la augusta faz del Criador.

Detrás de una de las hojas del balcon habia una mesilla con una imagen de la Purísima encima: aquella mesa sostenia un velon de bronce muy reluciente, y á su luz hacia calceta la señora Pepa.

Antonio sentado á la misma mesa que sostenia el ve-

lon, escribía las cuentas de la semana, porque era sábado.

—¡Dios guarde á usted! dijo Plácida desde la puerta, con su voz dulce y melodiosa, como el canto de una ave.

—Y á tí tambien, hija mia, dijo la señora Pepa.

Antonio nada dijo; pero al oír la voz de Plácida soltó la pluma, y se puso colorado hasta lo blanco de los ojos.

—¿Ocurre algo, hija? preguntó el señor cura.

—¡Ay, no señor! nada de nuevo, respondió la pobre niña con tristeza; pero mi madre...

—¿Está mala? preguntó la señora Pepa viendo que Plácida se detenía confusa porque no sabía como explicar lo que quería.

—Vamos, hija mia, habla sin reparo; ven acá, dijo el vicario alargando la mano á la muchacha, que se la besó.

—Ven acá, y siéntate en esta banquetta, prosiguió el anciano señalando á la muchacha una banquetilla de madera colocada á su lado.

Plácida obedeció, y dijo algo mas animada:

—Señor cura, mi pobre madre está tan triste que yo no sé que hacer.

—Solo Dios puede darla alivio, hija mia, dijo á su vez el anciano.

—Es que ha de saber usted que está mucho mas triste que antes, señor cura, repuso la niña; hace tres días que no quiere comer; que no duerme un instante, y que así que viene de su trabajo se sienta junto á la tapia del jardín, y de ahí no se quiere mover!

—¡Pobre mujer! murmuró Antonio, enjugando con el dorso de la mano sus ojos humedecidos.

—¡Pobre madre! murmuró la señora Pepa.

—Yo, señor cura, prosiguió Plácida, cuyos ojos azules se arrasaron de llanto, yo he llegado á temer que la pena la vá á matar! si hace dias que no la ha visto usted puede que no la conozca; tal está de flaca y abatida!

Las lágrimas ahogaron la voz de la pobre Plácida, que no pudo proseguir.

—Para las grandes desgracias, es necesario el valor, hija, dijo el señor cura con afectuoso interés: desesperarse es ofender á Dios, que mira por nosotros como un buen padre.

—Ya lo sé, señor cura; dijo la niña enjugándose los ojos con el delantal, pero ¿qué quiere usted? me veo tan apurada! hoy estaba contenta, porque guardaba hecha cena caliente para mi padre! para mi pobre padre, que ha trabajado todo el dia sin otro alimento que un pedazo de pan!

—¿Qué dices Plácida? exclamó el anciano, echándose hácia atrás: ¿tu padre trabaja, casi sin comer, y no lo sé yó?

—¿Pero hija, quién no viene á decir eso? dijo á su vez la señora Pepa: vamos, nunca te lo perdonaré.

—Me tiene mandado mi madre que nunca lo diga, y aun ahora se me ha escapado!

—¿Pero por qué?

—Porque dice que no es la obligacion de ustedes el mantener á todo el lugar!

—Pero sí la de mantener al que no tenga que comer.

—Dice que ustedes dan á los que pierden sus casas en las inundaciones y en el fuego: á los que pierden las cosechas y á los enfermos; pero como nosotros, ni casa tenemos que se nos queme, ni cosecha que se nos pierda, ni estamos enfermos, debemos trabajar, y comer lo que Dios nos dé por nuestro trabajo.

—Vamos, esto no se puede oír sin sentir uno que se le rompe el corazon! exclamó por lo bajo Antonio: ¿y querrá usted que deje esta pobrecita, á quien quiero mas que á las niñas de mis ojos, madre, verdad? ¿y que me case con la Petra mas fea que Picio porque es rica, verdad? pues no lo haré!

—¿Querrás callar, desvergonzado? contestó la señora Pepa en el mismo diapason, pero muy enojada.

—¡Callaré, pero no me caso con la Petra!

—¡Bien, bien! tiempo hay de pensar en eso!

—Ya está pensado; no me caso con aquella cara de fiera.

—¡Antonio! que ya me voy incomodando! dijo la señora Pepa con severidad; miren el chiquillo, sin pelo de barba, y hombreando ya!

Antonio volvió á sus cuentas, pero de cuando en cuando, alzaba la cabeza para dirigir á Plácida una mirada que llevaba el sello de un profundo cariño.

—Dios, hija mia, Dios os recompensará porque sois

muy honrados! exclamó enternecido el anciano sacerdote; pero no es justa tanta delicadeza: yo pensé que el trabajo de tus padres, os daba, aunque con escasez, lo preciso para la vida.

—¡Ay! antes si señor! pero ahora las penas han debilitado á mi pobre madre, de manera, que ya no puede trabajar ni una mitad; lo mismo sucede con mi padre, que nunca ha sido muy fuerte, como usted ya sabrá mejor que yo!

—¿Y de tu hermano, no ha habido ninguna noticia, verdad?

—¡No señor!

—Debía yo estar seguro de ello, y no preguntarlo; aquel es un infame, que ha de llevar un terrible castigo.

—¿Te acuerdas de tu hermano, hija? preguntó la señora Pepa.

—Casi nada, dijo Plácida; era yo tan pequeña cuando se fué!

—Solo tenias cuatro años.

—Yo sí que me acuerdo, dijo Antonio: como que era de su edad; y cuanto nos queríamos! me acuerdo de él como si le estuviera viendo, y tambien de aquel mal hombre que se lo llevó, allá, á tierra de franceses.

—Pues señor cura, dijo Plácida; al ver á mi pobre madre que no cesa de llorar, se me ha ocurrido venir á buscarle á usted que dicen que tambien sabe consolar.

—Haré lo que pueda para darla valor, hija mia; pero

dudo de conseguirlo, porque es muy grande su pena.

—Mire usted, añadió cándidamente la niña; esta tarde, decia á mi padre que tenia una sed en el corazon, que la mataba.

—¡Pobre mujer! lo comprendo! murmuró el vicario.

—Y como yo oí á usted la otra tarde, continuó Plácida, como le oí decir en el sermon, predicando de la obra de misericordia DAR DE BEBER AL SEDIENTO, que hay sed del alma que se apaga dándole por pasto el amor de Dios, he pensado que acaso usted con sus hermosas palabras, y con sus santos consejos, podria apagar esa sed del corazon de mi madre, que la mata!

El pastor miró absorto á la niña.

—¿Eso has pensado, hija mia? exclamó, con voz alterada.

—Sí, señor... ¿he hecho mal? balbuceó tímidamente la jovencita.

—¿Mal, hija mía? ¿puede haber algun pensamiento de los que Dios envia, que sea malo? pues Dios te ha dado á tí ese pensamiento: á tí, pobre niña, criada en los campos; ¡ah, sí! sobre tí, flor inculta y sencilla, ha vertido el dulce rocío de la poesia! tu puro pensamiento se ha elevado á las eternas regiones, para buscar en ellos las fuentes de la salud!

¡Vamos dulce paloma! prosiguió el sacerdote: vamos! vuelve conmigo al arca, llevando el ramo de oliva! sí! tu madre tiene sed en el corazon, pero yo mitigaré esa sed!

Bendita seas hija, pues por tí puedo cumplir en su mas santa y hermosa acepcion, la obra de misericordia: ¡DAR DE BEBER AL SEDIENTO!

IX.

El vicario y Plácida llegaron en breve á la casa de esta última, mientras que Antonio y su madre departian muy animadamente, acerca del futuro casamiento del jóven.

Pero ya volveremos á oirles, y por ahora seguiremos al pastor de la aldea á la humilde morada de Calabaza.

Este, que ya habia dado fin á su cena, salió á la puerta de la cocina al oir los pasos del señor cura y de su hija.

—Padre, dijo esta; ya está aquí el señor cura, que al momento ha consentido en venir conmigo: ¿ha salido mi madre del jardin?

—No, hija, respondió el buen hombre; allí está, y por mas que la he dicho, no he podido hacerla mover.

—Vamos á verla, hija mía, dijo el vicario: y tú, Mariano, añadió dirigiéndose á Calabaza, no te desconsueles que Dios todo lo puede.

Y el santo anciano entró en el huertecillo seguido de Plácida.

Bien pronto divisaron á Bárbara, que inmóvil en el sitio que antes ocupara, permanecia con la frente apoyada en la mano.

La luna caia á plomo sobre su semblante curtido y

flaco, dándole una espresion muy semejante á la de esas hechiceras, que nos pintan en los cuentos alemanes.

Mas ¡ay! aquella desdichada mujer, lejos de tener la maligna espresion de las magas de los cuentos, solo dejaba leer en su pálido semblante una desgarradora espresion de pena! la brisa de aquella hermosa noche, agitaba algunos mechones de sus cabellos blancos, y secaba algunas lágrimas gruesas y ardientes que como testigos de la tempestad de su alma, se desprendian de sus apagados ojos.

Absorta en sus amargos pensamientos ni siquiera se apercibió de la entrada en el huerto del señor cura y de Plácida.

—¿Ve usted, señor? dijo la niña con tristeza: parece que no vé ni oye.

—Vamos, valor, hija mía; repuso el párraco con bondad: vete y déjame solo con ella.

Plácida obedeció, y el anciano se aproximó tanto á la pobre enferma del alma, que llegó á estar á dos pasos de ella.

Entonces la llamó por su nombre á media voz y con suavidad.

Bárbara se estremeció y volvió la cabeza.

—¿Me llamas, Mariano? preguntó con voz apagada.

—No es Mariano, soy yo, Bárbara, dijo el vicario aproximándose mas y dejándose ver por completo de la pobre afligida.

—¡Ah! es usted, señor cura! dijo ella levantándose apresurada, y con una admiracion llena de respeto.

—Sí, yo soy, dijo el anciano haciéndole señas de que se sentase de nuevo, y sentándose él mismo sobre la yerba del huerto: yo soy; me han dicho que estabas muy afligida, y como te he conocido de muchacha, y te quiero, vengo á que me digas la causa de tus penas.

—¿No lo sabe usted pues, señor cura? preguntó Bárbara, cuyas lágrimas corrieron como un arroyo: la causa de mi pena, de esta pena que acaba conmigo, es la ausencia de mi hijo y su ingratitud para sus padres y su hermana.

—Dios pone tambien su medida al dolor, dijo con dulce gravedad el sacerdote, y el que se abandona á el sin tasa, es reo de su propia muerte.

—¡Ay, señor cura! era tan hermoso mi Mateo! le amaba yo tanto! murmuró Bárbara sin dejar de llorar: toda mi alma está llena de su memoria, y no la puedo arrancar de ella sin que se me haga pedazos.

—Bárbara, dijo el anciano tras de algunos instantes de reflexion; tú sabes que hay un Dios que nos ha criado, y que nos ha de juzgar, ¿no es cierto?

—Dios me libre de dudar de él, señor cura, dijo la pobre mujer.

—Pues bien; si no te haces fuerte contra ese dolor, te revelas contra Dios, que es el que todo lo dispone; él ha querido que tu hijo se separase de tí; humíllate á su

voluntad.

—Yo no me quejo, señor, dijo Bárbara, reprimiendo su angustia; solo que usted no sabe cuanta falta me hace mi hijo, y cuanto motivo tengo para echarle de menos!

—¿No tienes otra hija? ¿no tienes á Plácida, tan buena, tan dulce, y que será la corona de tu vejez?

Bárbara meció tristemente la cabeza.

—¡Ah, señor cura! dijo con desaliento, yo no sé lo que siento en el alma, que yo misma no me puedo explicar; es un vacío que solo se llenaría con su cariño; es un frío tan grande, es un cansancio de la vida, que no pueden remediar ni mi marido ni mi hija; ¡oh, mi hijo! mi hijo se me parecía tanto! si hubiera sido bueno, me hubiera querido á mi como yo á él, es decir, con toda su alma y su corazón!

—¿No te quieren así tu marido y tu hija?

—No digo yo que no me quieren, pero ¡ay! señor cura, que no son como yo! y luego mi hijo debe tener ya 20 años, y será tan hermoso! y yo, sin poderlo ver, sin la esperanza de verlo nunca! esta idea me mata!

—Oyeme, Bárbara, dijo el cura, acercándose mas á la pobre mujer; yo te diré el mal que padeces, y luego te daré el remedio que necesitas.

Tú, continuó el anciano, tienes sed de amor: te conozco desde niña, porque soy mucho mas anciano que tú; tu corazón no ha podido llenarse ni con el amor helado de tu marido, casi imbécil, ni con el de tu hija, pobre ino-

cente, suave como la aurora; tu hijo te se asemeja mas, y tu lo has comprendido con tu corazon de madre; el amor de tu hijo, te hubiera hecho dichosa; hubieras querido verle casado á tu lado, y hubieras hallado en su esposa y sus hijos otra nueva familia á quien querer, porque á pesar de tu exterior áspero, tu corazon es una fuente inagotable de cariño.

—¡Ah, que razon tiene usted, señor cural exclamó Bárbara mirando al anciano con admiracion; es verdad, siento una sed en el alma que me devora, que me consume, que me mata.

—Dios te ha hecho así, pobre mujer, dijo el vicario; adoremos su voluntad, Dios ha permitido el abandono de tu hijo; ofrécele ese dolor; él ha dicho:—el que quiera entrar en el reino de mi padre, tome su cruz y sígame:—esa es la tuya; pídele fuerzas para llegar con ella al calvario.

Calló el anciano, y Bárbara dobló la frente absorta aun por el sonido de aquella voz vibrante; el párraco continuó:

—¿Ves ese cielo tan hermoso, que cobija nuestras cabezas? ¿ves esa luna, esas estrellas que nos alumbran? la manó poderosa que ha creado todas esas maravillas, no puede dejar á sus criaturas racionales en los abismos del dolor; no puede desatendernos, y si el camino de la vida nos abrumba, es porque no miramos al cielo que es su morada; á través de ese cielo azul, á través de esas es-

trellas luminosas, él nos mira y nos dice:—¡no os olvidéis de mí!

—¡Es verdad, padre mio! cuando rezo me parece que se alivian mis pesares, dijo Bárbara pensativa.

—Si bajamos los ojos del cielo á la tierra y los dejamos errar al rededor nuestro, en todas partes hallamos tambien motivos de consuelo; el señor cuida del roble mas alto como de la mas débil y pequeña planta; de la hormiga, como del águila real, y nada hay que sea desconocido para su paternal mirada.

Bárbara no respondió nada: ya hacia rato que su mirada habia descendido, desde el cielo, á donde la habia llamado el cura, á los dos alhelfes que crecian en el huerto.

Ante aquella imágen de su desventura y de la ingratitude de su hijo, sus facciones habian vuelto á tomar la misma espresion desesperada que tenian desde que se habia sentado en el jardin al caer de la tarde.

El vicario viendo que guardaba silencio la miró con pena.

—Señor cura, dijo ella por fin, señalándole la planta de alhelfes que crecia oscura y pobre al pié de la tapia; mire usted lo que yo vengo á ver aquí!

El vicario miró al sitio que le indicaban, sin comprender al pronto lo que querian decirle.

—¡Esa planta, que hace ya años plantó mi marido, es para mí el retrato de ese pobre Calabaza, que envejece y

se muere en la miseria; y esa otra, añadió señalando á lo alto de la tapia, donde la otra planta se mecía á impulsos de la brisa de la noche, esa otra es el retrato de mi hijo, que ha subido tan alto, que ya no quiere vernos!

—¡Veo que es imposible devolvarte la razon, pobre mujer, dijo el cura con tristeza; hay en tu alma un dolor incurable, una sed que solo puede llenar el amor de Dios!

—¡Si yo pudiera ver una sola vez á mi hijo! murmuró la desgraciada como hablando consigo misma.

El ministro del altar reflexionó un momento, y luego dirigiéndose á Bárbara, dijo:

—Escucha: es en vano el que yo quiera darte consuelos, porque no los recibes; Dios, sin embargo, manda aliviar al que sufre: Dios, todo bondad y misericordia, me manda que te procure la dicha de ver á tu hijo; ¿quieres verle?

—¡Dios mio! ¿qué escucho? ¿ver á mi hijo? exclamó la pobre mujer levantándose con ademan estraviado: ¿podré verlo? ¿será esto posible?

—Sí, respondió el anciano con voz firme.

—¿Cuándo? ¿cómo? ¡ah, señor! ¡yo no puedo creer en tanta dicha!

—Cree, pues, en ella, pobre mujer; al amanecer, si te hallas con fuerza para ello, saldrás de aquí con tu marido.

—¿Fuerzas yo? ya estoy fuerte, señor cura, exclamó Bárbara levantándose ligeramente; ¡ah! prosiguió, ¡y á

mí que no se me había ocurrido la idea de ir á Francia, aunque fuera pidiendo limosna! ¿y yo soy buena madre? ¿y yo digo que quiero á mi hijo?

—Vamos, calma, calma, dijo el señor cura temeroso de que la alegría alterase la razon de aquella pobre mujer; te he dicho y te repito que al amanecer saldrás de aquí con tu marido para ver á tu hijo.

—¡Mariano! ¡Mariano! gritó Bárbara precipitándose hácia la casa y llamando á voces á su marido; ¡ven, ven, oye! ¡el señor cura dice que al alba iremos á Francia á ver á nuestro hijo!

Al acabar de pronunciar estas palabras, salió Mariano de la cocina y se halló bien pronto al lado de su mujer, con Plácida, que tambien acudió á las voces de su madre.

—Calma, y escuchadme; dijo el cura moderando con una señal triste la loca alegría de Bárbara; esta madrugada, prosiguió, partireis para ir á París á ver á Mateo; Plácida quedará en casa de la sacristana hasta vuestra vuelta, pues en la mia no puede estar, á causa de vivir mi sobrino en mi compañía. Plácida tiene ya catorce años y Antonio veinte, y no pueden estar decorosamente bajo el mismo techo.

—Es cierto, dijo Bárbara; con la sacristana estará muy bien.

—Bárbara, dijo el vicario en voz baja; amas con estremo á tu hijo, y muy poco á esta pobre niña. ¡Quiera el cielo dejarte sin castigo!

Luego, alzando la voz, prosiguió:

—Yo quisiera daros el dinero bastante para que hiciérais el viaje con alguna comodidad, pero no puede ser; sabeis que soy pobre, y en cuanto á mi hermana, que está mejor que yo, no me atrevo á pedirle la suma que necesitais para ir de aquí á París, que siempre seria crecida; os prevengo, pues, que tendreis que ir á pié.

—Pues ¿quién lo duda, señor cura? dijo Calabaza con su admirable sencillez: ¿habíamos de pensar nosotros en viajar á lo señor?

—Es forzoso que tu mujer medite antes de emprender el camino, y vea si sus fuerzas le permitirán hacer tan largo camino.

—¡Oh, señor cura! exclamó Bárbara en cuyos ojos brillaba la alegría; ¡si ya me siento fuerte y buena solo con pensar en que voy á ver al hijo de mi alma!

—No hay ya mas que decir, pues, repuso el cura; ahí teneis diez duros que traje conmigo para socorremos, amigos míos: es todo cuanto tengo, y aun esa pequeña suma la he ido reuniendo con trabajo para vosotros: bien sé que no teneis con ella para llegar á París; pero ahorradla lo posible, y si os falta, que el Señor os socorra como hace con los pajarillos: el alma que el dolor ha aniquilado, solo recobra su vida inmortal con el benéfico rocío de la esperanza.

—Vamos, Plácida, prosiguió el virtuoso anciano; dí adios á tus padres y vente conmigo, pues yo mismo quie-

ro dejarte en poder de Petra la sacristana.

La niña se precipitó desecha en llanto en los brazos de su padre, que al abrazarla rompió tambien á llorar á lágrima viva.

Luego, separándola un poco de sí, se volvió á su mujer y la dijo con sentido acento:

—¡Mujer, abandonamos á una hija, que es buena, por ir en busca de un mal hijo, y esto es mal hecho!

—Quédate tú con Plácida, y yo iré sola, dijo Bárbara con resolucion.

—¿Dejarte sola por esos caminos? exclamó Calabaza; ¡eso sí que no! hágase lo que desees, que el señor vicario cuidará de esta pobrecita.

Y Calabaza puso á su hija en los brazos de su mujer, que la abrazó con pasion, sintiendo dentro de su alma una cosa como un remordimiento.

Por su parte, Plácida no podia hablar; las lágrimas la ahogaban, porque aquel corazon amante y sencillo se desgarraba al pensar en lo poco que valia su amor para sus padres.

El vicario tuvo que separarla de los brazos de aquellos, y la asió de la mano para llevársela.

—Bárbara, Mariano, dijo con voz solemne: volved pronto, lo mas pronto que os sea posible; no olvideis que aquí dejais vuestra hija y vuestro hogar.

Dichas estas palabras echó á andar, llevando de la mano á la pobre niña.

Pero esta, desprendiéndose de aquella suave presión, corrió de nuevo á sus padres, y les dió otro abrazo mas tierno, mas estrecho, mas desesperado, por decirlo así.

—Vamos, hija mia, no llores mas, y así que llegues á casa de Petra, reza un poco: la oracion alivia.

—¡Ay, señor de mi alma! gimió la pobre Plácida. ¡Que mis padres me dejen, y el corazon me dice que ya no les veré mas!

—Si tal es la voluntad de Dios, hija, responde el sacerdote, en mí hallarás otro padre, y mi familia será la tuya.

Al rayar la primera luz del alba, Mariano y su esposa salieron de la aldea y tomaron rápidamente el camino que conducia á la capital de Aragon.

Bárbara parecia sana, rejuvenecida; la alegría brillaba en sus ojos y en su frente.

Su marido creia un sueño verla así alegre, animada como en los primeros años de su casamiento; pero en su interior se levantaba la tristeza, y un velo negro se extendia por todas las alegrías de su alma; es que aquel pobre sér, dotado de escasa inteligencia, tenia un noble y sensible corazon, un corazon leal que presentia el dolor y le adivinaba, como el ave marina presiente la tempestad.

Cuando los dos esposos trasponian un montecillo que terminaba las casas de la aldea, se vió retirar del camino una sombra esbelta; pero á los pocos pasos la sombra se desplomó sobre la yerba del valle.

Era Plácida que habia salido á dar á sus padres un úl-

timo y silencioso adiós; la buena sacristana la recogió en sus brazos y desabrochó su jubon para que volviese en sí.

En efecto, la pobre niña recobró el conocimiento á los pocos instantes.

—Vamos, Plácida, dijo la señora Petra; eso no es ser razonable; ya volverán, y mientras tanto, yo te querré tanto como ellos.

—¡Ay, señoral murmuró la pobre niña; ¡el corazon me dice que no volverán! ¡no! repitió bajando la cabeza; ¡no volverán!...

X.

Al mismo tiempo, poco mas ó menos, que dejaban su pacífica aldea los padres de Mateo para ir en su busca á la populosa capital del vecino imperio, aquel hijo desnaturalizado se hallaba en una de esas brillantes fiestas entre las cuales pasaba casi exclusivamente su vida.

Eran las dos de la madrugada, y el baile que daba el embajador de Inglaterra en la córte de Francia, estaba en todo su apogeo.

Tres salones, llenos de hermosas mujeres, de cuyas cabezas, cubiertas de diamantes, salian rayos de luz, daban á la fiesta un aspecto verdaderamente fantástico.

Millares de luces reflejaban en los gigantescos espejos de Venecia que decoraban las paredes, alternando con soberbios tapices de sedería recamada de oro.

Todos los balcones daban á los jardines, y estaban abiertos, porque era ya mayo, y la estacion muy adelantada para bailes.

Pero si la atmósfera estaba algo pesada, en cambio el ambiente que salia del jardin estaba saturado de perfumes.

Cada diez minutos pasaban los criados de la casa, vestidos de gran librea, con bandejas de plata cargadas de helados, ofreciendo á los concurrentes un consuelo al paladar, seco y mortificado por el calor.

Junto á uno de los balcones, hablaban dos jóvenes en el tono quedo de la confianza y de la reserva.

—Es estraño, dijo una, que la embajadora, mujer de buen tono, y muy amante además de sus comodidades, haya dado este baile estando la estacion tan adelantada.

—Muy estraño, repitió su compañera; y tanto mas, cuanto que en el de la semana pasada, se nos anunció que era el de despedida: pero, sin embargo, yo sé la causa de ese cambio de opinion.

—¿Sí? ¿y cuál es?

—El empeño de Mr. Arturo.

—Pues, ¿qué le puede importar á él que se den bailes ó no?

—Pues si él no vive á gusto de otro modo que entre bailes, convites y diversiones! ¿hay un solo dia que le dejes de ver en el Bosque, en la Opera y en algun baile concluyendo la noche?

—En verdad que nadie sabe cuando duerme: ya se vé, la embajadora quiere darle gusto, sin duda por no perder tan buen marido para su hija.

—¿Buen marido? sin duda que lo dices en broma; ¡pobre Emelina!

—Pero, ¿no es muy rico?

—Sí: pero, ¿basta eso? ¿no le ves siempre rizado, encorsetado, perfilado como una mujer? ¿no le ves con color y lunares postizos? ¡si hasta los ojos se pinta!

—Tienes razon: pero, ¿quién sabe si eso le gustará á Emelina?

—Tal vez: pero creo que no; sus padres se han dejado seducir por el título y las riquezas que Arturo debe heredar de su tío el duque.

—Y á propósito: ¿has oido tú las especies que corren acerca de su tío? ¿de ese viejo obeso que la echa de jovencito?

—¡Yo, no!

—¡Pues desde que se sabe es cosa acordada el casamiento de Arturo con la hija del embajador, todos andan buscando la genealogía de aquel!

—¿Y qué se dice?

—Que ese tío fué fondista ó hijo de fondista; y que el ducado de Varennes ha sido comprado.

—¡Bah! ¡el ser fondista no es una falta! siempre que no haya adquirido mal sus riquezas.

—Dicen que las ganó á la lotería alemana.

—Ya ves que eso no es un sonrojo.

—No lo es para tí ni para mí, porque nuestros padres nos han enseñado que la nobleza mas estimable es la del alma; pero si el embajador y su esposa llegan á saber eso, ¡adios boda! Emelina se quedará sin esposo, porque antes la querrán monja ó muerta que esposa del descendiente de un fondista; ya sabes tú lo que son los ingleses.

—Calla, que aquí viene Emelina del brazo de Arturo.

—¡Qué linda está ella!

—¡Y él qué ridículo!

—Esa pobre niña me da pena.

Las dos amigas dejaron aquí su conversacion para mirar á la pareja que avanzaba por la gran sala, siendo el blanco de todas las miradas.

Eran, como habian dicho las dos jóvenes, la hija del embajador inglés y su futuro esposo, Arturo de Varennes para todos, aunque para nosotros, lectores míos, puede ser solamente Mateo, el hijo de Calabaza y de Bárbara la lavandera.

Emelina, la jóven inglesa, llegaba apenas á los diez y siete años; era blanca como el nácar, rubia como el oro, pequeña de estatura y delgada como un junco; sus ojos azules, dulces y serenos, se asemejaban á la flor de la clematida, por la pureza de su color y de su aterciopelado matiz; su boca pequeñita era roja y fresca, y su talle aéreo como el de una hada.

El traje de Emelina era sencillo, pero en extremo ele-

gante; llevaba un vestido de gasa blanca y un aderezo de perlas de gran tamaño.

Arturo, pues así le llamaban todos, era la verdadera antítesis de su encantadora prometida; á fuerza de amor al lujo, habia hecho tal abuso de él, que su traje tocaba ya en lo ridículo; llevaba pantalon y frac negro, zapato bajo de charol, con hebillas de oro y diamantes; sobre su chaleco blanco se cruzaba una cadena gruesa como un cable y tachonada de topacios y esmeraldas, la cual sostenia varios sellos tambien de pedrería, y un reloj comprado en Lóndres á muy subido precio.

La blancura de su corbata hacia resaltar tres grandes rosetones de diamantes y rubíes que á manera de botones cerraban su camisa, y que tendria cada uno el diámetro de una peseta por lo menos.

En fin, el hijo del pobre Calabaza llevaba pedrería en el reloj, en el pecho y en los piés; esto es, en todos los sitios donde podia llevarla, y seguramente sentia el no ser mujer, porque de esta manera hubiera podido añadir á sus vistosos adornos, collar, pendientes y brazaletes.

Su figura, que hubiera sido buena, parecia así tan ridículamente recargada, que causaba hastío mirarla: frisaba ya en los veinte años, y su talla elevada, era robusta sin dejar de ser esbelta y de buenas proporciones; su color moreno desaparecia bajo una capa de blanquete y carmin; llevaba dos ó tres lunares postizos, negros como el ébano, y el color subido de sus labios era tan brillante,

que fácilmente se conocía que lo debía á alguna opiata de subido precio.

Su espesa cabellera, que se había vuelto negra con la edad, y quizá tambien con el auxilio de las pomadas y bandolinas, estaba rizada de un modo tan exagerado, que le abultaba la cabeza de una manera ridícula; y era tanta la delgadez de su talle, gracias al corsé que habitualmente gastaba, que su figura presentaba la de una grande hormiga.

Daba pena, queridos jóvenes, ver á aquel hermoso muchacho, que tan simpático hubiera sido, vestido con una decente moderacion; daba pena, digo, verle tan ridículo, tan afectado, y rebajando de tal modo su dignidad de hombre. Emelina, pensaba así quizá; pero en ella era ya ley y costumbre la obediencia á sus padres, y su corazon, que no había despertado todavía, no la inclinaba á comparaciones con ningun otro objeto.

Además, desde hacia un año, veía á todas horas á su prometido á su lado; comia con ella y con sus padres todos los dias, porque segun las puras y patriarcales costumbres inglesas, aquel jóven prometido esposo de Emelina, formaba ya parte de la familia y se le miraba como de ella.

—¿Cuándo es la boda? preguntaban á la embajadora todas sus amigas al ver entrar á los dos jóvenes asidos del brazo en el salon.

—Dentro de dos meses lo mas tarde, respondió la ma-

dre de Emelina; solo esperamos á que mi hija cumpla diez y siete años.

Entre tanto Emelina y Arturo bailaban juntos una contradanza, acabada la cual dejó á la jóven con su madre y fué á saludar cordialmente á las dos jóvenes que habian hablado de su genealogía sentadas en el hueco del balcon, y que eran por cierto muy lindas.

—Ya viene aquí este nécio, dijo una de ellas; vamos á reirnos un poco á costa suya.

—¿Cómo está su tío de usted, amigo mio? preguntó en seguida á Arturo.

—Sigue muy mal, respondió el jóven con una fatuidad perfecta, en tanto que flechaba sus lentes de concha y oro á todas las señoras del salon.

—Pues entonces, ¿cómo se halla usted aquí? dijo la otra jóven.

—¡Es claro! porque no puedo aliviarme! repuso Arturo muy mal humorado con aquella pregunta.

—Pero, al menos, parece lo natural que le hiciera usted compañía, insistió la jóven, ¿no le ha criado á usted desde muy pequeñito?

—Sí, señorita; mi padre, el general, murió dejándome á los tres años encargado á mi tío, contestó Mateo, con una serenidad asombrosa.

—¡Ah! ¿era general su señor padre de usted? dijo la jóven con acento burlon.

—General y conde, señorita.

—¿Y su madre de usted?

—Era una hermosa princesa rusa.

—¿Murió joven?

—Mucho, á los veinte años.

—¿Y no dejaron mas hijos que usted?

—Soy único.

—¿De modo, que será usted muy rico?

—Pchel un poco, dijo Mateo con un tono que equivalia á decir—inmensamente rico!

—¿Es usted español?

—Sí, nací en Madrid.

—Es muy raro eso! dijo la otra joven dando con el codo á su compañera; ¿su madre de usted rusa, su padre francés, y usted español?

—Es que viajaban..... adios, señoritas: añadió Mateo, que ya se hallaba muy confuso con las insidiosas preguntas de las dos jóvenes; y dando media vuelta se apartó de aquel grupo para ir á hablar á otras señoras.

Pero al ir á cruzar el salon, y cuando ya la orquesta preludiaba una nueva contradanza, se le acercó con un ademan agitado uno de los criados de la casa.

—¿Qué hay? preguntó Mateo, con ese desden soberano propio de las personas, que habiendo nacido en el seno de la nada, se ven encumbradas de repente.

—El señor duque se muere, segun me acaba de decir el ayuda de cámara de V. E., dijo el doméstico.

—Cáspita! no es cosa de descuidarse, murmuró el hijo

de Calabaza; ya está muy irritado conmigo, y si no acudo pronto, adios, ducado y herencia!

Y acercándose á la embajadora y á su hija se despidió de ellas apresuradamente, diciéndoles el estado de su *tio*.

Luego bajó al patio y saltó en su coche, llegando pocos minutos despues al palacio de Varennes.

Pero aquel corazon de piedra no apresuró ni uno solo de sus latidos, ni sus ojos se humedecieron al pensar en el estado de su amigo y bienhechor; su único torcedor era el pensamiento de si podria perder la herencia del duque, puesto que se portaba con él inícuamente desde hacia mucho tiempo.

Cuando entró en la habitacion del anciano duque, se presentó á su vista un espectáculo bien triste; dos médicos sentados á la cabecera misma del lecho, departian en voz baja, y en el fondo del aposento, un ayuda de cámara, tan viejo como su señor, preparaba una bebida calmante, que habian por lo pronto propinado los médicos.

Aquel ayuda de cámara era un pequeño ayudante de la fonda de Casimiro Gringolet, cuando aquel, gracias á la lotería, pasó de fondista á duque: habíase criado con Ciriaco, y este, cuando heredó el ducado de su padre, lo ascendió de simple lacayo, que habia sido, á su ayuda de cámara y confidente.

Silvestre, que este era su nombre, se habia consagrado á su amo en cuerpo y alma, y detestaba á todos los demás criados de la casa, que como él decia muy bien, solo

pensaban en hacer su negocio.

Cuando entró Mateo en el dormitorio del duque, la fisonomía del enfermo manifestaba un sufrimiento profundo: las de los médicos esa indiferencia del talento ante todas las catástrofes de la humanidad, y la de Silvestre una amarga aflicción.

Mateo dejó su capa sobre un sillón, y se acercó á la cama del duque que le miró con semblante irritado.

El anciano que ya contaba setenta años, padecía desde hacia dos, frecuentes accesos de fiebre, y se había demacrado un poco; pero lo que en aquel momento le aquejaba era un ataque de parálisis, que no dejaba esperanza alguna de salvarle de un fatal porvenir.

En la mirada que dirigió á Mateo estaban escritas mil mudas reconvenciones, porque aquel jóven desnaturalizado é ingrato, lejos de cuidarse del estado de su bienhechor, le dejaba en una completa soledad por entregarse á toda clase de diversiones.

Durante aquellas horas de dolor y sufrimiento, el duque pensaba con dolor en las halagüeñas esperanzas que había alimentado con respecto á su ahijado; en efecto, solo una razon egoísta había movido al celibatario á arrancar á aquel muchacho á sus padres; le había hallado, tan hermoso, tan despejado, tan gallardo, tan simpático en fin, para su modo de ser y de pensar, que lo adoptó por suyo, creyendo hallar en su compañía un remedio para su soledad, y un correctivo á las demasías de su nu-

merosa servidumbre, que el bueno y bondadoso Silvestre no alcanzaba, ni se atrevía á contener.

Sin embargo, ninguno de estos deseos habia visto logrados; Mateo habia crecido en la ociosidad, y su vanidad y su ingratitud, habian crecido con él; su pobre madre se equivocaba al suponerle dotado de un corazon entusiasta y amoroso; Mateo no se parecia á Bárbara mas que en su genial duro, y en su voluntad de hierro: pero tanto cuanto era de sensible la madre bajo su ruda corteza, era duro, helado, casi feroz, el hijo, bajo su dulce y melosa apariencia.

Ningun efecto hizo en él la enojada mirada que su anciano bienhechor le dirigió al acercarse á su lecho: sonrióse con desvergonzada osadía y le dijo dándole algunos golpecitos en la espalda:

—Vamos, vamos padrino; no hay que enfadarse; ya me tienes aquí.

Mateo trataba al duque con una familiaridad que rayaba en descaro; es verdad que el mismo duque se lo habia exigido, mandándole que le llamara padrino, dictado que tapaba todas las bocas, y que por su elástica acepcion destruia todos los comentarios acerca de la familia del jóven.

El duque mas y mas enojado, lanzó una especie de gemido, lleno de cólera, al mismo tiempo que el buen Silvestre le presentaba la bebida que habia estado preparando.

Mateo, sin hacer caso alguno, se volvió á los médicos y les preguntó con admirable serenidad.

—¿Hay peligro, señores?

—No le hay por ahora de muerte, caballero, respondió el mas anciano; pero hay otro poco menos alarmante que aquel.

—¿Cuál es? insistió Mateo.

—Existe el peligro de que el señor duque se quede del todo imposibilitado.

—Es decir, baldado, dijo Mateo sin que un solo músculo de su rostro se descompusiera.

—Ciertamente, caballero, baldado ó tullido; como usted quiera entenderlo.

El doctor volvió bruscamente la espalda á aquel hombre que le repugnaba.

—¡Caramba! yo que pensé que se moría! se dijo á si propio Mateo: esto vá muy despacio segun parece!

Luego dió media vuelta y tomó el camino de su cuarto, sin volverse á mirar al duque, y sin despedirse de los médicos.

—¿Dónde irá? dijo uno de ellos á Silvestre.

—¿Dónde vá, señor doctor? respondió el viejo ayuda de cámara, vá á buscar su cama para dormir á pierna suelta; si ese hombre es una fiera! y que el señor duque no quiera plantarle en la calle!

El duque lanzó un suspiro profundo y doloroso, y nada contestó.

—¡Ah, pensó para sí, porque además de la voz material, habla dentro de nosotros otra voz que es la de la conciencia. ¡Ah! ¡yo le saqué de su oscuridad! ¡yo le arrabaté á sus padres! yo le he enseñado esta existencia de lujo y de molicie! ¡debo sufrir su ingratitud, que es mi castigo!

XI.

Como un mes y medio despues de la noche en que acabamos de dejar al anciano duque de Marennes atacado de perlesía, y á eso de las siete de la tarde, una escojida y brillante concurrencia poblaba el hermoso paseo, llamado en París *Bosque de Bolonia*, y que equivale, mis amados lectores, á la fuente castellana de Madrid, si bien con bastantes ventajas.

Los carruajes daban vueltas, conduciendo al trote de los briosos caballos, elegantes damas vestidas de encajes de seda.

Numerosos ginetes lucian sus briosos alazanes en derredor de los carruajes: otros acompañaban á alguna linda amazona que dejaba flotar su velo verde en alas de la brisa de la tarde.

No era menor la concurrencia de á pié; pues el día caluroso habia tenido recluso á cada uno en su casa, y todos buscaban el aromado ambiente de los jardines, á la hora en que el sol, hunde su frente en el mar, para bus-

car reposo.

Entre los carruajes que mas llamaban la atencion, un elegante tílbury azul, tirado por un precioso caballo torado, fijaba las miradas de los transeuntes, no solo por la elegancia del carruaje, si no por la destreza bastante fatua con que le guiaba la persona que le ocupaba.

Era nuestro conocido Mateo, que se paseaba en el bosque muy á despecho suyo, pues estaba acostumbrado, como todas las personas de buen tono, á pasar en el campo aquella estacion.

La enfermedad de su padrino le habia impedido aquel año cumplir con esta ley de la moda, y el buen dandy se desesperaba, consolándose á duras penas con hacer ostentacion de su tílbury, comprado desde hacia muy pocos dias espresamente para lucirle en los Campos Eliseos y en el Bosque de Bolonia.

Razon tenia Mateo para echar de menos la estancia en el campo; el duque poseia un soberbio castillo á cuatro leguas de París, situado de la manera mas pintoresca y al cual iban á visitarle sus numerosos amigos.

Algunos de ellos llevaban á sus esposas é hijas, y se pasaban los dias paseando á caballo ó en carruaje, conversando y comiendo, las noches en conciertos y bailes, á los cuales nada tenian que envidiar los de la capital.

Pero no creais, lectores mios, que la vista del campo tenia ningun atractivo para el prosaico Mateo: lo mismo eran para él esas hermosas noches de luna, en que el

ruiseñor canta y las estrellas reflejan en el arroyo, que las lluviosas que pasaba en el invierno envuelto en su bata junto á la chimenea; ni una sola vez la vista de la campiña le trajo el recuerdo de su aldea, de sus padres, de su hermana; en aquella alma prosaica y helada no podía albergarse la poesía de los recuerdos, ni el santo amor de la pátria y de la familia.

Iba contento al campo, porque salía de París, y todos los grandes señores le dejaban en el estío; la moda era su religion, su amor, y todas sus afecciones estaban resumidas en el culto de la voluble Diosa.

Aquella hermosa tarde de Julio en que empieza este nuevo período de mi historia, se consolaba haciendo cacarear al alazan que guiaba su bonito carruaje, y flechando su lente á todas las damas, á cuyo lado pasaba; era el mismo Mateo, ó mas bien el mismo Arturo de siempre, fátuo, presumido, pintado como una actriz de segundo orden; llevaba en su mano izquierda cubierta de un fino guante gris las riendas del caballo, y el lacayo sentado junto á él tenia orden de guardar la mas absoluta inmovilidad.

Así es que el doméstico se habia cruzado filosóficamente de brazos, segun hacen todos los que se hallan en su caso; y miraba con una vanidad de conquistador á los míseros cocheros que tenian que tomarse el trabajo de guiar los carruajes de sus amos.

La luz de la tarde iba declinando, y se hallaba en el

primer período de ese largo y dulce crepúsculo que precede á las noches de estío.

A la entrada del bosque y en pié, junto á un enorme castaño de Indias, se hallaba un grupo que no llamaba la atención de nadie, pero que sin embargo, merece muy bien ocupar la nuestra.

Componíanle un hombre y una mujer, ya ancianos al parecer, y cuyos pobres vestidos estaban del todo hechos pedazos.

El aspecto de la mujer, sobre todo, era deplorable: flaca ó mas bien demacrada, lívida y cubierta de andrajos, parecía espirante; sin embargo, sus ojos brillaban con un fuego sombrío al recorrer una por una todas las fisonomías de los concurrentes al paseo.

Apoyábase con mano trémula y febril en el árbol, pero sus miradas devoraban á gran distancia, á todos los caballeros que pasaban ya á caballo, en carruaje ó á pié.

En cuanto á su compañero, parecía sumergido en una profunda inercia; su flacura era espantosa; de vez en cuando cerraba los ojos como si la luz le deslumbrase, y cuando los abría, doblaba la frente sobre el pecho.

—¡Mira..... mira tú tambien! dijo la anciana con desesperacion. Mariano, tú no me ayudas... y es preciso que le veamos aquí... el corazon me dice que aquí debe estar.....! y si no le vemos aquí, ¿dónde le buscaremos?

—¡Ay, Bárbara! murmuró con voz débil el pobre hombre; es que no puedo.....! el hambre..... el cansancio.....!

me muero!

—¡Cobardel gritó con voz ronca la desgraciada mujer: ¿no sabes que yo he estado enferma? que casi me muero en el camino....? y á pesar de todo, no me ves aquí, con mas valor que tú, buscando á mi hijo.....!

—Tú lo has dicho, Bárbara! gimió el desdichado; tienes mas valor que yo...!

—No, no.....! es que yo amo mas á mi hijo.....! es que yo quiero ver á mi hijo antes de morir..... mi hijo! ah! allí..... allí está.....! él es.....!

Y la mendiga, ciega de alegría, desolada, y hallando en su afan mas fuerzas que nadie hubiera podido concederle al ver su aspecto, se precipitó hácia el tílbury de Mateo, que pasaba á la sazón para dar la vuelta al paseo.

El exánime Calabaza, al oír aquel grito, sintió que toda la sangre le afluía al corazón, y siguió á su mujer, hallándose bien pronto al lado del carruaje.

—¡Hijo..... hijo de mi alma.....! gritó Bárbara abalanzándose á sugetar con mano fuerte el caballo del carruaje.

Al oír aquellos gritos, dados por una mendiga, algunos paseantes se detuvieron junto al carruaje, mirando al que le ocupaba y á los dos desdichados que se abalanzaban á él.

¿Qué pasó entonces en el corazón de Mateo?

Debemos decir en honor de la verdad, que durante algunos instantes, una lucha horrible se apoderó de él.

No podia dudar de que aquellos dos pobres séres eran sus padres; la voz de la naturaleza, esa voz vibrante que domina toda otra consideracion, se lo decia; por espacio de dos segundos miró palpitante á aquella anciana que daba rugidos de alegría, semejantes á los de la loba que halla á su hijuelo perdido en la espesura de una selva; miró á aquel viejo, mas encanecido por el hambre y por las pesadumbres que por la edad, y sus entrañas se conmovieron, y todo su ser se estremeció con una sensacion inmensa, indefinible.

Pero el demonio de la vanidad extendió de nuevo sus negras alas sobre el alma de Mateo; la luz de la virtud se eclipsó bajo su denso velo, y cerró su corazon á las dulces expansiones del amor filial.

Los curiosos se arremolinaban en derredor del carruaje, cada vez en mayor número: la anciana no cesaba de darle el nombre de hijo, y de llamarle su Mateo, su querido Mateo.

¡Oh, mis queridos lectores: mi pluma tiembla y se estremece y vacila antes de describiros la funesta aberracion á que condujo su vanidad al desgraciado jóven! ¡dichosos vosotros, si amais á vuestros padres, y si jamás os habeis separado del techo en que habeis nacido! no hay nada mas heróico, mas sublime, mas tierno y generoso que el amor paterno y maternal! no hay felicidad mas positiva, que la que nos proporciona el amor de nuestros padres, en esta tierra de dolores!

Mateo al verse en la alternativa de reconocer y abrazar á sus padres ó huir del bochorno que le ocasionaba el que la multitud que rodeaba su coche, le reconociese por un infeliz de baja esfera, optó por esto último; pensó con terror que entre aquel gentío que se agolpaba en derredor suyo, habia muchos de los amigos que veia en todas partes; habia visto además á la embajadora de Inglaterra y á su hija en una carretela descubierta, y temblaba de que se enterasen de lo que pasaba.

El pensamiento de que iba á perder un casamiento opulento, de que iba á quedar por embustero ante todos aquellos á quienes habia dicho que era hijo de un general-conde y de una princesa rusa, todas estas ideas atravesaron su cabeza como dardos y ahogaron en su corazon los gritos de la naturaleza.

—¡Hola! gritó levantándose con aire enojado y altanero: ¿qué es esto? suelte usted, buena mujer, las riendas del caballo!

—¡Hijo mio! ¡Mateo! ¿no nos conoces? gritó Bárbara á quien la alegría hacia temblar convulsivamente: somos tus padres...! tus padres Calabaza y Bárbara que venimos de la aldea... mira, he andado un mes, con tu padre por verte... y casi he muerto de cansancio y de hambrel

—¡Esta mujer, es una loca! dijo Mateo, que en vano procuraba dar firmeza á su voz; yo no la conozco! no la he visto jamás!... apartadla!...

—Mateo, ¿y á mí? preguntó Calabaza adelantándose y

poniéndose delante de su hijo: ¿no me conoces á mí tampoco?

—Tampoco, buen hombre, contestó el culpable con una asombrosa serenidad.

La multitud, con ese instinto exacto y poderoso de las masas que casi siempre adivinan la verdad, como si la verdad fuese una corriente eléctrica, se agitó como horrorizada; pero de súbito se oyó un grito ronco que parecía un gemido, y todos los ojos se volvieron al sitio de donde había salido.

Bárbara, la desdichada madre, ultrajada, desconocida, acusada de loca por su ingrato hijo, habíase desplomado en el suelo, casi á los piés del brioso alazán, que piafaba, deseoso de partir á la carrera.

—¡Ah! ¡pobre mujer! exclamaron algunos, en tanto que Calabaza se precipitaba llorando á lágrima viva sobre el inanimado cuerpo de su esposa.

Mateo, lívido, temblando como un calenturiento, quiso apartar el carruaje de aquel espectáculo que le volvía loco, y tiró de las riendas del caballo que su madre había soltado al caer desmayada.

El soberbio animal, relinchando de coraje, al sentir la presión furiosa del bocado, se encabritó dando dos pasos atrás, y dejando caer sus herradas manos, sobre la infeliz Bárbara.

Un débil ¡ay! de Mariano, al ver magullar de un modo tan horrible el cuerpo de su amada esposa, se mezcló con

un grito de indignacion de los espectadores.

—¡Bárbaro! ¡mal hijo! ¡Pícaro! exclamaron algunos obreros que al volver de su trabajo, se habian acercado á ver lo que sucedia.

Y el coche de Mateo fué rodeado, y detenido de nuevo el caballo.

—¡Qué es esto! ¡dejadme pasar! exclamó el jóven cuya voz temblaba de miedo.

No puede calcularse cual hubiera sido el final de aquella escena, á no haberse detenido junto al grupo un carruaje de alquiler del que bajó un hombre de edad, vestido con extrema sencillez.

Las sombras de la noche empezaban ya á estenderse por el bosque, dejando inciertas todas las fisonomías; no obstante, á pesar de esta circunstancia, y de la angustia en que se hallaba, Mateo reconoció en el recién llegado mas anciano de los dos médicos que asistian á su padrino.

—¿Qué sucede aquí? preguntó el facultativo: ¿hay algun enfermo? dejadme pasar: soy médico, y quizá podré aliviarle.

Todos abrieron paso al doctor; los mas encarnizados contra Mateo se apartaron del coche y se acercaron para oír el fallo del facultativo, acerca de la pobre mujer que yacia tendida sobre la arena del paseo.

Mateo, al verse libre, no pensó en saber el estado de su madre; atento solo á escapar de la desesperada situacion

en que estaba, volvió á tomar las riendas del caballo y le sacó al escape de entre la multitud.

Pero bien pronto cien voces burlonas resonaron en sus oídos.

—¡Ahí vá el hijo de la princesa rusa! dijo burlonamente un jóven que habia sido amigo suyo.

—¡El hijo del generall

—¡El sobrino del duque!

—¡El caballero Arturo!

Algunas carcajadas fueron á traspasar los oídos y el corazon del réprobo que huía de la execracion general.

—¡Adios, señor Mateo! dijo un jóven calavera, que detestaba al ahijado del duque porque le habia ganado grandes sumas al juego.

—¡Adios, jóven Calabaza! añadió otro: ya no nos hará reir en los salones con su insoportable fatuidad.

Mateo puso su caballo al galope y tomó casi loco el camino de la casa del duque.

Mientras tanto el médico se habia acercado á Bárbara; puso una rodilla en tierra, y levantó su cabeza; estaba inanimada, y volvió á caer pesadamente: levantó luego los párpados, y puso la mano sobre el corazon; pero al cabo de dos minutos se levantó meciendo la cabeza con aire triste.

—¿Qué hay, señor doctor? preguntó un caballero cuyo carruaje blasonado le esperaba á pocos pasos.

—¡Está muerta!

—¡Muerta! repitió la multitud.

—¡Muerta! gimió Calabaza llorando con desconsuelo.

—Sí: un dolor agudo en el corazón le ha causado la muerte; no hay que achacarla á las pisadas del caballo; cuando el animal pasó sobre ella, ya había espirado.

Luego, separando á los curiosos, el médico irguió su alta estatura, tomó por un brazo á Calabaza y le dijo.

—Venga usted conmigo, buen hombre; sé donde vive ese mónstruo á quien llama su hijo: el duque le recibirá bajo su techo, y veremos si delante de él y de mí se atreve á negar como aquí que es usted su padre: por fortuna le ví antes de que se marchase, y sé su historia tambien como usted mismo!

El doctor hizo entrar en su coche á Calabaza á quien el dolor había convertido en un autómeta, y dió al cochero las señas del palacio de Varennes.

Casi en el mismo instante recogia la justicia el cadáver de Bárbara y le depositaba en la Morgue (1).

XII.

Calabaza fué acometido en el carruaje del médico de un desmayo mortal.

El hambre, la fatiga, la afliccion, habían abatido aquella débil y quebrantada naturaleza.

(1) Sitio donde se exponen en París los cadáveres que se hallan en las calles, y cuya procedencia se ignora.

En vano el doctor hizo cuanto pudo en aquel reducido espacio para volverle á la vida.

Cuando llegaron al palacio aun continuaba sumergido en su letargo.

Dos criados sacaron al desgraciado del coche por órden del médico.

—Ponedle en una cama, y encended en la chimenea de la habitacion donde le coloqueis, un fuego moderado.

Los criados se miraron atónitos; era Julio, y no podian comprender la necesidad de encender lumbre.

—Os digo, repitió el médico, que encendais una lumbre moderada, y que abrais las ventanas de la habitacion; mientras tanto le prepararé yo un cordial.

Los criados obedecieron al médico aunque de malísima gana; aquel mendigo haraposo les repugnaba de una manera invencible, y se preguntaban por que motivo le traian á casa de su amo.

El doctor siguió andando hácia el interior de la casa, en la cual reinaba la mayor confusion; al entrar en un pequeño aposento donde se guardaban las medicinas, y que servia á los dos médicos de laboratorio, se halló á Silvestre que muy asustado pasaba por el corredor.

—¿Qué ocurre? preguntó el médico.

—¡Ay, señor! exclamó gimiendo el anciano.

—¿Vamos, que sucede? insistió el doctor.

—¡Que al señor duque le ha dado otro ataque terrible!

—¿Otro ataque? preguntó espantado el médico.

—¡Sí, señor! ¡ahora iba á buscar á usted! el póbrecito señor se ha quedado mudo y sordo desde hace dos horas!

—¡Oh! ¡lo que yo temia! murmuró el doctor: ¡un ataque á la cabeza!

—Viene usted al instante ¿no es verdad? preguntó Silvestre con angustia, aun puede ser que haya remedio!

—¡No le hay, mi pobre Silvestre! contestó el doctor.

—¡Dios mio!

—Pero vamos á verle, sin embargo: ¿ha venido Arturo?

—Hace poco rato; entró en su cuarto y ha encargado que no se le llame; y lo estraño es que ha mandado á su ayuda de cámara que salga á comprarle una silla de posta, que al amanecer debe estar á la puerta.

—¡Es estraño, en efecto, murmuró el doctor, al mismo tiempo que entraba en la habitacion del duque.

Este se hallaba desde hacia mas de un mes sin levantarse de su lecho; su cuerpo era una masa inerte, y el nuevo ataque que habia padecido, y que le habia dado á la cabeza, le dejaba ya tan poca vida, que el médico retrocedió dos pasos al verle.

—¿Está muy malo, señor doctor? preguntó Silvestre con voz llorosa.

—¡Está muriendol! repuso el médico.

—¡Ah, santo Dios!

—La muerte viene á paso acelerado, prosiguió el doctor; pero nada puede detenerla; volveré dentro de un instante, Silvestre; ¿ha cumplido ya el señor duque sus de-

beres de cristiano?

—¡Sí, señor! respondió sollozando el anciano; hace dos días confesó y comulgó!

—Hasta luego, Silvestre, añadió el doctor; otra persona reclama aquí mis cuidados; para el señor duque son inútiles.

Silvestre embargado por la pena, no entendió las palabras del médico ni se detuvo á pensar quien seria aquella otra persona que necesitaba de los cuidados de aquel; sentóse á la cabecera del lecho de su amo, y se puso á mirarle con tristeza.

Cuando el médico entró en el cuarto donde habian dejado al pobre Calabaza, empezaba éste á volver en sí; era una habitacion bonita y de pequeñas dimensiones, que comunicaba por un lado con el tocador de Mateo, y por otro con el comedor del palacio.

Mariano al recobrar el conocimiento se habia incorporado trabajosamente en el lecho donde le habian tendido y se hallaba solo, porque los criados valiéndose del desorden que reinaba en la casa, cada uno atendia á su negocio particular.

Además del de cada uno, se agitaba en la casa otro negocio general; era el de la próxima muerte del duque, que como habia dicho Silvestre en medio de su afliccion, debia tener lugar muy en breve, segun la rápida alteracion de su semblante.

—Vamos, pobre Mariano, ¿cómo estamos? dijo el doc-

tor que por la relacion del duque, conocia la familia de Mateo.

El buen Calabaza contestó solo con llanto, su memoria que se habia aclarado de repente, le presentó á su mujer muerta sin socorro y en medio de la calle, á su hijo paseándose en coche, y sin querer reconocerles.

—No hay que llorar, dijo el doctor; todo se arreglará, Mateo será rico y atenderá á su padre como debe.

—¡Ah, señor! yo no quiero nada de mi hijo! murmuró el anciano con voz doliente; solo quiero morir, para volver á reunirme con mi Bárbara!

—Ese deseo no es justo, repuso el doctor, sacando un frasquito que habia tomado del laboratorio y que contenia un cordial, y llamando á un criado le mandó traer una cuchara.

—Pronto estará usted bueno, amigo mio, añadió dirigiéndose á Calabaza, y dándole una cucharada llena de cordial; tome usted esto, y duerma si puede; dentro de dos horas sentirá gran sed; entonces llame usted y beberá un poco de vino generoso que reparará sus fuerzas.

El médico dichas estas palabras volvió á colocar sobre los almohadones del lecho la cabeza de Mariano, que en efecto se acomodó para descansar porque estaba exánime de fatiga, y se quedó solo, volviendo el doctor al lado del moribundo duque.

Dos horas despues despertó en efecto Calabaza con una sed devoradora; volvió á incorporarse en el lecho y miró

á todas partes; pero ni vió á nadie, ni halló vaso alguno que contuviera el vino generoso de que le habia hablado el doctor.

Quiso levantarse y no pudo; la sed era cada vez mas voráz; su garganta estaba abrasada; la lengua se le pegaba al paladar... se ahogaba! de pronto oyó un murmullo como de dos personas que hablasen en la habitacion inmediata y gritó con angustia.

—¡Agua! agua! me muero de sed!

Nadie respondió; sin embargo, su hijo habia oido aquella voz lastimera; pero ocupado con sus proyectos de fuga de aquel Paris aborrecido, que ya sabia tenia por padres dos míseros aldeanos, no se movió, y prosiguió encerrando en su cartera muchos billetes de banco diseminados sobre su mesa de tocador.

—¡Agua! repitió Calabaza, devorado por la fiebre que habia encendido en sus venas el hambre y la fatiga; ¡Agua, que me ahogol

Aquel acento heló la sangre en las arterias de Mateo; ignoraba que su padre se hallase en la casa del duque y sin embargo reconoció su voz.

Dominado por un vértigo se lanzó á la puerta; pero en aquel momento pasaron dos criados gritando.

—¡Ha muerto el señor duque! ha muerto.

—¡No hay tiempo que perder, murmuró Mateo; acabemos y huyamos!

Volvió al tocador, y cerró por dentro, sin pensar mas

en el lastimero acento que habia oido.

Ya no se escuchaba sin embargo; el oido de Calabaza habia sido sorprendido por una voz que articuló algunas palabras tan horribles que le hicieron olvidar hasta el martirio que sentia.

Era una voz de mujer, y de mujer anciana, que se oyó en el comedor y que dijo pocas palabras á otra persona, si bien en medio del mayor misterio.

—El arsénico está en esta copa de agua azucarada que bebe todas las noches; voy á ponerla en el tocador, pues van á dar las doce, y la bebe á la una.

—Y... ¿y será cosa breve? preguntó otra voz varonil.

—Negocio de diez minutos. Muerto el señor, nos conviene desembarazarnos del tal Mateo, para hacer nuestro avío; luego cogemos mi hato, y huimos; con que voy á llevar el agua, y todo estará concluido antes que los médicos que se acaban de acostar á reposar un poco vuelvan á levantarse.

Oyéronse unos pasos que se alejaban, y Mariano saltó de la cama al suelo.

—¡Van á matar á mi hijo!

Esta idea brotó escrita con caracteres de fuego en la mente de Calabaza, estraviada ya por una fiebre creciente.

De repente oyó el choque de un vaso contra otro: era indudable que en el aposento inmediato era donde depositaban el veneno.

—¡No, no le matarán, Bárbara! murmuró Calabaza mirando al vacío como si hubiera delante de sus ojos una aparición; ¡no me mires así... está bien! moriré por Mateo como tú! ese es también mi deber!

Y el desgraciado, víctima de su generosa alucinación, se lanzó á donde había oído el choque del cristal, y empujó una puerta, que cedió al instante á su presión.

Calabaza se halló en un lindo aposento, dividido por una cortina de brocado de seda, y que servía mitad de alcoba mitad de tocador.

Junto á la puerta escusada que había abierta, se hallaba un pequeño lecho dorado con colgaduras de seda verde, y al lado de aquel una mesa de noche de caoba con tablero de piedra mármol.

Sobre aquella mesa estaba la copa fatal.

Calabaza la tomó con mano trémula, y apuró su contenido.

Luego miró en derredor suyo, y descubrió á Mateo, que sacaba de una cómoda diversas prendas de vestir, y las metía apresuradamente en una maleta de viaje.

—¡Hijo mío! exclamó débilmente, pues su cabeza se desvanecía!

Estremeciéndose el joven y volvió vivamente la cabeza; entonces vió á su padre que se apoyaba con mano trémula en su lecho para no caer.

—¡Cielos! exclamó aproximándose á él y aterrado por el aspecto de aquella fantasma lívida.

—¡Hijo mio, querian matarte!... murmuró Calabaza; ahí... en esa copa, había un veneno... yo lo he bebido para que vivas... y ahora adios, que me espera tu madre...

—¡Padre... padre mio! exclamó Mateo, cuyo corazon por mas duro que fuese, se rompió en mil pedazos ante aquella heróica abnegacion.

Y arrojándose al cuello de Calabaza le sostuvo en sus brazos, mirándole con ansioso cuidado.

—¡Socorrol... gritó despues: ¡socorrol socorrol

Nadie respondió; los criados habían fracturado los cajones y roto el escritorio particular del duque, huyendo con todo el dinero, alhajas y plata que había en la casa.

La enfermedad del duque, y el culpable abandono de Mateo, habían favorecido sus designios.

—Ya no te matarán, repitió el moribundo, cuya idea fija era la salvacion de su hijo.

—Padre mio, no me hubieran muerto, no! exclamó Mateo con desesperacion, al oír pararse una silla de posta á la puerta; marchaba al Havre y no pensaba en beber! ¡oh, que mal ha empleado usted su honrada vida, en defensa de mi culpable existencia!

—Para mi ha sido un bien, Mateo! la sed me ahogaba, y había quedado solo: ¡oh que horrible es morir de sed, hijo mio... mas dulce es morir envenenado!

—¿Sería usted el que pedia agua? exclamó Mateo aterrado: ¿serian de usted, padre mio, aquellos clamores que oí?

Pero el moribundo ya no pudo responder.

—¡Oh, maldito orgullo el mio, que cerró mi corazon y hasta mis oidos á la voz de mi padre!

Luego acercándose de nuevo á la puerta y sosteniendo siempre el cuerpo de su padre, volvió á gritar con todas las fuerzas de su voz.

—¡Socorro! ¡socorro!

Aquel acento angustioso, llegó hasta el dormitorio del duque, en el cual velaba y rezaba junto al cadáver el anciano Silvestre.

Estremecióse el fiel servidor al oír aquel acento de suprema angustia, y se dirigió al sitio de donde salía.

—¡Silvestre, mi padre se muere! exclamó sollozando el jóven.

El anciano miró asombrado al que agonizaba, y á su hijo que tan pálido como él, apenas podia sostenerse.

—Coloquémosle en la cama de usted, señorito, dijo: y luego iré á buscar á uno de los médicos, que se han retirado á descansar al otro lado de la casa.

Calabaza fué colocado en la cama de su hijo, y casi en el mismo instante empezó á levantar su pecho el estertor de la agonía.

—¿Quién ha preparado esta noche la copa de agua que yo acostumbro á beber? preguntó de repente Mateo con ojos que echaban fuego.

—Desideria, respondió Silvestre; yo se la ví preparar y traerla aquí.

—¡Ah! furia del infernal gritó Mateo; y ha escapado á mi venganza!

—Yo la he visto pasar ahora mismo por el corredor, dijo el anciano.

Mateo quiso correr á la puerta; pero un gemido de su padre le detuvo.

El anciano se incorporó en el lecho, miró á su hijo, volvió despues los ojos hácia el cielo como si buscase en él la sombra de Dios, y luego volvió á desplomarse lanzando un débil suspiro.

Era el último; Silvestre lo conoció así, y se arrodilló al lado de aquel cadáver, lo mismo que habia hecho al lado de el del duque.

Mateo al ver la accion del anciano, dejó escapar un sollozo; miró á su padre con ojos desencajados, y salió á la calle como un loco y con la cabeza desnuda.

La muerte iguala todas las condiciones.

A la puerta estaba parada la silla de posta, en la cual habia querido huir del ridículo que habia echado sobre su vanidad la aparicion de sus desdichados padres en el bosque de Bolonia: pero Mateo no la vió siquiera, y continuó corriendo hácia las barreras por donde desapareció.

.

Silvestre, asustado de lo que pasaba allí, avisó á los dos médicos, y uno de ellos fué á buscar un comisario de policfa.

Desideria fué encontrada escondida en la cueva que servia para guardar los vinos.

A sus piés y hecho menudos pedazos, estaba el testamento del duque; aquella infernal mujer habia dejado cebarse á los demás criados en las alhajas y el dinero que habia en la casa, y habia convenido con el mayordomo, en que despues de quitar de en medio á Mateo, que era un estorbo para sus planes, se apoderarian de una enorme suma guardada en una caja de hierro, y además podrian ser los herederos forzosos del anciano duque por sus largos servicios, por un testamento que aquel hizo en su favor antes de encontrar á Mateo, y que luego destruyó por otro hecho á favor del jóven.

Ya en poder de la justicia, no supo negar nada: descubrió el paradero de su cómplice, y la ley les dió el castigo á que tan acreedores se habian hecho.

XIII.

Un año despues, habia grande animacion en casa del señor cura.

Su sobrino Antonio se casaba con Plácida la pobre huerfanita, pues la señora Pepa, al ver el desamparo de aquella criatura angelical, habia dejado sus proyectos ambiciosos, respecto al enlace de su hijo con la opulenta Petra.

Jamás se habia visto una desposada de quince años

mas graciosa que Plácida.

Delgada como un junco, su estatura no pasaba de mediana; rubia, sonrosada, dulce como una malva, suave como un lirio, ligera como una hada, parecia del todo imposible que su cuello blanco y frágil sostuviese el peso de las soberbias trenzas de sus cabellos.

Antonio no era ménos hermoso; tenia veinte y un años; su cara morena estaba como iluminada por dos ojos negros y rasgados; su cabello negro y lustroso hacia resaltar su boca encarnada con dientecitos muy pequeños.

Antonio llevaba á su mujer toda la cabeza, y sin embargo, aquella niña, que aun parecia dormir con los sueños de la infancia, le hacia temblar con una mirada, y volverse loco de alegría con una sonrisa.

Acababan de volver de la iglesia, y era cerca de la hora del almuerzo, al cual estaban convidadas muy pocas personas; á la sazón se hallaban en la salita del señor cura, éste, los novios y la sacristana, en tanto que la señora Pepa secundada por la tia Minuta, preparaba unos pastelillos para postres.

—Pero niña, ¿no te veré yo alegre hoy? preguntó el señor cura á la novia, entre enojado y cariñoso.

—¡Ay tío, si no puedo! respondió Plácida enjugando una lágrima: ¡ustedes me han hecho hoy quitarme el luto, pero le llevo en mi corazon!

—Vaya, hija mia, basta de llorar; eran unos santos, y

están ya con el Señor; ¿no están mejor que aquí? ya sabes lo que nos ha escrito ese buen anciano que era ayuda de cámara del duque; tus padres han muerto mártires; ¡ah! continuó el vicario, aunque esperaba que sufriesen mucho, cuando tu madre se empeñó en hacer ese viaje, jamás pensé que les costara la vida!

—Usted lo hizo con buena intencion tío, dijo Antonio: pero, vamos, Plácida, el tío tiene razon; á ver si te alegras un poco.

—¡Qué quieres, Antonio! dijo la jóven: ¡en un día como hoy verme tan sola! además de mis padres muertos, pienso en mi infeliz hermano, que Dios sabe donde estará..... luego ese loco que hace dos dias ha aparecido en el lugar!

—Dicen, añadió la sacristana, que la noche pasada, estuvo toda la noche en el olivar gritando:—¡Agua, agua!

—¿Por qué no le daban de beber? dijo el cura: el calor es estremado y quizá tendria sed!

—¡Cá, señor! si le fué á dar agua la Minuta que salió de su casa y echó á correr, diciendo: que Dios le ha condenado á morir de sed, porque de sed dejó morir á su padre y á su madre!

—¡Desgraciado! murmuró el cura.

—¡Uf! y dá miedo! prosiguió la buena mujer: ¡tiene una barba, y unos ojos que echan llamas!

En aquel momento se oyó debajo de las ventanas del

señor cura, una voz ronca y lastimera que gritaba:

—¡Agual agual!

—Ahí está ese infeliz, dijo Plácida acercándose á la ventana.

Pero casi al instante retrocedió asustada.

—¡Dios mío! exclamó; está ahí, tendido al sol con este calor que hace! bajemos, Antonio.

Los dos jóvenes bajaron, y los siguieron todos los presentes.

Junto á la puerta y en medio de un gran espacio bañado de sol, yacia el loco, como le llamaba Plácida.

El día antes habia entrado corriendo en la aldea, y habia pasado la noche gimiendo en los campos.

Parecia casi exánime; su faz lívida, su larga barba negra, su espantosa demacracion, le daban un aspecto lastimoso.

No tenia mas vestido que un pantalon hecho pedazos y una camisa aun en peor estado.

Cuando el cura y las personas que le acompañaban le rodearon, abrió los ojos en que brillaban unidas la fiebre y la estupidez.

—¡Agual! ¡agual! murmuró.

Plácida fué á buscar agua, pero en el mismo instante se incorporó el loco, gritando:

—Yo soy el hijo de Calabaza.....! soy Mateo.....! he muerto á mi padre, que bebió un veneno, por no quererle yo dar agua..... y debo morir de sed.....!

Luego se agitó en una espantosa convulsion, y gritó de nuevo, como si viese alguna aparicion espantosa:

—Mi madre..... la pisa un caballo! el de mi coche! mi padre..... muerto! y yo vivo..... ah!

Y el loco dejó caer su cabeza, que chocó con violencia en una piedra, quedando al instante sin movimiento.

—El golpe ha sido en la sien, dijo el vicario: ¡ha muerto! justos juicios de Dios!

—¡Oh tío! será..... balbuceó Antonio.

—Es Mateo..... el hijo sin corazón! dijo el anciano; sí, hijo mío! es él, que ha venido á morir al sitio donde nació!

Al acabar de pronunciar el vicario estas palabras, bajaba Plácida con un vaso de agua.

—Ya no es necesario, hija mia, dijo la sacristana cerrándole el paso: ha muerto.

—¿Ha muerto? repitió la jóven con tristeza.

—¡Sí! ven acá; no es necesario que veas ese triste espectáculo.

Al dia siguiente, Plácida se levantó temprano, segun costumbre, y fué al cementerio á rogar por las almas de sus padres.

Aun duraba su oracion, cuando vió á dos hombres que traian un cadáver á enterrar; el señor cura les seguia revestido, y alumbraban todos los ancianos de la aldea.

Plácida se apartó para dejar pasar el fúnebre convoy;

acompañó con sus rezos las preces de la iglesia, y luego arrodillándose sobre la sepultura recién cerrada, rezó de nuevo.

Cuando se volvió vió á su tío que oraba á su lado.

—Reza, hija mia, dijo el anciano: el que yace ahí, es tú hermano.

Plácida dió un grito.

Inclinó la cabeza, y continuó orando entre sollozos, hasta que su tío y su esposo, la arrancaron de aquel fúnebre lugar.

Luego fueron todos á la casita que habian habitado Bárbara y Calabaza con sus hijos y penetraron en el jardín.

El alhelí de la tapia habia sido arrancado por el viento; habia caído en el seno del otro que crecía en el suelo y le habia robado la savia y la vida.

—¡Razon tenia tu madre! murmuró el cura, señalando á Plácida la pobre planta marchita: ¡hé ahí la imagen de tu padre y de tu hermano!

ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
CAPÍTULO I.	5
II.	11
III.	17
IV.	28
V.	36
VI.	40
VII.	48
VIII.	60
IX.	70
X.	81
XI.	93
XII.	103
XIII.	114

UN
DRAMA DE FAMILIA

NOVELA ORIGINAL

ESCRITA POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.



INDICE

UN

DRAMA DE FAMILIA

TRADUCCION ORIGINAL

TRADUCCION

MARIA DEL PILAR BINGOS

PARTE PRIMERA.

La Casa blanca y la Casa verde.

La gratitud es necesaria para
adornar las virtudes, como el rocío
para embellecer las flores.

(*La Ilustracion*; año 1849).

I.

En lo mas escondido de nuestra hermosa Navarra, se ve una risueña aldea, cuyo nombre es Aybar; rodeada de bosques frondosos y casi siempre verdes, de praderas bordadas de flores, por las cuales cruzan muchos arroyuelos, se levanta blanca y graciosa, coronada por el elevado campanario de su iglesia.

Nada mas bello, mas encantador, que el paisaje que ofrece contemplando al finar un dia de estío, ó á la mitad de una mañana de invierno: por un lado, se encuentra un rebaño esparcido, que busca su alimento en la yerba del prado; mas léjos, el labrador que acelera todo lo posible el paso de sus perezosos bueyes, entonando una de esas canciones tan melodiosas de la antigua Navarra;

de cada una de las blancas chimeneas del pueblo se ve salir una columna de azulado humo que se va á perder en el horizonte.

Este aspecto presentaba la aldea un dia del mes de febrero de 1838. Eran las once de la mañana, y el sol lanzaba sus ardorosos rayos: ni la mas pequeña nube empañaba el purísimo azul del cielo, y un vientecillo ya templado agitaba los tallos de las flores.

—Buen dia tenemos, tio Agustin, dijo un jóven que venia de la aldea, á un anciano que miraba pacer una docena de corderos, sentado en la húmeda yerba.

—Escelente para que la helada de la noche nos socarre del todo las plantas, contestó el interpelado con áspero tono.

—¿Tambien hoy tiene usted mal humor, tio Agustin? repuso el jóven: pues bien podia estar contento en gracia del acontecimiento que se prepara; ¿no se casa esta noche la linda María, su hija?

—¡Vaya una pregunta! murmuró el viejo: si ignorás tú lo que todo el lugar sabel vaya, vaya, Pedro, sigue tu camino, que el molino está léjos.

—Es verdad, dijo Pedro: me he entretenido mas de lo que pensaba en la quinta, y se ha hecho tarde. Ya se ve, ¡son tan buenos los amos! sobre todo la señora, prosiguió Pedro, en cuya franca y cándida fisonomía se pintó un sentimiento de profundo cariño: todos los dias va á misa, y es tan cristiana!

—¡Necesades! murmuró el tío Agustín encogiéndose de hombros: ¿acaso puede ser nadie bueno con esa soberbia y arrogancia? ¿es ya perfecta una persona porque va á la Iglesia, á darse golpes de pecho? ¡buenal ¡me río yo de esas bondades! pregunta á la señorita Evangelina si es buena su tía: bien que seria inútil: aun cuando la mortificase mas, diria que era una santa, porque su génio es así.

—Y haria bien, dijo Pedro con una gravedad que no se hubiese esperado en él: la señorita se lo debe todo á su tía, y obraria muy mal hablando de otro modo: ella tambien le da sus motivos de enfado... y, á propósito; ahora mismo acabo de encontrarme á ese señoron de largos bigotes, que vive en la casa verde, y que sigue á todas partes á la señorita... la cual parece que no le mira con malos ojos...

—¿Callarás, lengua de víbora? interrumpió furioso el anciano: vete y déjame en paz; pero ten entendido que no sufriré que ni tu ni nadie tome en boca á la señorita Evangelina.

—Perdone usted, tío Agustín, repuso el jóven con dulce voz: nadie mejor que usted sabe que me dejaré matar por la señorita, ni mas ni menos que por la señora y por su hijo... pero ve uno cosas, que... en fin, quede usted con Dios, y hasta la noche, que iré á bailar un rato en la boda de su hija.

Y esto diciendo, tomó á buen paso la senda que con-

ducia al molino.

—¡Llévete el diablo! murmuró el anciano pastor.

Y recogiendo sus corderos, se encaminó con ellos á la aldea, porque daban las doce en el reloj de la iglesia, y era justamente la hora de comer.

II.

A la entrada de la aldea, y algo separado del camino, se elevaba el edificio que Pedro había señalado con el modesto nombre de *quinta*.

Esta hermosa casa, blanca en su exterior, como las humildes casitas del lugar, estaba cercada por una verja de hierro, parte de la cual formaba la puerta: componíase de dos pisos: en el primero ocupaba todo el frente una extensa galería, en la que se abrían los tres únicos balcones que había; el segundo tenía solamente ventanas.

Vefanse detrás de la casa las tapias de un gran jardín: los antiguos árboles asomaban sus ramas por encima del vallado, y ofrecían al viajero durante el estío sus copas cargadas de dorados frutos.

A pesar de lo templado de aquel hermoso día, y no obstante el suave ambiente que reinaba, todos los balcones y ventanas de la quinta permanecían cerrados con el mayor cuidado; los pacíficos aldeanos, al pasar por delante de aquella mansión, se paraban á mirar y saludaban con respeto: los habitantes de Aybar estaban divi-

didos en dos partidos, simbolizados exactamente por el tío Agustín y Pedro; pero aun cuando las simpatías no fuesen las mismas en unos que en otros, todos respetaban á los moradores de la quinta, y los consideraban como séres de una naturaleza superior á la suya.

Las buenas gentes estaban tambien acordes en otro punto; odiaban todos sin escepcion al habitante de la casa verde, esto es, *al señoron de los largos bigotes*, como Pedro habia dicho.

Este personaje habia caido allí como llovido hacia unos tres meses: le habian precedido dos lacayos y un ayuda de cámara, de un aspecto casi tan soberbio como su señor: la casa verde, cerrada desde la muerte del último poseedor, se habia vuelto á abrir, y se habia amueblado con una suntuosidad no conocida jamás en aquellos contornos; el dia en que estuvo colocado el último sillón, en que el tapicero dió la última mano á aquella encantadora morada, y en que se encendieron las chimeneas, se vió llegar un correo á escape, con altas botas, calzón azul y casaca galoneada: el chasquido del látigo y la vista de aquel hombre dejó atónitas á las buenas gentes del lugar, que acudieron presurosas á la puerta de la casa verde.

—Una hora tan solo he adelantado al coche del señor conde, dijo el correo á los tres hombres que bajaron presurosos á su encuentro. Roberto, prosiguió dirigiéndose al ayuda de cámara, el señor conde me ha encargado di-

ga á usted que se acostará en cuanto llegue.

Y esto diciendo desapareció, siguiéndole sus compañeros.

—¡Un conde! Un señor que envia delante de él cuatro criados! los habitantes de Aybar se preguntaban unos á otros, sin que ninguno de ellos supiera ni una palabra de lo que aquello significaba: esperaron, pues, con ansia la llegada de un personaje con tantas campanillas anunciado, bien seguros de que no seria un hombre como ellos.

Llegó por fin un coche de camino, muy sencillo por cierto, del cual, con no poco asombro, vieron bajar un hombre como de unos treinta años, de encantadora figura en verdad; pero muy parecido á los demás.

—¡Buen chasco, Juana! decia una mujer á otra dándole con el codo: yo que creí que seria tan de ver este señor... y es casi como mi marido!

—¿Sabes lo que digo, Gila? contestó la otra; que me gustan mucho mas sus criados, y que van mucho mejor vestidos... ¡ahí es nada!... mira, mira ese que va todo de negro, y lleva ese casacon, cómo luce las hebillas de oro en los zapatos! ¿pues y los otros? con esos vestidos tan preciosos, azules con galones...! ¿y el que vino poco hace á caballo? todo él iba lleno de oropes...

—Calla, calla, interrumpió Juana: ahora ha abierto el señor conde el balcon de en medio, y se asoma... ¡válgame Dios! ¡si lleva un vestido como de mujer...! ¡con cinturón y todo...!

Gila y Juana se quedaron con la boca abierta mirando hácia el balcon.

En efecto, el viajero se habia despojado de su traje de camino, y se habia puesto una rica bata, que una banda de seda ceñía á su talle de una maravillosa elegancia. Cuando se apoyó en el balcon, acababa de pasar un peine por sus cabellos empolvados del camino y habia dejado descubierta su cabeza: así, pues, sus espesos rizos castaños ondulaban libremente, y ostentaban toda su hermosura.

Magníficos ojos de un negro aterciopelado y de altiva y ardiente mirada; tez pálida y mate, aunque de una pureza sin igual; nariz afilada y perfecta; boca de encantador dibujo adornada de dientes de nácar y de una hechicera sonrisa, cuya gracia no robaba el sedoso bigote castaño, hacian de la fisonomía del conde el tipo mas seductor: no era alta su estatura, pero lo parecia, á causa de la esbeltez de sus formas y de la soltura de sus movimientos, que revelaban al *lion* del gran mundo, al noble de hábitos aristocráticos.

Tal era el hombre que se presentó á los ojos atónitos de los buenos aldeanos; sin darse por entendido de la curiosidad de que era objeto, contempló un momento el risueño paisaje que se estendia ante su vista; despues, como si le hastiase el aspecto de aquella rica naturaleza, se puso á seguir con sus ojos las espirales de humo de su cigarro.

De repente un rumor vino á sacar al viajero de su distraccion: era el paso lejano aun de tres caballos.

Empezaba á anochecer, y hacia un frio intenso: preparábase el conde á dejar el balcon, mas se detuvo como estático, fijando los ojos en un sendero que atravesando la pradera, iba á terminar casi enfrente de él.

Bajaban por la senda tres personas á caballo, que eran las que llamaban la atencion del conde.

Eran dos jóvenes y un caballero.

Los ojos del viajero se habian clavado con atencion suma en la mas alta de las dos mujeres: pero la luz har- to débil ya, no le permitió distinguir mas que un talle esbelto, encerrado en un traje de montar de color oscuro, y unos sedesos y poblados rizos que se escapaban de un sombrero de fieltro, de elegante hechura.

—Buenas tardes, señorita Evangelina, dijo un aldeano.

—Vaya usted con Dios, señorita, repitieron casi á un tiempo todos los demás.

La joven se volvió é hizo con la mano un ademan lleno de gracia y de bondad; despues, puso al trote su caballo para alcanzar á sus compañeros, que ya subian por la senda que conducia á la quinta, y desapareció, no sin repetir antes su saludo á las buenas gentes del lugar.

—¡Evangelina! murmuró el conde: ¡nombre dulce, poético, encantador! en otro tiempo me hubiera parecido un nombre santo! ¡Ah! y por lo que he podido ver, es

linda como ella sola! ¡Bueno! mañana empezaremos la conquista de esa beldad campesina: así como así esto me servirá de distracción.

Y cerrando el balcon con estrépito, llamó á su ayuda de cámara para que le desnudase.

III.

El conde de San Telmo, al dejar á Madrid para ir á sepultarse en el centro de Navarra, creyó que iba á aburrirse de muerte; heredero de un gran nombre y de una inmensa fortuna y huérfano desde su mas tierna edad, habia sido educado por un tutor harto complaciente; nacido caprichoso y altanero, sus caprichos y su altivez, lejos de ser corregidos, habian sido aplaudidos y fomentados; jamás sufrió el menor castigo, y todos sus defectos fueron celebrados con el mas pernicioso servilismo; sus antojos eran leyes para todos los de la casa; no estando sujeto á ninguna autoridad no conocia freno su impetuoso carácter; y aquel niño que habia nacido con nobles instintos, y á quien el cielo habia dotado de un alma generosa y de un corazon sensible, se convirtió poco á poco en un ser inaguantable.

A pesar de la libertad ilimitada que tenia en casa de su tutor, el condesito ansiaba ardientemente llegar á su mayor edad; seis meses antes de realizarse aquel vehementemente deseo, se empezaron á restaurar los muebles y las

pinturas del magnífico palacio de sus padres; se eligió la servidumbre, y el conde dió mil veces gracias á su tutor, por el tino, el celo, y sobre todo, por el esquisito gusto que habia desplegado en el arreglo de su casa.

Instalado ya Octavio de San Telmo en su nueva vivienda y dueño absoluto de su colosal fortuna, se vió bien pronto rodeado de amigos; el mundo elegante le abrió sus salones, y las mujeres mas de moda se disputaban sus menores preferencias; con una figura encantadora, una fortuna inmensa, y heredero de uno de los mas nobles y antiguos nombres de España, el jóven conde *hizo furor* durante mucho tiempo; aunque su educacion en lo relativo á conocimientos sólidos habia sido nula, aprendió, sin embargo, lo necesario para ser bien recibido en la sociedad, poco exigente casi siempre; poseía además esa distincion de modales que es innata en la aristocracia verdadera, y que en vano se pretende aprender ó imitar, porque es como un sello que Dios imprime en todos aquellos séres que hizo nacer en noble cuna.

Lanzóse el jóven en medio de la vida alegre y disipada con que tan ámpliamente le brindára el mundo, y gozó por completo de todos sus placeres.

Por algunos años el inmenso caudal del conde fué suficiente á sufragar los enormes gastos que hacia sin cesar, porque era tan grande su fortuna que no se resintió, al menos de un modo sensible, con sus continuas y descabelladas locuras; sin embargo, llegó al fin un dia bien

fatal para Octavio: el dia en que se convenció de que su corazon estaba muerto para siempre por el abuso de todo; dia en que vió con amargo pesar que se habian estinguido en su alma todos los sentimientos buenos y nobles, todas las aspiraciones hácia el bien; dia en que vió claro que los consejos de sus depravados y libertinos amigos habian con su ejemplo estirpado de su alma todas las semillas de la virtud, que aun vivian en ella, á pesar de su fatal educacion.

La indiferencia del cinismo vino pronto á reemplazar aquella pena, último grito de la conciencia, último aviso de ese Dios de bondad que vela siempre por nuestro bien; entonces buscó con afan las emociones violentas, y se entregó sin tasa á la pasion del juego, mas fuerte para él que todas sus pasiones juntas perdia, es verdad, considerables sumas; su fortuna se gastaba; ¿mas qué era la pérdida de sus riquezas comparada con el goce que le proporcionaba?

Jugó, pues, de lo suyo mientras tuvo, y despues pidió prestado á sus numerosos amigos, que le ofrecian á porfia sus bolsillos, ofertas que el conde aceptó sin reparo, pudiendo gracias á ellas continuar jugando, sin acordarse de que habia de llegar un dia en que tenia que pagar las cuantiosas deudas que iba contrayendo sin cesar.

Octavio de San Telmo era, sin embargo, un hombre de honor, y á pesar de la vida disipada que llevaba, no manchó su nombre con ninguna accion culpable ó vergonzosa.

sa; pero sus acreedores, prudentes y sufridos durante algun tiempo, perdieron al fin la paciencia, y comenzaron á asediarse por todas partes, entonces conoció el conde sus extravíos, mas era ya demasiado tarde para remediarlos; su pasion dominante era el lujo, y antes hubiera muerto que renunciar á él.

No negó ninguna de sus deudas, y como se hallaba exhausto de dinero, se decidió á vender todos los bienes que le quedaban; de este modo vivió aun dos años, continuando su casa bajo el mismo pié y conservando siempre sus hábitos de opulencia.

Entonces fué cuando le ocurrió la idea de casarse, cosa en que jamás habia pensado; mas el estado de su fortuna no era un misterio para nadie, y sus pretensiones fueron desechadas por mas de un padre ó tutor.

¿Qué hacer? ¿qué partido tomar? aquellos mismos á quienes él creia sus verdaderos amigos, le abandonaron en la desgracia y huyeron de él; habia vuelto á contraer deudas que ya le era imposible solventar; la miseria, la horrible miseria le esperaba, ¡á él, tan hermoso, tan jóven aun! le amenazaba la vergüenza, la prision quizá, porque sus acreedores le perseguian con ardor infatigable, desde que sabian que habia agotado sus recursos, y no perdonaban medio para perderle, en la imposibilidad de conseguir que les pagase. Los hombres son tan injustos algunas veces que se complacen del mal de sus semejantes, como si esto les reportase algun beneficio.

La situación del conde se iba haciendo cada día mas aflictiva; oculto siempre en su casa, ni aun allí podia sustraerse á las incesantes exigencias de sus acreedores que sin piedad le atormentaban.

Una mañana, que mas sombrío que nunca, estaba sentado junto á la chimenea, y miraba maquinalmente el fuego, entró su ayuda de cámara, sin que le hubiese llamado.

Octavio usaba sobrada dureza con todos sus criados, mas aquel jóven era su confidente, y la necesidad que tenia continuamente de él, le hacia ser algo mas tolerante.

—¿Qué quieres, Roberto? preguntó volviéndose al ayuda de cámara: no he llamado.

—Perdone V. E., señor conde, contestó el doméstico con respetuoso acento; si he entrado sin que me llamase, ha sido porque tenia que darle una buena noticia.

—¿Una buena noticia?... ¡á mí? dijo admirado Octavio; sepámosla luego.

—Ya sabe el señor conde, empezó Roberto, que regresé anoche de mi país, á donde su bondad me permitió ir á pasar un mes con mi familia.

—Adelante, dijo ásperamente el conde que ya empezaba á impacientarse con el exordio; adelante.

—Anoche, prosiguió tímidamente Roberto, así que llegué, quise presentar mis respetos al señor conde, y ofrecerme á sus órdenes, pero me dijeron que se habia acostado, y que el médico le acompañaba.

—¿Llegará pronto la buena nueva? preguntó Octavio: ya sabes que estoy enfermo, y no me sobra la gana de oírte.

—Dígnese el señor conde tener un poco de paciencia; espíe la salida del doctor, y corrí á informarme de la salud de V. E.

—Su amo de usted está mas enfermo de lo que cree, Roberto, me dijo, y me alegro en el alma de que haya usted vuelto; yo sé que no hay en esta casa quien le quiera como usted.

—Pero, ¿y la noticia, insoportable hablador, y la noticia?

—Ya acabo, señor conde, voy á concluir; Roberto, prosiguió el doctor, es necesario que decida usted al conde á marchar al campo; el aire de la córte le es nocivo, y su salud está profundamente alterada por la tristeza que de algunos meses á esta parte se ha apoderado de él.

—Pero señor doctor, ¿cómo consentirá ahora el señor conde, estando tan melancólico y hallándonos en lo mas crudo del invierno, en sepultarse en un rincon cuando ha abandonado el proyecto que concibió de hacer un viaje á Bélgica?

—Mas fácil será que vaya á las provincias que á Bélgica, me respondió el doctor; ya le tengo casi decidido, y me ha dicho que así que volviera usted, pensaba enviarle á ver si encontraba una casa á propósito para él.

Por entonces, prosiguió Roberto, me callé, y no quise

decir nada al doctor de un descubrimiento que he hecho, hasta dar parte de él al señor conde; ya sabe V. E. señor, que para ir á mi país, he tenido que atravesar parte de Navarra; pues bien: en un pequeño pueblo llamado Aybar me detuve para comer, y entre tanto que me disponian la mesa, me asomé al balcon de la posada; en mi vida he visto campiña mas alegre y mas hermosa; llamaron mi atencion dos edificios: el uno era una gran casa blanca como la nieve que está separada del camino; el otro una preciosa casita pintada de verde; pero ambas tan lindas en su apariencia, que no pude menos de preguntar al huésped el nombre de sus dueños.

—El edificio blanco, me dijo, es la *quinta* como le llamamos nosotros, y la señora de Sandoval, de quien es propiedad, vive en ella; en cuanto á la casa verde, su dueño ha muerto hace ya mucho tiempo, y dicen que los herederos van á ponerla en venta.

Esta es, prosiguió Roberto, la buena noticia que tenia que dar al señor conde, y si me lo permite, partiré hoy mismo y compraré en su nombre la casita verde.

—Te perdono el mal rato, en gracia de la noticia, que efectivamente es buena; hoy mismo marcharás á adquirir la casa verde; concedo dos meses de tiempo para arreglarla.

Partió Roberto aquel mismo dia acompañado de otros dos criados, y la casa fué comprada en nombre del señor conde de San Telmo, el cual tuvo que agotar para esta

adquisición hasta su último recurso.

Dos dias despues de recibir Octavio aviso de su ayuda de cámara de que todo estaba dispuesto, salió aquel para Navarra.

La tristeza del conde era profunda; ¿qué iba á hacer allí? no lo sabia; únicamente le llevaba fuera de la córte la vergüenza de verse pobre, abatido y miserable. A una sola persona conocia en Aybar. Don Anselmo Gonzalez, padre del médico que le asistía en Madrid, y boticario de la aldea y de otras dos ó tres mas de aquellos contornos.

Este buen anciano habia pasado en la córte muchos años; habia educado á su hijo, dádole carrera, y fortalecídole con sus austeros y sencillos consejos mientras le fueron necesarios; cuando dejó asegurada la suerte de su Luis, cuando le dejó abierto un seguro y hermoso porvenir, se despidió de él, y fué á pasar los últimos dias de su vida en la soledad apacible de los campos.

La ausencia no entibió en nada el inmenso cariño que padre é hijo se profesaban. Don Anselmo habia dejado á Luis una reputacion sólidamente cimentada, un nombre honrado aunque humilde, y el jóven podia recoger en breve los ópimos frutos de los sacrificios de su padre.

Luis escribió á don Anselmo, manifestándole el dia que el conde salia de Madrid.

El jóven doctor habia cobrado cariño á Octavio; la rectitud de su juicio le hacia vituperar los errores del conde, mas la bondad de su corazon era bastante á hacerle

olvidar estos mismos errores, y no sentía mas que una profunda compasion hácia aquel desgraciado, víctima de la funesta educacion que habia recibido.

Octavio y Luis simbolizaban exactamente la buena y la mala educacion: el primero, nacido en noble cuna, con brillante destino é inmensos caudales, era arrojado de la sociedad con ignominia, é iba á sepultarse en un rincon, sin dinero, sin corazon y sin conciencia.

El otro, de condicion humilde, entraba en el mundo honrado, con un nombre puro, y rodeado con la brillante aureola del talento y de la ciencia; estimado de todos, tenia la inmensa felicidad de ser estimable á sus propios ojos, porque jamás se habia separado del sendero de la virtud, por donde su severo y respetable padre encaminó sus primeros pasos.

¡Ah! ¿por qué decimos que el mundo es injusto? ¡Quizás cuando mas le culpamos, es cuando nosotros somos mas culpables!

IV.

Enterado don Anselmo del dia en que debia llegar el conde, por la carta de su hijo, apostó á la entrada del pueblo, para que le avisara de su arribo, á un muchacho dependiente suyo, feo y estrambótico, como suelen ser todos los dependientes de boticario; al anochecer vino á decirle que un coche acababa de pararse á la puerta de la

casa verde, y que el caballero que en él venia le habia parecido al apearse pálido y fatigado.

Dudó don Anselmo de si pasaria á verle aquel mismo dia, ó si seria mejor dejarlo para el siguiente; mas el deseo que tenia de complacer á su hijo, y mas que esto el anhelo de saber noticias suyas, le decidió á visitar lo antes posible al conde, cuidándose poco de las reglas de la etiqueta.

Esperó impaciente á que pasase una hora, y despues se dirigió á la casa verde.

El boticario habia vivido durante muchos años en Madrid, aunque entregado á los trabajos de su profesion; mas hacia ya algunos que residia en Aybar, y habia perdido la memoria de lo que es la sociedad, que por otra parte nunca habia frecuentado mucho; sincero en demasía, para saber doblegarse á mezquinas consideraciones, el buen anciano al salir de su casa no pensó ni por un momento en lo intempestivo de la hora; solo se acordó de que iba á ver á un hombre que le podia dar nuevas de su hijo.

Tendria don Anselmo cerca de sesenta años, su estatura era alta y robusta, pardos sus ojos, y sus cabellos blancos y escasos, hacian un singular contraste con sus cejas muy negras y su morena cara; era tan honrado el aspecto del anciano, habia tanta dulzura en su fisonomía, inspiraba tal respeto su calva frente, que era imposible verle sin sentir una profunda simpatía hácia él.

Llevaba un traje negro de forma anticuada, una corbata de estremada blancura, y unos gruesos zapatos; no gastaba guantes y su mano derecha se apoyaba en un enorme baston con puño de oro.

—Buenas tardes, amigo, dijo el farmacéutico á un palafrenero que se paseaba en el patio iluminado ya por un reverbero, ¿pertenece usted á la servidumbre del señor conde de San Telmo?

—Sí, buen hombre, contestó el lacayo, que al ver á don Anselmo tan modestamente vestido le tomó por el sacristan, ¿qué se ofrece?

—Quisiera ver á su amo, repuso con dulzura el anciano, sin darse por resentido de la llaneza del criado.

—¿Cómo?... ¿Qué es lo que dice usted? ¿Qué quiere ver al señor conde? ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!... prosiguió soltando una carcajada, ¿cree por ventura que basta querer para conseguir hablar á mi amo?

—Digo, repuso con firmeza don Anselmo, digo que quiero ver al señor conde, y le veré, añadió atravesando el patio; despues separó al insolente lacayo con severo ademán, y empezó á subir la escalera.

—¡Eh! viejo atrevido, venga usted acá, gritó el doméstico con estentórea voz; ¡voto á dos mil legiones de diablos! ¡venga acá ó subo yo á buscarle!

Pero el anciano habia ya subido la ancha escalera, y estaba en la puerta de la habitacion.

—¡Robertooo! .. ¡señor Robertol... vociferó de nuevo el

palafranero.

—¿Qué quiere, Juan? preguntó el ayuda de cámara asomándose á una ventana, ¿por qué grita usted así?

—Ahí tiene al viejo posma del sacristan, dijo Juan; lleva el gracioso empeño de ver al señor conde á estas horas... dese prisa á detenerle porque si no se va á encajar en el cuarto del señor conde.

Apresuróse Roberto á abrir la puerta, y se encontró con don Anselmo; el ayuda de cámara que hacia dos meses que estaba en Aybar, sabia quien era el anciano mejor que Juan que acababa de llegar de Madrid.

—Bien venido sea usted, don Anselmo, dijo Roberto inclinándose con esa política mezclada de ironía, que los criados de casas grandes usan con los inferiores á sus amos. ¿En que puedo servirle?

—Quisiera ver á su amo de usted, repitió el anciano gravemente.

—Es imposible: el señor conde va á acostarse ahora mismo, y no puede recibir; tómese usted la molestia de volver mañana, y creo que mi amo tendrá sumo placer en verle.

—Tambien yo estoy persuadido de lo mismo, dijo el boticario echando á andar hácia las habitaciones interiores.

—Pero caballero, decia Roberto, procurando en vano detenerle; pero caballero, esto es inaudito... no se entra así, sin mas ni mas...

—Anuncie usted á don Anselmo Gonzalez, y no se ocupe en otra cosa, dijo el anciano con voz serena y reposada; de lo contrario entraré sin que me anuncie nadie.

Subyugado Roberto por tanta firmeza, se dirigió maquinalmente á la puerta del aposento donde á la sazón estaba el conde, levantó la pesada *portière* de terciopelo y anunció:

—¡Don Anselmo Gonzalez!

Sorprendido el conde se volvió, y sus miradas se fijaron en el anciano, que ya habia penetrado en la habitación.

V.

El saloncillo en que se hallaba Octavio era sumamente lindo, y estaba adornado con el gusto mas esquisito.

Cubria las paredes una riquísima tela de raso verde, con ligeros arabescos de oro, y verdes eran tambien los sillones, adornados con preciosos dorados, y las largas cortinas que caian delante de las puertas y balcones. Vefase sobre la chimenea un soberbio reloj, que parecia haber sido arrebatado del gabinete de Felipe IV, y que mas de una vez habria señalado la hora de galantes citas para el monarca; dos magníficos candelabros de filigrana de oro, colocados á ambos lados del reloj, y en cada uno de los cuales ardian seis bugías de rosada y perfumada cera, iluminaban el salon.

Sobre el pavimento se extendía una gruesa y hermosa alfombra, y los caprichosos reflejos del fuego que chispeaba en la chimenea animaban á intervalos con sus trémulos resplandores los preciosos dibujos de que estaba bordada, dándoles fantásticas y variadas formas.

Aquella estancia, adornada con gusto severo y sencillo, armonizaba perfectamente con la noble y hermosa figura del conde; sentado, ó mas bien tendido en un sillón próximo al fuego, permanecía Octavio sumergido en tristes pensamientos cuando Roberto anunció á don Anselmo.

Sorprendido y contrariado el conde, se volvió con el semblante severo, mas contuvo su disgusto al ver al anciano que estaba enfrente de él, con la cabeza descubierta.

—¿Tengo el honor de hablar al señor conde de San Telmo? preguntó don Anselmo, con su grata y reposada voz y su acento sencillo y grave.

—Al mismo, caballero, contestó Octavio inclinándose levemente, tirando sobre la meseta de la chimenea el gorro de terciopelo que sujetaba apenas sus espesos y rizados cabellos.

Después señaló al boticario un sillón que Roberto acababa de acercar, y volvió á tomar para sí el que antes ocupaba.

—Permítame usted, caballero, que le pregunte á mi vez, si es al padre del doctor Luis á quien tengo la fortuna de ver, dijo el conde con fina pero glacial corte-

sanfa.

—¡Ah señor conde! exclamó vivamente don Anselmo, que al oír nombrar á su querido Luis, no se acordó de contestar siquiera; ¡ah señor conde! dígame usted, ¿cómo está mi hijo?

Pasándose despues la mano por sus ojos humedecidos, prosiguió con voz alterada por la emocion:

—Perdonad, señor conde, si no he sido dueño de contener el primer ímpetu de mi ternura; ¡si supiera usted cuanto merece mi amor ese hijo querido!

—Comprendo ese sublime sentimiento, caballero, dijo el conde, que á la verdad hacia ya mucho tiempo que no comprendia ningun sentimiento dulce y generoso; y lo comprendo tanto mas, cuanto que Luis es mi amigo; por lo que toca á su salud, debe usted estar completamente tranquilo; está bueno, y me ha encargado repita á usted sus mas afectuosos recuerdos; tome usted, prosiguió sacando de su bolsillo una preciosa cartera de tafilete de Rusia con adornos de plata, y de ella una carta que presentó al anciano. Luis me la entregó para usted al tiempo de separarnos.

—¿Me permite usted que la lea? preguntó don Anselmo conservando en la mano la carta abierta.

—Sin duda.

—«Querido padre mio,» leyó el anciano, en voz alta.

—Pero caballero, interrumpió el conde; quizá yo no deba saber el contenido de esa carta, y por lo tanto, no

puedo consentir...

—¿No ha sido usted el portador?... observó alegremente el boticario, pues es muy justo que la oiga.

Y aproximándose á la luz volvió á empezar la lectura de la carta.

—«Querido padre mio: El señor conde de San Telmo »es una de las personas á quienes mas aprecio; nada mas »quiero decirte, porque te conozco y sé que es querido á »tu corazon todo lo que es caro al mio; sé su amigo mien- »tras permanezca en Aybar; á nadie conoce, y te ruego »por lo mismo que trates de distraer todo lo posible su »carácter melancólico.

»Adios, bueno y querido padre mio; tu hijo que te »abraza—LUIS.»

Al acabar de leer la carta de su hijo, fijó don Anselmo en el conde una mirada cariñosa.

—Tendré el mas grande placer, le dijo, en cumplir el encargo de mi querido Luis, y haré todo lo posible para que no se fastidie usted; desgraciadamente esta aldea ofrece pocos recursos, pero el interés que desde este momento me tomo por usted, me inspirará, y me hará encontrar medios de distraerle.

Una sonrisa amarga pasó por los labios del conde.

—Permítame usted ahora, continuó el anciano, que me informe del estado de su salud; en este pueblo no hay facultativo, y yo tendré que ejercer sus funciones cerca de usted; mi hijo me decia en su anterior, que no se en-

contraba usted muy bueno, y así me lo indica además su palidez; voy á juzgar en el acto con mas seguridad, añadió tomando el pulso á Octavio, que sin oponer la mas leve resistencia y con una calma irónica y burlona, se entregó en manos del boticario.

—Aquí no hay mas que tristeza, enfermedad moral de mal curar como no haga usted mucho por su parte, dijo don Anselmo despues de una breve pausa, y con la amable y viva franqueza que era la base principal de su carácter; todos los dias vendré á ver á usted á la hora que me señale.

—Cualquiera que sea la que usted elija me será muy grata, repuso Octavio, disimulando su disgusto bajo la apariencia de una esquisita cortesía.

—Quede usted con Dios ahora, conde, dijo don Anselmo levantándose; necesita usted descansar porque leo en sus ojos mucha fatiga. Ea, hasta mañana, prosiguió estrechando entre sus manos robustas las delicadas del jóven.

—Antes de que me deje usted, permítame que le haga una pregunta, mi querido señor, dijo el conde con intencion, y deteniendo á don Anselmo. ¿Quiénes son tres personas que no hace dos horas bajaban á caballo por el camino que conduce al edificio blanco que se vé al fin de la aldea? si no he visto mal, eran dos lindas jóvenes y un caballero.

—No se equivoca usted, conde, dijo el boticario con

dulce gravedad; ha visto usted á la señorita de Rivera, al caballero Víctor de Sandoval, su primo, y hermano de la otra jóven que iba con ellos. Conque hasta mañana, añadió don Anselmo cortando aquí la conversacion que empezaba á interesar al conde, y salió cerrando tras de sí la puerta para impedir á Octavio que le acompañase, cosa en la que este no habia pensado siquiera.

Roberto le abrió, inclinándose con burlesco respeto, las otras dos puertas, y los demás criados le saludaron al pasar, sonriendo irónicamente, incluso Juan el Palafrero.

En cuanto al conde, se acostó en seguida, y un sueño bienhechor reparó las fatigas del viaje.

VI.

Tres meses despues de la llegada del conde Octavio de San Telmo á la aldea, es cuando empiezan los acontecimientos que vamos á referir.

La misma mañana que se encontraron en el campo el tío Agustín y Pedro, se hallaban reunidas en el salon de la quinta cuatro personas.

Todas cuatro eran dignas de llamar la atencion de un observador.

Sentada en un ancho sillón, y entretenida en coser una pieza de tela blanca, se veia una mujer que parecia tener cuarenta y seis años; debia haber sido de peregrin-

na belleza, pues en sus facciones se descubrían aun rasgos de una hermosura sin igual; su tez en extremo morena era pálida; rodeaban su frente dos hermosas trenzas de cabellos negros, matizados de algunas hebras de plata; sus ojos que también eran negros, de una belleza envidiable, velados por anchos párpados, prestaban á aquella fisonomía un aspecto de dulce y tranquila paz, que solo podía ser el fruto de una larga vida de virtud; sus manos eran hermosas y afiladas, y su traje, aunque muy sencillo, de buen gusto y hecho con esmero.

Llevaba una ancha bata de raso gris, un schal de merino azul oscuro, y una gorra de batista guarnecida de encajes.

Cerca de esta señora se hallaba sentada una jóven, de cuya angélica hermosura, solo los que hayan visto las vírgenes de Greuzze pueden tener alguna idea. Parecía alta, y toda su figura respiraba gracia, encanto y candidez; tenía la sedosa cabellera rubia, el cuello nacarado, la tez nevada y trasparente de una inglesa, y los ojos centelleantes, los labios de coral y los dientes de perlas de una mujer nacida bajo el ardiente sol de Andalucía.

Llevaba puesto un sencillo vestido blanco de hechura enteramente lisa, y ceñía su talle un ancho cinturon de seda azul; sus cabellos dorados se recogían en sus sienes en dos espesas trenzas, sujeta cada una con un lazo azul, igual al cinturon.

Prestaban tantos hechizos á aquella hermosa fisono-

mía sus grandes ojos de límpido y oscuro azul, guarnecidos de pestañas, y coronados por cejas de azabache; habia tal pureza y regularidad en sus facciones, tanta gracia y dulzura en su sonrisa, y era tan notable la mezcla de dignidad y de inocencia, de abandono y de pudor que se advertia en ella, que era imposible dejar de admirarla.

Aparentaba tener diez y siete años, y si sus miradas se separaban de la labor de tapicería en que trabajaba, era solamente para dirigirse al jardín.

Apoyado en el respaldo del sillón que ocupaba la dama, veíase un jóven que contaría veinticinco años á lo mas; su estatura esbelta escedia algun tanto á la regular; en cuanto á su semblante era la copia exacta del de la primera mujer que hemos descrito; la misma hermosura en las facciones, la misma mezcla de dulzura y altivez en el semblante; enfrente de él habia un caballete con un lienzo que representaba un hermoso cuadro próximo á terminarse, una paleta preparada, y una caja de pinceles.

Sentada junto al balcon estaba una niña de lindo y expresivo rostro, que podría tener unos doce años; llevaba como la otra jóven un vestido blanco y un cinturón color de rosa; tenia grandes y azules los ojos, morena la tez, y castaño oscuro el cabello, que rodeaba su frente en gruesos rizos. De vez en cuando levantaba los ojos del pañuelo de batista que se le veía en la mano, en el cual bordaba con suma agilidad, y fijaba su brillante mirada

en la jóven de cabellos rubios.

La dama que ocupaba el sillón era la señora doña Catalina Rivera de Sandoval, propietaria de la quinta.

La hermosa jóven la señorita Evangelina de Rivera, hija de un hermano de doña Catalina, huérfana y educada por su tía.

El caballero, Víctor de Sandoval, hijo de la primera y pintor de profesion.

La graciosa niña, Adoracion de Sandoval, hermana de Víctor, y, como este, prima de Evangelina.

El radiante y purísimo sol de aquel hermoso día penetraba de lleno por las vidrieras é iluminaba el salón con sus dorados reflejos.

Los muebles eran en extremo sencillos; unas cortinas de muselina blanca y lisa caían delante de las puertas y balcones; un papel de figurones de remota época cubría las paredes; sobre la chimenea había dos floreros de cristal, cuyas bocas tapaban dos calabacitas redondas, amarillas como el oro y enteramente parecidas á dos naranjas.

Un reloj bastante lindo que Víctor había traído de Madrid á su buena madre, ocupaba el punto medio entre dos candeleros de cobre, que formaban juego con los dos floreros.

La sillería del salón la componían un gran canapé, forrado en telas de dos colores, y doce sillas correspondientes; todo indicaba allí una medianía tranquila, feliz y sosegada.

En la estancia reinaba un profundo silencio, interrumpido solo por el canto de dos canarios, cuyas jaulas doradas, únicos objetos de lujo que se veían, estaban colgadas á entrambos lados del balcon, y bañadas por el sol.

Los dos pájaros encerrados en sus doradas prisiones, habian sido tambien regalos de Víctor á su hermana y á su prima.

Saltaban gorjeando las avecillas y picoteaban las tiernas hojas de verdura y las flores silvestres con que habian sus cándidas amas decorado sus viviendas.

—Mamá, dijo de repente la niña, ¿quieres que dé la leccion de dibujo?

—Ya sabes que no es hora todavía, contestó con seriedad doña Catalina; borda un poco mas.

—Pero, mamá, me canso de bordar; lo estoy haciendo desde las nueve... ¡es tan pesado este punto de armas!

—Para tí todo es pesado, como no sea jugar con el gato ó correr con Camelia en el jardin, repuso Víctor soltando la risa; ahora quieres dejar la labor con la excusa del dibujo, para engañarme luego, é ir á romperte el vestido entre las zarzas.

—¡Sí! ¡como tú haces lo que te da la gana sin sujecion ninguna! exclamó Adoracion mirando colérica á su hermano, al mismo tiempo que brotaba una lágrima de sus grandes ojos azules; luego añadió con tono de desaffo:

—¿Cuándo me has visto tú roto el vestido?

—Te lo he visto desgarrar en el jardin mil veces; pero

roto no te lo he visto nunca, porque Evangelina tiene buen cuidado de hacerte poner otro, y de cosértelo antes de que nadie lo advierta: ¡ya se vé! esa es la ventaja de llevar siempre traje blanco, y de tener una prima que se pasa en claro las noches cosiendo lo que tú destrozas!

—¡Víctor!... murmuró en tono de dulce reproche Evangelina.

—Vamos, silencio todos, dijo doña Catalina para poner paz; tú, Adoracion, borda hasta la una; ya sabes que la leccion de dibujo es de una á dos.

Callaron los tres jóvenes, dóciles á la voz materna; la niña, cuyas mejillas se habian enrojecido de indignacion con las chanzas de su hermano, volvió á inclinar la cabeza sobre su primoroso bordado.

Víctor fué á sentarse delante de su caballete, y se puso á trabajar; su obra era una preciosa alegoría de la inocencia y la virtud; representaba el cuadro á un anciano venerable, de aspecto débil y enfermizo, recostado en un sillón de paja; junto á él, y apoyada en una ventana guarnecida y entoldada de enredaderas, se veia una joven que le miraba con solicitud y amor; una anciana con vestido de estameña, delantal de indiana azul y pañuelo blanco en el cuello, mudaba el agua á dos palomos, que, encerrados en una jaula grande, batian gozosos sus alas, al ver cerca de ellos la rubia y rizada cabeza de su ama.

Este cuadro era encantador aun á los ojos de los mas

profanos en el hermoso arte de Apeles; tanta era la belleza de su colorido, la naturalidad de las figuras, la perfeccion de sus detalles y el acierto de las sombras y de los accidentes de luz.

Víctor dió algunas pinceladas en el vestido del anciano; luego miró á hurtadillas la hermosa cabeza de Evangelina, y retocó los cabellos de la jóven del cuadro; aclaró el verde de las hojas de un arbusto, y se levantó exclamando alegremente:

—¡Ya está!

Clavó la señora de Sandoval la aguja en su costura; Evangelina dejó su bastidor; Adoracion arrojó la preciosa batista que se enganchó en las agudas puntas de sus tijeras, y las tres se lanzaron al caballete.

—¡Oh, qué hermoso! exclamó doña Catalina, fijando sus ojos centelleantes de maternal orgullo en el espresivo rostro del pintor.

—Mamá, mamá, gritó la niña, mira, tambien aquí ha retratado Víctor á Evangelinal...

Y su rosado dedo señalaba el semblante de la jóven del cuadro, que efectivamente era un retrato de un mérito singular.

Evangelina se ruborizó, y bajó la cabeza sin decir una palabra.

—¡Pobre hijo mio! murmuró la señora de Sandoval clavando en Víctor una mirada de tristeza.

Despues sus ojos fueron á fijarse en su sobrina con

una espresion de amargo reproche, mientras que esta, encarnada y conmovida, volvió á emprender su bordado.

—¡Ay! ¡ay! como se parece á la tia Damiana la vieja que muda el agua á los palomos! gritó Adoracion batiendo las palmas.

—Como que es su retrato, dijo Víctor; nada hubiera podido encontrar mas á propósito para modelo que nuestra buena vieja: así, ayer cuando cogia en el jardin laurel y yerba-buena para sus guisados, diseñé su figura, que despues he engastado en mi cuadro.

—¡La una! exclamó Adoracion, al oir el reloj de la iglesia; ya puedo dejar ese bordado insopor...

E interrumpiéndose de súbito, y abrazando á su madre, añadió:

—¡Ah perdóname, mamá! es para tí el pañuelo, y lo hago con gusto, de lo contrario, le llamaria insoportable.

La señora de Sandoval sonrió bondadosamente ante la ingenuidad de su hija, y luego se persignó con devocion, y, cruzando las manos, rezó la Avemaría de la hora que contestaron los tres jóvenes; al concluir, Adoracion se dirigió á buscar su bordado para guardarlo en la cajita de paja que le servia de estuche de labor; pero, al tomarlo, una densa palidez cubrió sus lindas facciones, que inmediatamente se tiñeron de un arrebatado carmin; las traidoras tijeras habian abierto en la batista dos heridas espantosas.

La pobre niña alzó la cabeza tímidamente para mirar

á su madre; pero esta murmuraba todavía una oracion en voz baja por las almas de su esposo y de su hermano, práctica devota que por nada en el mundo hubiera dejado un dia. Entonces Adoracion volvió la vista á su hermano, y la severa mirada de este cayó á plomo sobre su corazon.

—¿Quieres darme ese estambre que se me ha caido, Adoracion? dijo á media voz Evangelina, despues de hacer rodar con disimulo hasta sus piés aquel objeto.

La niña se bajó maquinalmente y puso en la mano de su prima el voluminoso ovillo que ya enredaba entre sus patas la linda y traviesa Camelia, acostada en un almohadon de paño encarnado, que Evangelina le habia colocado al sol.

—¡Serénate para que nada conozca mi tia! murmuró la jóven al oido de la atribulada niña: ¡yo zurciré el pañuelo!

Un rayo de alegría iluminó el semblante de Adoracion, que clavó en la jóven una mirada de profunda gratitud; despues, por un movimiento de su carácter vehemente y apasionado, se arrodilló como para buscar algo, y besó con viva ternura la mano de Evangelina.

Humedeciéronse los grandes y melancólicos ojos de la jóven, al ver aquella muestra tan dulce de gratitud; mas para no llamar la atencion de su tia, se contentó con estrechar la mano de la niña, y volvió á su bordado inclinando la cabeza para que no se advirtiesen las huellas de su emocion.

Esta muda y tierna escena tuvo un observador atento en Víctor, que con el instinto admirable de los corazones amantes, adivinó lo que pudo haber dicho su prima á la traviesa niña, y cuando notó la súbita transformacion del semblante de esta, adquirió la certidumbre de lo que habia pasado entre las dos.

Un profundo enternecimiento se pintó en sus facciones, y su mirada impregnada de amor, abarcó á las dos jóvenes con una ternura infinita.

Adoracion guardó el bordado en la caja, y arrojó tambien en ella con rabia las alevosas é imprudentes tijeras, á riesgo de volverlas á clavar en la batista.

—¿No das la leccion de pintura, Adoracion? preguntó dulcemente Evangelina, recomendando á su prima la prudencia con una mirada espresiva.

—¡Cómo! ¡aun no has empezado! exclamó severamente doña Catalina: ¿no sabes que comemos á las dos y que no quiero que la leccion quede para la tarde? Voy á castigarte, Adoracion, si de ese modo pierdes el tiempo y alteras el órden.

La niña no contestó: acercó una silla al caballete que Víctor acababa de aproximar al balcon, y poniéndose sus manguitos empezó á trabajar.

La obra estaba ya á la mitad: consistia en un hermoso cuadro de comedor que representaba un gran canastillo lleno de flores y frutas; las dalias, los jazmines y los junquillos confundian sus colores con los matices de los

gruesos melocotones, de las doradas peras, y de las uvas de trasparente morado: pero lo que mas llamaba la atencion eran las yerbas aromáticas que guarnecian el canastillo y tres hermosas naranjas colocadas en la parte mas culminante de él, entre una corona de ranúnculos y violetas.

Víctor apoyado en el respaldo de la silla de su hermana, la miraba trabajar en silencio; el cuadro era original, y sin embargo, no le hacia la mas leve observacion.

—Las dos, dijo doña Catalina al cabe de algunos instantes.

Apenas habia acabado de pronunciar estas palabras apareció en la puerta una anciana, ó mas bien dicho el original de la buena mujer que se veia en el cuadro de Víctor.

—Señora, la sopa está servida, dijo con voz cascada y dulce.

Adoracion dejó su pincel, quitóse apresuradamente los manguitos, que arrojó sobre una silla, y fué á colgarse del cuello de la anciana.

—Va usted á llevarme en brazos al comedor, ¿verdad tia Damiana? Eal... tómeme... dijo suspendiéndose de su cuello como una yedra del grueso tronco de un árbol.

—Con mil amores, mi pequeña señorita, dijo tomándola en sus brazos la tia Damiana que era alta y robusta.

—¡Adoracion! allá voy yo...! gritó doña Catalina con acento enojado, á la vez que en sus lábios se dibujaba

una sonrisa, escitada por la travesura de su hija.

—Déjala mamá, y ven, dijo Víctor; ven tú también, Evangelina.

Las dos se acercaron al caballete de la niña.

—Mamá, continuó Víctor con tal emoción que hacía temblar su voz; el primer cuadro de tu hija, este cuadro en el cual solo ha trabajado algunas horas, te va á dar 2,000 reales.

—Pues qué, ¿vais á vender el primer cuadro de Adoracion? preguntó Evangelina con doloroso asombro.

—Preciso será, contestó Víctor tristemente.

—Mi última enfermedad, añadió doña Catalina, ha agotado todos mis recursos.

—¡Oh, tía mía! ¿y no soy yo muy rica? exclamó la jóven; tome usted, añadió estrechando las manos de la señora de Sandoval, tome de mi fortuna cuanto necesite, y conserve el primer cuadro de Adoracion!

—¡Gracias, hija mía! contestó doña Catalina abrazando á la jóven; con mucho gusto aceptaría tu generosa oferta, si no me enorgulleciera en extremo el comer el pan que ganan mis hijos.

—Entonces, Víctor, vende en seguida tu cuadro, dijo Evangelina con tristeza; tu ya tienes otros muchos.

—Víctor quiere conservarle porque encierra tu retrato, hija mía, observó la señora de Sandoval fijando en su sobrina una mirada profunda.

Ruborizóse la jóven y bajó la cabeza sin contestar.

—Y además, añadió Víctor, la aparicion de ese cuadro conquistará un nombre eterno á nuestra niña.

Al decir estas palabras, presentó el brazo á su madre; Evangelina los siguió, y pasaron al comedor situado cerca de la cocina.

En esta, y sentada sobre las rodillas de la tia Damiana, estaba Adoracion, cantando entre carcajadas una antiquísima cancion, á cuyo monótono compás la mecia la buena vieja en sus primeros años; cerca de ellas y palmeando gozoso estaba el tio Francisco, esposo de la cocinera, y jardinero de la casa; vestia de paño burdo, y su honrada y alegre fisonomía manifestaba sesenta años; es decir, los mismos que su mujer.

Al ver á su madre, saltó Adoracion del regazo de la anciana, y fué á encontrarla, entrando despues en el comedor apoyada en el brazo de Evangelina.

Una humeante sopa de arroz con yerbas, colocada en el centro de una anchurosa y blanquísima mesa, perfumaba el comedor; á su lado lucia el succulento y sabroso cocido de Navarra, de gruesos garbanzos, harinosas patatas, escelente vaca y embutidos caseros, confeccionados por las limpias y diestras manos de la tia Damiana; el otro lado de la sopera de loza estaba flanqueado por un plato de pescado frito; y en los cuatro ángulos de la mesa se veian aceitunas, queso, almibar, y una enorme empanada de liebre.

El servicio era blanco y modesto; la plata gastada y

antigua: el cristal liso y sencillo, pero diáfano de limpieza:

—¡Oh, qué gusto! sopa de arroz con pepinillos y perifollos, y empanada de liebre! gritó Adoracion batiendo las palmas, y saltando como un cervatillo.

—Vamos, juicio, niña, dijo Víctor acabando de servir la sopa á su madre, y tomando el plato de Evangelina, para servirla á su vez.

Calló Adoracion, sentóse, y no bien tuvo su plato provisto, se puso á comer gravemente la enorme cantidad de sopa que su hermano habia puesto en él.

VII.

Evangelina habia quedado sin padres cuando apenas tenia ocho años; la noble doña Catalina, hermana de su padre, la abrió sus brazos, y la acogió en su casa, no obstante ser viuda, sin recursos apenas, y madre de dos hijos. Víctor, el mayor de ellos, contaba solo quince años; Adoracion no habia cumplido tres.

Catalina de Rivera, hija de un antiguo y benemérito militar, casó al cumplir veinte años con un empleado de corto sueldo, pero jóven, simpático, espiritual, y dotado de bellísimas cualidades; difícil hubiera sido decir quien estaba mas enamorado de Sandoval, si la novia, el padre, ó el hermano único de esta; el anciano idolatraba á su yerno, y en cuanto al hermano de Catalina, era una

verdadera pasion lo que tenia por él.

Algunos meses despues del casamiento de su hermana, se unió Julian de Rivera con una bella y adorable jóven de una familia noble, pero pobre; él acababa de hacerse abogado, y por el pronto probaron unidos la escasez y la felicidad.

Como si solo hubiera esperado ver asegurada la suerte de sus hijos para dejar esta vida, el padre de Julian y Catalina exhaló el último aliento algunos meses mas tarde, y su alma santa fué á unirse al cielo con la de su esposa.

Seis años despues, el cólera, aun no declarado en España, arrebató á la esposa de Julian, y este fué presa de tan agudo dolor, que á no contrarestar su fuerza el amor de su hija, hubiera puesto fin á sus dias.

Empero bien poco tardó en aparecer el terrible azote con todo su furor; no habian pasado dos años, cuando ya gemian los pueblos acosados por sus devastadoras huellas, y al dejarse sentir en Madrid, el esposo y el hermano de Catalina, fueron del número de sus primeras víctimas.

La pobre mujer huyó entonces de la córte y su pestilente atmósfera, con sus hijos y con la huérfana de su hermano; habíanla dicho que Navarra era la única provincia de España que por entonces estaba libre de la epidemia, y que tal vez se libraria de ella por la pureza de sus aires y la estension de sus inmensas campiñas, y Catalina corrió á refugiarse en Aybar, pequeña aldea, pero alegre, sana, y en la cual podia vivir á muy poca

costa.

La infeliz viuda contaba por todo recurso con una pensión de Monte-pío muy corta, y por apéndice nominal, pues no la cobraba con la puntualidad que hubiera deseado, en atención á los apuros del erario; por lo tanto calculó que en aquel rincón del mundo podría más fácilmente equiparar sus gastos con los ingresos, y que en contraria quizás más beneficencia para sus hijos que en una población grande.

Otros dos motivos además la habían conducido á aquel punto; en Aybar habitaban su honrada nodriza que era oriunda de allí y don Anselmo González, antiguo conocido de su familia, en los cuales tenía seguridad de hallar apoyo y protección.

Don Anselmo había sido vecino del padre de doña Catalina, cuando aquel estaba establecido en la corte; el buen hombre aunque sencillo y ageno al trato del mundo, era tan bondadoso, y tan apreciable por su honradez, que el anciano Rivera, no obstante sus hábitos aristócratas, no tardó en aficionarse á él y acabó por convidarle para que le hiciese todas las noches la partida del tresillo.

El boticario era viudo: su hijo único Luis, que entonces contaba diez y seis años, resumía para él todos los amores de la tierra; cuando este no se encontraba en casa, por estar ocupado en sus estudios, don Anselmo se aburría detrás de su mostrador, tomaba veinte veces un

libro que volvía á dejar sin leer, se paseaba á lo largo de su trastienda, y solo se distraía cuando entraban á comprarle algun medicamento.

Así pues, la amistad de la familia de Rivera le fué sumamente agradable, y cuando Catalina fué á establecerse en Aybar, á donde él se habia retirado dejando en Madrid á Luis hecho doctor en medicina, encontró la pobre viuda en don Anselmo un segundo padre.

Valiéndose de mil ingeniosos artificios para no herir la susceptibilidad de Catalina, le alquiló una modesta, pero linda casita, y la amuebló por su cuenta, sencillamente, pero con comodidad; cuando Catalina queria mostrarle su gratitud, la aseguraba que le habia hecho un gran favor en desembarazarle de aquellos muebles que le incomodaban, y que no sabia donde colocar; en cuanto á la casa, afirmaba que le pertenecía, que hacia mucho tiempo que estaba desalquilada, y que por lo tanto, él era quien debia estarle reconocido porque tenia la bondad de ocuparla y cuidar de su limpieza, pues de lo contrario, por la escasa vecindad del pueblo, tendria que estar cerrada, etc. etc.

Hizo además venir de Estella un maestro de música y otro de dibujo para Evangelina y Víctor, y se compuso con ellos de modo, que el uno aseguraba á Catalina que ofenderia su delicadeza si trataba de remunerarle su trabajo, porque era rico, y si algun valor tenian sus lecciones, solo aspiraba á cobrarle en amistad; del otro le habló

el mismo don Anselmo, y le dijo, que lo mejor que podía hacer para recompensar sus desvelos, era enseñar á su vez á bordar y coser á una niña que tenia el maestro, de la edad de Evangelina.

Víctor habia nacido pintor: en poco tiempo hizo rápidos adelantos, y al cumplir diez y siete años, verificó don Anselmo un viaje á Madrid, pidiendo permiso á Catalina para llevarse á su hijo, asegurándole que el cólera habia ya desaparecido por completo.

La pobre viuda, á cuyo perspicaz talento no podia escaparse lo que debia á don Anselmo, accedió gustosa á los deseos de este; pero aprovechó su ausencia para despedir al maestro de dibujo, en cuya pretendida riqueza jamás habia creído.

Durante aquel viaje pensó mil veces la pobre Catalina en la suerte venidera de su hijo. ¡Si al menos, decia, se hubiera separado de mi lado para ir en busca de una carrera que asegurase su porvenir y el de estas pobres niñas! ¡Pero le están cerrados por falta de medios todos los caminos del saber y de la gloria!

Sin embargo, cuando recibió una carta de don Anselmo, en la cual anunciaba su próximo regreso, latió de gozo su corazon, y el dia señalado salió con Evangelina para esperarlos á una hora de la aldea. ¡Mas cuál fué su asombro al ver llegar solo al boticario! Asustada, pálida y temblorosa, apenas tuvo fuerzas para preguntarle por su hijo.

—Se ha quedado en Madrid con Luis, dijo el anciano: mi hijo me pidió que se lo dejase para que le acompañara, y yo he accedido sin consultar á usted.

—Pero ¡Dios mio, yo no puedo sostenerle allí! ¿Qué va á hacer?

—¡Eh, eh!... ¡Sostenerle! Bastante sosten necesitan ellos... vida de estudiantes... vaya, vaya, señora, ya se compondrán...

Al decir esto entregó á Catalina una carta y un paquetito de parte de su hijo, y se fué á su casa á paso largo, sin cuidarse de preguntarle si quería que la acompañase.

Víctor decia en la carta que habia accedido á quedarse con Luis, porque segun este le habia dicho, podria estudiar en Madrid buenos modelos y adelantar en la pintura; que no tuviese pena por él, porque el cuadro de la Resurreccion que se habia llevado, original suyo, lo habia vendido en 1,000 rs. á un inteligente, y que estaba seguro de hacer otro mejor antes de que se le acabase el dinero; el paquetito que acompañaba á la carta contenia una sortija de oro para su madre, con la fecha del dia en que se vendió el cuadro, y una caja con dos gorritos de encaje para las niñas.

Catalina alzó al cielo sus ojos nublados por el llanto de la mas viva alegría, y le dió gracias fervorosamente, porque al fin deparaba un porvenir á su querido hijo; besó la sortija una y mil veces, y la colocó en su dedo

anular llena de orgullo.

Cuando llegó á su casa, se arrodilló con las dos niñas ante la mesita de altar que habia en su alcoba, y rezó con ellas largo rato, haciendo repetir á la pequeña Adoracion, en su gorjeo infantil, la oracion del ángel.

Un año pasó Víctor en Madrid al lado del jóven doctor: durante este tiempo envió á su madre cuanto dinero pudo ahorrar, llegando á veces á remitirle gruesas sumas; entonces Catalina, con súplicas y razones, consiguió del boticario que admitiese el precio de los muebles, y un modesto alquiler por la casita que ocupaba; despues guardó sus ahorros, y no bien fueron estos suficientes, compró un terreno en el pueblo, y empezó á edificar la quinta, á la cual hemos dado el nombre de casa blanca.

Entonces recibió una carta de Víctor, en la que le pedía permiso para acompañar á Luis á un viaje que iba á hacer á Italia, añadiendo que esto le perfeccionaria en su arte.

La buena madre accedió aunque con sentimiento; empleó la gruesa suma que recibió con la carta antedicha, en acabar de edificar su casa, y á principios del año próximo se trasladó á ella.

Dos años mas tarde volvió Víctor á los brazos de Catalina; traía poco dinero, porque habia gastado el tiempo en estudiar, pero venia rico de talento é inspiracion; llegó á tiempo, porque su madre cayó poco despues peligrosamente enferma, y gastados en edificar la quinta todos sus

recursos, solo los de Víctor pudieran haberla salvado.

El joven quedó asombrado al ver á Evangelina, su belleza era ya, aunque contaba solo once años, superior á toda ponderacion, y no tenian igual la ternura y bondad de su corazon y la delicadeza y perspicacia de su talento.

Su hermosura, empero, llenaba el alma de una dolorosa admiracion, por su carácter melancólico y purísimo; era uno de esos seres marcados de antemano para el cielo, y que, demasiado buenos, tiernos y hermosos para el mundo, solo aparecen en él de cuando en cuando y durante muy corto tiempo, como luminosos meteoros.

Durante la enfermedad de su tia, fué cuando Evangelina desplegó todas las admirables dotes de su carácter: atendia á la enferma con tanto esmero y cariño, como la hija mas amante, y á pesar de su corta edad, no consintió en acostarse una noche siquiera, hasta que estuvo fuera de peligro.

Su cariñosa solicitud se estendia hasta Adoracion: ella puede decirse que la educaba; enseñóle á leer, á escribir, música y los primeros rudimentos del dibujo que ella habia aprendido; la vestia, peinaba y cuidaba con extraordinario esmero, y no habia otro medio para contener la traviesa vivacidad de la niña, que el que Evangelina la amonestase ó la reprendiese suavemente.

Evangelina era de carácter dulce y apacible; pero grave y melancólico, mucho mas de lo que á su edad convenia; su índole sufrida, paciente é inclinada á la contem-

placion, no la aconsejó nunca los ruidosos juegos, propios de su edad; hábale regalado su tia un blanco corderillo, y su mayor placer consistia en ponerle al cuello una cinta de color de rosa, y salir con él al campo; allí mientras el animal pacia y saltaba en la verde yerba, ella se sentaba al pié de un árbol y permanecia contemplando el cielo hasta que las primeras sombras del crepúsculo envolvian la luz de la tarde.

Quando la señora de Sandoval estuvo restablecida, Víctor volvió á Madrid; la enfermedad de su madre habia agotado sus recursos, y tenia que trabajar con nuevo ardor.

La vida de doña Catalina y de sus hijos (así llamaba tambien á Evangelina) siguió su curso uniforme y tranquilo. Adoracion, mediante las lecciones de su prima, se hizo muy hábil en toda clase de costuras y bordados, y adelantó rápidamente en la música; pero su revoltoso carácter se hacia verdaderamente insoportable hasta para su propia madre que no sabia como contener aquella turbulencia. Evangelina, sin embargo, encontraba siempre disculpas para la niña; zurcia sus vestidos mientras dormian todos, para evitarle los castigos de su madre; limpiaba sus cabellos de las yerbas y flores con que tenia costumbre de enredárselos; lavaba sus manos y cara á cada instante, embadurnada con la tierra del jardin; siendo Adoracion sumamente glotona, aseguraba, cuando faltaba algo de la despensa, que la niña no se habia se-

parado en todo el día de su lado, é iba luego á rogar á la buena Damiana, que dijese á su tia que ella era quien lo habia gastado.

Cuatro años se pasaron reinando la mas completa paz en el seno de esta tranquila familia. Víctor seguía adquiriendo gloria y dinero en Madrid, desde donde remitía á su madre algunas sumas, bastantes á proporcionar á esta una decente y cómoda existencia. Don Anselmo la acompañaba por las noches, y el cura de la aldea, anciano respetable, la visitaba con mucha frecuencia.

Un acontecimiento inesperado vino á llenar de alegría el corazon de doña Catalina; la madre de Evangelina, oriunda de Alemania, tenia en Francfort un tío lejano poseedor de una inmensa fortuna; una corta enfermedad le arrebató la vida, y sus riquezas pasaron á ser propiedad de la hermosa niña, que se entristeció al pensar que el ser ella rica, costaba la vida de una persona á quien amaba, no obstante no haberla conocido.

La fortuna de la jóven fué entregada á su tia y tutora; consistia toda en dinero, pero doña Catalina creyó oportuno emplear una parte de ella en fincas, y comisionó á don Anselmo para que comprase dos casas en Madrid, adquiriendo ella por sí misma una hermosa casa de campo á pocas leguas de Estella, y algunas tierras productivas en sus inmediaciones; colocó el resto del caudal en casa de un banquero de probidad reconocida, y resolvió guardar intactos los intereses para unirlos al capital el día

que Evangelina se casara.

Así, pues, la jóven siguió viviendo bajo el amparo de su tia, vistiendo modestamente, y en breve olvidó que era rica.

No así Víctor, que habiendo ido á pasar algun tiempo con su familia, para descansar de sus trabajos artísticos, quedó ciegamente enamorado de la belleza de su prima; la nueva de su riqueza le traspasó el corazon y hubiera dado la mitad de su vida porque aquel caudal hubiera desaparecido.

Algunos dias despues de Víctor, llegó á la aldea el conde de San Telmo; ya sabemos que la misma tarde vió de léjos á Evangelina, y que decidió su conquista para precaverse del aburrimiento que temia.

Pero lo que al principio ideó como un pasatiempo, se convirtió en un propósito firme cuando supo por don Anselmo que Evangelina era muy rica; la belleza, la angélica virtud de la jóven, nada decian á su corazon endurecido por los vicios, pero aquel caudal podia salvarle de la miseria que veia próxima, y abrirle de nuevo el mundo con todos sus placeres.

Comenzó, pues, á asediar á la jóven; en misa, en paseo, en todas partes se ofrecia ante sus ojos; había intentado, en vano, conseguir que don Anselmo le presentase en casa de la señora de Sandoval, porque el honrado anciano, informado, aunque muy ligeramente por su hijo, de los antecedentes de Octavio, y adivinando las sinies-

tras intenciones de este, con respecto á Evangelina, habia esquivado siempre con firmeza el llevarle cerca de ella, advirtiéndolo, por el contrario, á doña Catalina, de las intenciones del conde, para que celase á la jóven; no le quedaba, pues, mas recurso, que entablar con Evangelina una correspondencia secreta, de la cual tenia que ser portador Roberto, porque el anciano matrimonio que servia en la quinta, por ningun precio le hubiera prestado semejante servicio.

Pero el ayuda de cámara era sagaz y versado en tales asuntos. Evangelina fué abrumada á cartas, é impresionada además fuertemente por la belleza del conde y seducida por sus encantadores modales, cayó en el lazo, y contestó á aquellos apasionados billetes, que fueron encendiendo lentamente en su corazon la hoguera voraz del primer amor.

Inútil fué que doña Catalina huyese de los sitios donde solian encontrar al conde; en vano que no dejase salir á Evangelina, y que la reprendiese muy formalmente; solo consiguió ver enflaquecer á la pobre niña, y adelgazarse como una sombra, y que los vecinos del lugar al notarla con ella severa y hasta dura, la tomasen ese ódio que las sencillas gentes del pueblo conciben instintivamente por todo aquello que creen injusto.

Algunos, sin embargo, que como Pedro habian sorprendido al conde dando una carta á Evangelina á través de la verja que rodeaba su casa, disculpaban á la seño-

ra de Sandoval, por el rencor que mostraba á aquel orgulloso personaje que jamás les daba los buenos dias; pero compadecian profundamente á Evangelina, á quien todos amaban con la mas viva ternura por su caridad para con los pobres, su bondad, su dulzura angelical y su hermosura, que ellos creian superior á la de un querubin.

¿Habrá, en efecto, quien pueda culpar á esta adorable jóven por la desgracia de haber concebido una pasion profunda y contrariada? ¡Ah! Yo estoy bien cierta de que los que abriguen un corazon sensible serán indulgentes con ella, perdonando el estravío de su amor, en gracia de las santas cualidades de su alma!

VIII.

Terminada la comida se encaminaron todos á la sala de labor.

Evangelina y Adoracion se pusieron á devanar una madeja de estambre; Víctor buscó un libro, se sentó junto á su madre y se disponia á leer cuando apareció D. Anselmo en el umbral.

—Supongo, niñas, que ya habreis comido, dijo dirigiéndose á las jóvenes.

—Sí, señor, se apresuró á contestar Adoracion.

—Pues entonces, prosiguió D. Anselmo, vamos á ver si entre todos conseguimos de mamá que os otorgue su permiso para venir á visitar mi caserío. ¿Qué le parece á

usted mi proposicion, señora? añadió el anciano frotándose las manos y aproximándose á doña Catalina.

—Lo que me parece, D. Anselmo, es que me las está usted pervirtiendo, repuso la señora de Sandoval. Además, está tan lejos!...

—No hay miedo de que los caballos se cansen; vamos, vamos, niñas á vestir.

Las dos jóvenes miraron á su madre, pero permanecieron inmóviles.

—Id, hijas mias, dijo doña Catalina bondadosamente. Adoracion soltó la madeja y salió saltando de alegría. Evangelina, cuyo triste semblante se habia animado de un vago placer, la siguió, encaminándose ambas á vestirse.

—Encarga á Francisco que prepare los caballos, hijo mio, dijo doña Catalina, y cuida de que las sillas vayan bien seguras!

—¡Pero qué! ¿No nos acompaña Víctor? preguntó don Anselmo.

—Voy á leer un rato á mi madre, contestó este saliendo de la sala.

—¡Si supiera usted cuán noble y bueno es! exclamó la señora de Sandoval, siguiendo á su hijo con una mirada de profundo cariño: figúrese usted que tiene la paciencia de leerme el *Tesoro del Cielo* y la *Guirnalda de los Santos*.

—¿Y qué cosa mas natural?... ¡No faltaba mas sino que se negase á complacer á su madre en una cosa tan

pequeña!

—Pero él, acostumbrado al mundo...

—¡El mundo!... ¡el mundo!... Los mejores atractivos que el mundo encierra para un buen hijo, son sus padres á quienes debe la existencia, y por consiguiente cuanto vale.

Este diálogo se prolongó hasta que Evangelina y Adoracion se presentaron en la sala; ambas vestían sencillos trajes de montar de merino oscuro, y sus sombreros de fieltro gris eran de idéntica hechura y estaban igualmente adornados con una rizada y graciosa pluma.

Los cabellos de Evangelina caían en largos y elásticos rizos hasta sus hombros; los de Adoracion, recogidos en gruesas y apretadas trenzas, rodeaban su rostro fresco y encantador.

—Ya teneis los caballos dispuestos, dijo Víctor apareciendo en el umbral.

—Montad, pues, hijas mías, mientras yo voy á buscar mi mula, dijo don Anselmo levantándose; usted, señora, no tenga cuidado; dentro de dos horas estaremos de vuelta y no nos espere antes, porque no pienso volver hasta que vea apurar á Evangelina un jarro de leche recién ordeñada y saciarse de correr tras las gallinas del corral á Adoracion.

Al decir esto desapareció el anciano, y las dos jóvenes despues de abrazar á su madre bajaron al patio con Víctor que las ayudó á montar. Doña Catalina las miraba

desde el balcon del comedor, del cual no se separó hasta que las vió marchar seguidas de don Anselmo que montaba una colosal y pacífica mula.

El hermoso rostro de Evangelina se animó no bien hubo salido al campo; sus ojos tomaron una expresion de gozo que hacia largo tiempo no se advertia en ellos, pues por un efecto de la continúa lucha de su amor hácia el conde, con la obediencia que debia á su bienhechora, se habia apoderado de su corazon tan honda y voraz melancolía, que habia alterado sus facciones, puras y suaves poco tiempo antes.

En aquella hermosa tarde, la influencia benéfica del aire libre y la vista del radiante y despejado cielo infundieron la tranquilidad en su ánimo, seguia placentera el raudo vuelo de las aves que cruzaban el espacio, y reia alegremente con las traviesas ocurrencias de Adoracion, que gritaba, cantaba y hablaba mas que una cotorra.

—En cuanto llegue, decia, voy á dar de comer á los pollos.

—Y yo á cojer un ramo de flores para mi tia, añadió Evangelina.

—Lo primero de todo, así que lleguemos, será tomar algo que conforte nuestros estómagos, repuso á su vez don Anselmo.

Las jóvenes deseosas de llegar, pusieron al trote sus caballos, descargándoles un golpe con el latiguillo que llevaban en la mano: don Anselmo hubiera querido imi-

tarlas; pero no le fué posible apresurar el paso de su cabalgadura, por mas que tiró de las riendas y le clavó sus acicates.

Al llegar á la puerta del caserío, un robusto mozo cogió por las bridas á los caballos, y Evangelina y Adoracion saltaron al suelo muy contentas; una jóven bien vestida las acompañó á una salita, en el centro de la cual se veia una pequeña mesa preparada sin duda de antemano y cubierta de frutas secas, queso, manteca, miel, conservas y pasteles.

Poco tardó en oirse la marcha acompasada de la mula de don Anselmo, que desmontó pausadamente y se dirigió en busca de sus amigas.

—Me voy al corral, exclamó resueltamente Adoracion.

—Un poco de paciencia, niña, un poco de paciencia, repuso el anciano; ahora están ordeñando leche de la vaca bretona para Evangelina y hasta que la encierren no puedes bajar á jugar con los pollos y palomas. ¿No quieres comer algo entretanto? A mi se me figura que estos pastelillos de dulce te han de gustar.

Al decir esto don Anselmo se sentó á la mesa obligando á las jóvenes de ese modo á que siguiesen su ejemplo, al mismo tiempo que el hortelano traia un jarro blanco, lleno de leche humeante.

El anciano llenó un vaso é hizo que lo bebiese Evangelina; luego puso algunas pastas en el plato de Adoracion, y en seguida empezó él á comer tranquilamente.

—Vaya, ya podeis correr, si quereis, hijas mias, dijo á las jóvenes cuando vió que habian concluido. Adoracion, dí al jardinero que te dé grano para las gallinas; tú, Evangelina, encontrarás ya buenas flores al fin del jardin, hácia la derecha; vamos, andad, que es preciso hacer un poco de ejercicio para que tomeis otro refrigerio antes de marchar.

Ambas salieron de la estancia; pero en tanto que Adoracion llamaba á gritos al jardinero, Evangelina se dirigió sola al jardin que estaba esmeradamente cuidado, y cuyas estensas calles, formadas por altos árboles que ya empezaban á reverdecer, veíanse cubiertas de una arena muy fina.

Una de ellas desembocaba en una hermosa floresta, en cuyo centro y sobre una mesa de piedra estaba colocada una espaciosa pajarera donde revoloteaban alegres infinitos pájaros de mil colores que prestaban con sus trinos y gorjeos un indescriptible y poético encanto á aquel sitio ameno y solitario.

Ya abrian algunas flores tempranas los cálices impregnados de suaves aromas, y los olorosos arbustos se iban cubriendo de perfumadas hojas.

Evangelina dió vuelta á la floresta que lindaba con la tapia que cercaba el jardin, y en la cual se veia una puertecilla abierta que daba á la campiña.

La joven se acercó á ella casi maquinalmente; pero sus ojos se clavaron asombrados en el hermoso espectáculo

que se desplegaba ante ellos.

Un bosquecillo formado de acacias, cinamomos y tempranas madre selvas se tendía á sus piés; cubríalo una alfombra de margaritas, de esas encantadoras y blancas estrellas que vienen á anunciarnos la aromada primavera al soplo primero del ambiente; una fuente saltaba en medio, y en el pilon de piedra habian brotado algunas yerbecillas, nacidas de las simientes que los pájaros habian dejado caer entre sus grietas.

Evangelina, arrastrada por su naturaleza poética, penetró en el bosque, y en vez de seguir cogiendo flores se sentó, contemplando embebecida aquel divino paisaje.

De repente oyó detrás de sí, y entre el espeso follaje de las acacias, un confuso ruido: volvióse asustada, y sus lábios no pudieron contener un grito al ver á sus piés al conde de San Telmo.

IX.

—¡Evangelina! ¡Evangelina mía! ¡Al fin te veo! exclamó Octavio apoderándose de una de las manos de Evangelina y llenándola de besos; ¡al fin te puedo hablar! ¡Oh! ¡Casi no me atrevo á creer tal exceso de dicha!

—¡Octavio!... ¡Tu aquí!... balbuceó la jóven, cuyos grandes ojos retrataban un profundo terror. Vete... Pueden venir Adoracion ó don Anselmo... Vete, por Dios!...

—¡Que me vaya, cuando vengo siguiéndote desde el

pueblo con tanto afan!... ¡Que me vaya, cuando el cielo me depara la ocasion de hablar por la primera vez á so-las contigo!... ¡Que me vaya, cuando me es dado poner término á la angustia que consume mi vida!... ¡Oh! lo que me pides es un imposible!

—¿Pero qué es lo que deseas?

—Escuchar tu decision; cerciorarme de que el amor que me has prometido en tus cartas es una verdad... sa-ber de una vez á qué atenerme y calmar la amarga pena que tan horriblemente me martiriza.

Gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Evangelina, que inclinó la cabeza cubriéndose el semblante con el pa-ñuelo.

Entonces la fisonomía del conde cambió de repente: á su espresion apasionada substituyó otro de irónico des-den; una sonrisa triunfante entreabrió sus labios, y cla-vó una mirada de burlona lástima en la pobre niña, que permaneció llorando con la cabeza inclinada hácia el suelo.

Evangelina levantó al fin sus grandes y tristes ojos; mas, cuando los fijó en los del conde, el semblante de este habia ya recobrado su máscara de apasionada tris-teza.

—Escucha, bien mio, dijo sentándose á su lado en la yerba y tomando de nuevo la mano de la jóven entre las suyas; mi amor no puede ya contenerse con una fria é interrumpida correspondencia; mi corazon abrasado en

la voraz pasión que me inspiraste desde la primera vez que te ví, desea más; es preciso que si me amas te decidas á ser mía para siempre, que seas mi esposa.

—¡Octavio! ¡Octavio! gritó la jóven torciendo con desesperación sus blancas manos: ¡eso no puede ser!... jamás consentiré mi tía en esa unión, porque...

Su voz se ahogó de repente como si no tuviese fuerza bastante para acabar de espresar su pensamiento.

—¡Acaba... acaba!... exclamó Octavio afectando una dolorosa impaciencia. Dí de una vez que te has estado burlando de mi cariño; dí que no me quieres, que nunca me has querido.

—¡Ingrato!... balbuceó entre sollozos la desdichada Evangelina. Ten piedad de mí... y no aumentes con tus injustas palabras las penas que por tí estoy sufriendo.

—Pues habla... bien mío... díme, ¿por qué te niegas á unir tu suerte á la mía?

—Ya que es preciso confesarlo todo, sabe que mi tía se opone á nuestro amor porque dice que has llevado una vida desordenada, y que es imposible que me hagas feliz.

Octavio aparentó quedar anonadado; pero en realidad estaba estudiando qué debía contestar para desvanecer una sospecha que, arraigada en el corazón de Evangelina, hubiera podido echar por tierra todos sus planes.

La inocente niña creyó haberle herido con demasiada crueldad, y estrechó sus manos llorando sin consuelo.

—¡Perdóname, por Dios! exclamó: ahora daría mi vida

por haberte evitado el dolor que deben haberte causado mis palabras; pero era forzoso que supieras el motivo en que se funda la oposicion de mi familia!

Octavio levantó la cabeza: su hermosa boca estaba entreabierta por una amarga sonrisa, y su mirada era tan triste y dolorosa, que quebrantaba el corazon.

Mas de súbito animó la fisonomía del conde una espression de reconocimiento.

—No, Evangelina, no; dijo apretando la mano de la jóven; la revelacion que acabas de hacerme, ha sido un bien para mí; vale mas que haya sabido la verdad para que pueda hablarte con la franqueza y sinceridad del hombre honrado... mi vida se ha deslizado en el torbellino del mundo qué ha consumido una gran parte de mis riquezas; el resto de mi caudal, prosiguió bajando la voz, como si esta confesion afectase profundamente su delicadeza, el resto de mi caudal ha servido para favorecer á ingratos que se decian mis amigos mientras viví en la opulencia, y que me abandonaron cuando me hubieron despojado hasta de la fé del corazon. Desesperado huí del mundo, y vine á sepultarme en el fondo de esta aldea, resignado á morir ya que no con la tranquilidad del justo, al menos léjos de los hombres que llenaron de hiel mi alma.

El conde sostuvo su frente como agobiada por sus tris-tísimas memorias, mientras Evangelina juntaba sus manos con una espression adorable de pasion y de candoroso

asombro.

—Pero desde el momento que te ví, prosiguió Octavio, advertí que la paz renacia en mi alma, y que se abría ante mi vista un porvenir risueño y lleno de ventura; mi pecho, destrozado por largos y crueles desengaños, recobra á tu lado la calma, y en tí veo ahora, mi adorada Evangelina, el ángel de salvacion que Dios me envia para librarme de los tormentos del infierno á los cuales me condenó la fatalidad.

—¡Octavio! tartamudeó la inocente Evangelina enjugándose las lágrimas que bañaban sus mejillas.

—Mira, bien mio, continuó el conde que veía en el enternecimiento de la jóven, una ocasion favorable que debia explotar en su provecho. Mira, Evangelina, tu amor fortalece mi espíritu y hace renacer en mí la afición al trabajo; yo trabajaré dia y noche para tí, y te prometo, si no la opulenta suerte que podia haberte ofrecido hace dos años, al menos una medianía tranquila, que mi cariño convertirá en un encantado paraiso.

—¡Oh, Dios mio! gritó Evangelina elevando al cielo sus azulados ojos con inefable gratitud; ¡gracias, gracias por haberme hecho rico!...

—¡Qué... qué dices!... exclamó el conde aparentando la mas refinada sorpresa: ¿tú eres rica?

—Sí, sí! ¡muy rico y por lo tanto no debe apurarte nuestra suerte futura.

—¡Ay! ¡Desdichado de mí! murmuró Octavio levan-

tándose y ocultando con las manos su semblante.

— Cuando las separó dejó ver sus facciones alteradas con tan intenso dolor, que la jóven retrocedió asustada.

— Ahora comprendo que es forzoso separarnos, Evangelina, dijo con voz ahogada y temblorosa; tu familia tiene razon... no debes casarte conmigo... no... porque yo soy pobre!...

Un ahogado sollozo pareció desgarrar la garganta del conde; no obstante, el que hubiera podido contemplar el sombrío fondo de su alma, hubiera visto rielar en él un rayo de gozo.

— ¡Adios, sueños de ventura, prosiguió: adios, Evangelina!... ¡hoy me alejaré de tí para siempre... y la muertel!...

— ¡Qué dices! ¿Morir? Octavio, ¡no me condenes á tan cruel martirio!...

— Yo no debo aspirar...

— ¡Pero es que yo te amo, te adoro, Octavio!...

— ¡Será posible!... Cielo santo, ya que me has arrebatado mi fortuna, ¿por qué me arrebatas tambien el dulce consuelo de trabajar por este ángel?...

— ¡Pero si yo quiero salvarte de la pobreza!... Octavio, ¡yo no consentiré en separarme ya de tí, ahora que sé que eres desgraciado!... Yo te creía rico y feliz y si esto hubiera sido verdad, quizá el agradecimiento que debo á mi familia hubiera sofocado el amor que te tengo, pero al saber que sufres, nada ni nadie me separará de tu lado...

sí, sí, Octavio, á todo estoy pronta.

Un rayo de alegría iluminó los negros ojos del conde; mas la inocente niña no pudo columbrarle y solo leyó en ellos la espresion del dolor mas amargo.

—¡Imposible! exclamó con vehemencia: ¡imposible, Evangelina! ¡antes morir mil veces que esponerme á los insultos de tu familia, de la sociedad entera!

—¡Pero qué! ¿acaso no tienes en nada á mi amor? ¿No has oido, Octavio, que te he dicho que te adoro?... observó la jóven con un acento de angélica ternura que hubiera conmovido el alma mas endurecida.

Octavio para dar mas apariencia de verdad á sus postizas emociones, se habia levantado, como hemos indicado: Evangelina se habia puesto tambien en pié y tenia cogidas sus manos mirándole con espresion de amoroso y lastimero ruego.

Al oir las postreras palabras de la jóven, el conde la contempló durante algunos segundos; como si vacilase ante aquella amorosa súplica. De repente fijó sus ojos en el fondo del jardin y exclamó:

—¡El jardinero se acerca! ¡Adios, Evangelina!

—Pero no me dejes sin asegurarme que renuncias á morir.

—¿Y me amarás siempre? la preguntó Octavio.

—Sí.

—¿Y te decidirás á unir tu suerte á la mia?

—Sí... balbuceó la pobre niña con los ojos arrasados

de lágrimas y despues de hacer un heróico esfuerzo.

Las facciones de Octavio retrataron entonces la lucha desesperada que al parecer tenia lugar en su alma; luego miró de nuevo al jardín y exclamó con voz sofocada y como cediendo á un impulso irresistible:

—Pues bien, tu amor ha vencido, Evangelina; Roberto te entregará mas tarde una carta mia; por ahora temo que nos sorprendan; procura volver pronto á la quinta; ¡adiós!

En seguida besó la mano de la jóven y se separó de ella precipitadamente.

Evangelina se internó en el jardín; pero no encontró al jardinero y creyó que se habria alejado sin ver á Octavio.

Entre tanto el conde se dirigió al tronco del árbol que estaba próximo á la tapia y desató de él á un brioso potro cordobés sobre el cual montó con ligereza.

Entonces dejó escapar una estrepitosa carcajada, y exclamó con un acento de alegría imposible de pintar:

—¡He triunfado!... ¡Esta noche la deposito y mañana será mi esposa!... ¡Mañana tambien se abrirán de nuevo para mí el mundo y sus placeres!

Esto diciendo dió un latigazo á su fogoso corcel, que tascó el freno y partió como un relámpago con direccion á la aldea, envolviéndose en una densa nube de polvo.

Al salir del caserío para regresar á su casa en compa-

ña de Adoracion y don Anselmo, vió Evangelina abierta todavía la puerta del bosquecillo.

Los ojos de la jóven se fijaron en el sitio en que habia encontrado á Octavio; las flores que habia cogido para su tia y que en su sorpresa al ver al conde se habian escapado de sus manos, yacian en el suelo marchitas ya y descoloridas.

Evangelina con ese instinto fatalista de todas las almas tiernas, se estremeció sin comprender la causa, al ver abandonado al pobre ramo; pero bien pronto el entusiasmo ocupó de nuevo su alma ardiente y generosa.

—¡Yo le salvaré de la pobreza! ¡Yo le haré feliz! murmuró. ¡Gracias, Dios mio, por haberme dado para él riquezas y amor!

Mas al doblar el sendero, no pudo menos de volver la cabeza para dirigir una última mirada á las pobres flores. ¡Ay! aquel ramo marchito era el emblema de sus esperanzas, y por eso tenia para ella esa invencible atraccion que ejerce en los mortales cuanto constituye la imágen de su destino!

X.

A los pocos instantes de llegar á la quinta, se hallaban Evangelina y Adoracion en el cuarto de la primera para dar leccion de música; la jóven huérfana que habia logrado hacerse una profesora consumada en tan divino

arte, se constituyó en maestra de su prima, del mismo modo que de todas las labores propias de su sexo.

—Siéntate al piano, Adoracion, dijo Evangelina, mientras voy á la sala de labor á buscar tu bordado para componerlo.

La niña se arrojó al cuello de su prima, y la besó mil veces con los ojos arrasados en llanto.

—¡Dios mio, qué buena eres, Evangelina, y yo que mala! exclamó despues enjugándose con su pañuelo las lágrimas: ¡siempre estoy causándote pesares, y tú nunca te quejas!... ¡mira, continuó, creo que si algun dia te separas de mí, me voy á morir de penal!...

La jóven volvió á otro lado la cabeza para ocultar á los ojos de Adoracion una gruesa lágrima que temblaba en la rizada franja de sus pestañas; acababa de recibir una carta de Octavio en la cual le decia que estaba decidido á que su enlace se verificase muy pronto, y que en el término de aquel dia, ó lograba su mano por el consentimiento de su familia, ó debia abandonar la casa de su tia, para ponerse ambos bajo el amparo de las leyes.

—Acércate por Dios al piano, dijo haciendo un penoso esfuerzo para serenarse: si mi tia no te oye, estrañará que no estudies hoy, y entrará á indagar la causa.

Al concluir de pronunciar estas palabras, salió del aposento presurosa, y se dirigió á la sala de labor para dar libre curso á su llanto.

Sus ojos se estendieron melancólicamente por el jar-

din, y acariciaron á cada uno de sus árboles, de sus flores; luego se elevaron al cielo, y dos raudales de lágrimas inundaron sus mejillas.

—¡Oh, Dios mio! exclamó: estas son las horas postreras que paso en esta casa, asilo tranquilo y hospitalario de mi infancia! ¡cuando la noche tienda sus sombras, dejaré de verle para siempre!

Una súbita reflexion la hizo levantar estremecida; en la carta que Roberto la habia entregado, la advertia Octavio que no faltase á las seis en la verja del jardin, donde él mismo pondria en sus manos otro billete, participándole el resultado de su peticion, y su resolucion definitiva. ¡Ay! la pobre Evangelina sabia demasiado bien cuál seria el éxito y la resolucion que debia seguirle, y por eso se despedia con tanto dolor de los árboles y de las flores de su jardin!

Tomó al fin la caja que contenia el bordado, y se dirigió á su cuarto, donde Adoracion sentada al piano, repasaba una cancion francesa. Evangalina acercó una silla á la ventana, y se sentó, empezando á zurcir con el mayor esmero las heridas que habian hecho las tijeras en la batista.

Aquella ocupacion, volvió á traer el llanto á sus ojos; ¡era el postrer servicio que prestaba á aquella niña que tanto la amaba, y á quien ella queria con tanta ternura! ¿quién la libraria en adelante de la cólera materna? ¿con quien jugaria, con quien habia de charlar ya la pobre

Adoracion? Evangelina era tambien casi una niña, y su corazon juvenil se oprimió dolorosamente al pensar en que iba á separarse de la compañera de su infancia, y quizás para no volver á verla jamás.

El ruido que produjo la puerta al abrirse, la sacó de sus tristes meditaciones, y se apresuró á enjugar sus lágrimas; pero tembló y quiso ocultar presurosa el bordado que tenia en las manos, al ver que la persona que apareció en el umbral era su tia, cuya penetrante mirada se fijó con preferencia en los ojos enrojecidos de la jóven; sentóse enfrente, ocupando el otro lado de la ventana, y antes que Evangelina pudiese cubrir la batista con su pañuelo, la tomó en la mano mirándola con atencion.

—¡Ya tenemos otra gracia de la señorita! dijo fijando una severa mirada sobre la pobre Adoracion, que trémula y confundida, habia dejado de tocar; si yo lo hubiera sabido antes, ya te hubiera dejado ir á paseo esta tarde; pero no importa, yo sabré poner coto á tus descuidos.

—¡Tia mia!... Se atrevió á murmurar Evangelina.

—¡Mamá! Esclamó la culpable con voz afligida y juntando las manos, ¡perdóname! Se me cayeron sin querer las tijeras y...

—¡Basta! Interrumpió severamente doña Catalina. Vaya usted á encerrarse en su cuarto, señorita, y hasta que yo la mande salir, permanezca en él.

Adoracion bajó la cabeza, y humilde como un corde-rillo, fué llorando á cumplir la penitencia que su madre

la habia impuesto.

Cuando hubo desaparecido, clavó la señora de Sandoval sus grandes ojos negros en el semblante de su sobrina, que seguia trabajando para ocultar las huellas de su reciente llanto, y la contempló en silencio durante algunos segundos.

—Tu has llorado demasiado hoy, Evangelina, para que puedas trabajar, dijo desprendiendo el bordado de las manos la jóven; deja la labor, y escucha, porque es muy importante lo que tengo que decirte.

—Hable usted, tia mia, murmuró Evangelina con voz trémula, porque el instinto de su corazon la anunciaba con harta claridad lo que doña Catalina queria decirle.

Esta se levantó, fué á cerrar la puerta, y volviendo á sentarse enfrente de su sobrina tomó una de sus manos.

—Tú sabes hija mia, dijo con el acento grave y dulce que le era habitual, tu sabes cuanto te amo, y hasta que extremo me intereso por tu felicidad; desde que perdiste á los autores de tus dias decidí ser para tí una buena madre, y á tu conciencia apelo para que digas si he cumplido bien exactamente los deberes de tal.

—¡Oh sí, usted ha sido para mí la mejor y mas cariñosa de las madres! exclamó la jóven besando con efusion la mano de su tia.

—Tu por tu parte, hija mia, has sido tambien la mejor y mas cariñosa de las hijas, la hermana mas dulce y tierna de Víctor y de Adoracion; tu has sido mi orgullo

y mi delicia, hasta el día, en que un ser arrojado de la sociedad, se atravesó en tu camino, y robó á tu familia el cariño que la debes...

Los ojos de la señora de Sandoval, lanzaron al decir estas palabras una mirada de enojo á la pobre niña, que llorando desconsoladamente, solo pudo murmurar:

—¡Oh no, tía mia! yo les amo á todos como siempre!

—Mi objeto, ahora repuso doña Catalina, es precisamente el convencerme de ello; vengo á rogarte, Evangelina, en nombre del amor que nos debes á mis hijos y á mi, que olvides á un hombre indigno de poseerte, y en el caso de que conozcas que tu corazón es débil contra el poder de su seducción, á notificarte que voy á guardarte en los claustros de un convento, hasta que esa funesta pasión se haya extinguido para siempre, ó al menos, hasta que seas mayor de edad, y puedas obrar con cálculo y reflexión.

Calló la señora de Sandoval, esperando la respuesta de la jóven, pero esta solo podia sollozar amargamente.

Doña Catalina continuó sin soltar la mano que tenia entre las suyas.

—Tu sabes, hija mia, que nada te he dicho jamás del amor leal y noble que has inspirado á Víctor; el mismo, por un efecto natural de su delicadeza, lo ha guardado cuidadosamente en el fondo de su alma al saber que eras rica, y por lo tanto debo suponer que me harás la justicia de creer que al oponerme así á los planes de ese hom-

bre no me guían miras interesadas, y que solo me mueve el anhelo de tu felicidad; reflexiónalo con madurez, Evangelina: yo me he informado por mí misma del hombre á quien vas haciendo dueño de tu corazón, con la irreflexión propia de tu edad, y sé que carece de todo sentimiento noble, que la sociedad lo ha arrojado de su seno, y que solo anhela engañar tu inesperienza para evitar con tu fortuna la miseria que le amenaza, y que es el justo castigo de una vida de desórdenes.

En cuanto á mi hijo, Dios sabe que mi mas ferviente deseo era unirte á él, si hubieras seguido siendo pobre y desvalida como lo eras cuando yo te abrí mis brazos! pero tu riqueza puso una barrera entre los dos, barrera que luego ha hecho insuperables tu malhadada pasión!

La señora de Sandoval, pasó su pañuelo por sus ojos humedecidos: su corazón de madre se desgarraba al pensar en la dicha que su hijo perdía, y quizás este pensamiento tenia no pequeña parte en su aversión hácia el conde.

En aquel momento, dieron un golpecito á la puerta, señal que anunciaba siempre á la tía Damiana, y un instante despues entró esta con un carta en la mano.

—Acaba de traerla, dijo, ese criado de la Casa Verde, que lleva una chaqueta con faldones, y pantalón negro, como don Anselmo cuando va á misa mayor.

Doña Catalina tomó la carta con mano temblorosa, dirigiendo á Evangelina una mirada profunda.

—Dice que su amo espera la contestacion antes de la noche, añadió la tia Damiana, saliendo del cuarto, y cerrando la puerta tras sí.

La señora de Sandoval, pasaba ya sus ojos por la carta que estaba escrita en elegante y perfumado papel; á medida que iba leyendo, contraia sus labios una sonrisa de desprecio, que daba á su semblante una espresion muy marcada de desdeñoso triunfo.

En aquella carta se la pedia la mano de Evangelina en los términos mas delicados y espresivos.

—Léela tú, dijo al concluir presentándola á la jóven, que la recorrió maquinalmente con estraviados ojos.

—Voy á contestar, añadió doña Catalina recogiéndola de manos de Evangelina, cuando esta hubo concluido, y sentándose delante de un pequeño velador, encima del cual habia un sencillo pero elegante recado de escribir de porcelana, para el uso de la jóven.

Y con mano rápida, trazó las líneas siguientes:

«Señor conde de San Telmo: No puedo acceder á la »*súplica* de usted concediéndole la mano de mi sobrina, »por tener acerca de ella otras miras que creo conveniente »reservarme.

»Soy, señor conde, de usted atenta servidora:—Catalina Rivera de Sandoval.»

Cerró en seguida la carta: la puso el sobre escrito, y agitó la campanilla, cuyo sonido atrajo á la tia Damiana.

—Que vaya inmediatamente Francisco á llevarla á la

Casa Verde, dijo doña Catalina.

La anciana salió con tanta velocidad como sus piernas la permitían, y la señora de Sandoval contempló un instante con una mirada de compasión á Evangelina, que lloraba silenciosamente.

—Consuélate, hija mia, dijo enjugándola las lágrimas, con su pañuelo, y besándola con cariño, yo te ayudaré á vencer ese fatal amor.

Doña Catalina dejó sola á la pobre niña, que cayó de rodillas ante una imagen del Crucificado, pidiéndole valor para el amargo trance que la aguardaba.

XI.

Eran las ocho de la noche, y se hallaban reunidos en el salon de la Casa Blanca que ya conocemos, la señora Sandoval, Evangelina, don Anselmo y Víctor. Adoracion seguía reclusa en su cuarto.

Doña Catalina y don Anselmo jugaban al tute; la jóven bordaba en su tapicería y Víctor leía una novela de Jorge Sand, alzando frecuentemente la cabeza para mirar la rubia y hermosa de su prima.

Al oír la primera campanada de la hora, dejó Evangelina su bordado, y salió de la sala siguiéndola Víctor con una mirada llena de amor.

La jóven pidió una luz á la tia Damiana, y se dirigió á su cuarto; una vez allí, se dejó caer en un sillón de cer-

da oscura que estaba colocado delante de la mesa de su tocador, y dió rienda suelta á su llanto. Mas la pobre niña hacia ya tantas horas que lloraba sin intermision, que bien pronto la fuerza misma del dolor secó sus ojos.

Su doliente mirada recorrió uno por uno todos los objetos que la rodeaban ; su lecho cerrado y cubierto por blancas cortinas; la mesita de altar colocada junto á él, que sostenia un crucifijo de yeso, una vírgen de madera, dos vasos con flores silvestres, únicas que brotan en febrero, y los libros devotos donde rezaba sus oraciones de mañana y noche; luego miró su tocador guarnecido de cortinas de gasa bordadas por su mano; los cuadros que ella habia dibujado; su piano cargado de la música que ella preferia; su pequeño bufete, regalo de don Anselmo, donde este la habia enseñado á traducir el francés; su velador, que sostenia un lindo almuerzo de china, regalo de su tia, y por último, su canario dormido en su jaula dorada, y objeto de su mas tierna predileccion.

Para cada uno de aquellos objetos tuvieron su corazon y sus lábios un tierno adios: luego, como si desease cobrar valor, sacó de su seno una carta que leyó rápidamente; era la que Roberto la habia entregado á las seis de aquella tarde, y en la cual la participaba el conde que á las ocho de la noche irian los representantes de la ley á sustraerla de la tiranía de su familia. Octavio, con ese tacto exquisito del hombre de mundo, la daba valor y la prometia una vida entera de felicidad y de ternura ili-

mitada.

La lectura de esta carta reanimó en efecto el ánimo abatido de la jóven; entró en su alcoba y cambió su traje blanco por otro de seda negro, envolviéndose en una manteleta, para ver si desaparecía el temblor que agitaba todos sus miembros, y que ella creía efecto de frio, aunque no era otra cosa que una violenta convulsion nerviosa, producida por los dolorosos combates de aquel dia.

No bien habia concluido de vestirse, sintió abrir suavemente la puerta, y la linda figura de Adoracion apareció en el umbral.

—Te he oido aquí, Evangelina, y vengo á darte un beso antes de acostarme, dijo abrazando á su prima; pero como en aquel instante se aperciese del traje que llevaba Evangelina, añadió:

—¡Dios mío! ¿á dónde vas?

La jóven por toda respuesta, sentó en sus rodillas á la inocente reclusa, y besó sus cabellos y su frente.

—¡Ah, lloras! ¿qué tienes? ¿no quieres decírmelo? vamos, ¡por Dios, dime lo que te pasa!... ¡me das tanta penal...

Y Adoracion pasó una punta de la manteleta de su prima por sus ojos preñados de lágrimas.

En aquel instante se oyó el rumor de un coche, que cesó al pararse á la puerta de la quinta. Evangelina se levantó, y estrechó en sus brazos á la pobre niña que lloraba.

El estruendo que produjo la puerta al abrirse, hizo alzar á entrambas la cabeza, y vieron en ella á Víctor, pálido y tembloroso, y á doña Catalina, cuyo rostro pintaba la indignacion mas viva.

Mas al encontrar á Evangelina vestida de negro, toda la cólera de la señora de Sandoval cedió ante un dolor inmenso; rompió á llorar amargamente, y se dejó caer sobre una silla exclamando:

—¡Con que es verdad!...

—¡Perdóneme usted!... ¡oh! ¡perdon, tia mia!... exclamó la jóven cayendo de rodillas á los piés de la acongojada señora, y besándola las manos, que ella no pensaba en retirar: ¡perdon si no he podido vencer este amor mas fuerte que mi voluntad!...

Despues se acercó á Víctor con mayor firmeza, y se arrojó en sus brazos, mientras que Adoracion, ignorante de lo que aquello significaba, la miraba atónita.

Pero cuando Evangelina la oprimió contra su seno murmurando entre sollozos la palabra *judios!* un rayo de luz iluminó su imaginacion infantil, y al salir la jóven, se lanzó en pos de ella, gritando entre gemidos:

—¡Evangelina, Evangelina, no te vayas!... ¡no te separes de nuestro lado! ¡yo seré buena!... ¡sí, seré muy buena, para no darte mas pesares!... ¡vuelve por Dios!...

Doña Catalina que con Víctor habia seguido á la afligida niña, recogió á esta en sus brazos. Evangelina clavó en aquel grupo desolado una mirada de ternura y de do-

lor, y subió al coche acompañada de un juez y de un escribano, que iban á depositarla en un convento de Pamplona hasta el día de su casamiento.

Cuando el coche próximo á desaparecer salia de la aldea, doña Catalina y sus hijos alzaron al cielo una mirada ardiente, como para recomendarle la suerte de la ingrata que les abandonaba.

—¡Dios mio! ¡protegedla! exclamó la señora de Sandoval.

—¡Virgen santísima, que vuelva pronto! gritó Adoracion llorando, y elevando al cielo sus manos juntas con un ademán sublime de inocente y fervoroso ruego.

—¡Adios para siempre, sueños de felicidad! murmuró Víctor doblando su cabeza sobre el pecho, con amargo y profundo abatimiento.

Y el carruaje se perdió entre las tinieblas de la noche.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

La Dama del Gran mundo.

¡Ay, que en la sociedad cada hora
abre una tumba y hace verter una lá-
grima!

(CHATEAUBRIAND.—Renato.)

I.

En un suntuoso gabinete, y á eso de las diez de una noche de enero de 1844, se encontraban un lacayo vestido con calzon corto, media blanca de seda, zapato con hebilla, y amplio casacon azul galoneado de oro, y una linda jóven que, á juzgar por la elegancia de su traje parecia una gran señora; pero que hasta el observador mas topo hubiera dicho que era una camarera al reparar en el pequeño delantal que llevaba, de raso color de cereza, guarnecido de encaje negro.

Nada mas hermoso y aristocrático que aquel gabinete: las paredes vestidas de una tela de raso azul de cielo, recamada de diminutas flores de un azul mas oscuro, ar-

monizaban perfectamente con la sillería del mismo color, y con la alfombra blanca con flores azules; de igual género eran las cortinas, que caían recogidas con gruesos cordones delante del balcón, y la pesada *portière*, que cubría la puerta.

Una soberbia luna de Venecia, engastada en un grandioso marco de nácar y plata, y colocada sobre la chimenea de mármol blanco, dejaba aun sitio bastante para una multitud de preciosos juguetes de China, laca y filigrana.

Delante del espejo se veían dos magníficos candelabros de plata, cuyas bugías encendía el lacayo á la luz de otra que llevaba en la mano; la camarera se hallaba hundida cómodamente en un sillón, que ocupaba uno de los ángulos de la chimenea, donde ardía un alegre y abundante fuego.

Era linda, coqueta y avispada; es decir, el tipo de la camarera de una dama de gran tono; llevaba un vestido de seda listado, color de naranja y negro: un ancho cuello bordado, mangas correspondientes y el gracioso delantalillo de que ya hemos hecho mención; sus cabellos rubios estaban peinados en bandos, y adornados con dos grandes lazos de terciopelo negro.

El lacayo tenía ese aire hinchado é insolente de los criados de casa grande; era alto, grueso, y el encendido color de su rostro resaltaba con la blancura de su camisa y de su corbata, alta y almidonada como un cartón.

—Vamos, vamos, Paulina, muévase usted de ese sillón, dijo, cuando empezó á encender la penúltima bugía; el señor va á venir, y además tiene usted que ir á preparar el tocador de la señora.

—¿A venir? exclamó la jóven soltando una carcajada; si espera al señor conde, Andrés, ya puede usted echarse á dormir hasta que amanezca.

—Digo que el señor conde va á venir á buscar á la señora para ir al baile de la embajada de Francia.

—Pues será cosa nueva que ahora salgan juntos, cuando hace tanto tiempo que cada uno se va por su lado!... A los seis meses de casados se declararon los señores en un estado de completa independencia, y desde entonces hacen los dos lo que mejor les parece, sin pedirse cuenta de sus acciones. ¡Ay! por desgracia, lo que mejor ha parecido á la señora, ha sido encerrarse en casa y morir de tristeza!

—Y yo digo, repuso Andrés, que á todas esas señoras que las dá por hacerse las mogigatas, por rezar y por no disfrutar de los bienes que Dios las da con mano larga, se las está muy bien el abandono de sus maridos, y el que estos vayan á buscar en casa agena la alegría que no pueden encontrar en la suya.

—Calle, Andrés, calle usted, exclamó Paulina, cuya risueña fisonomía se entristeció de repente; no sabe usted, como yo, la vida que lleva el señor conde.

—Usted, Paulina, cree á ojos cerrados todo cuanto le

dice ese fátuo de Roberto, que hace alarde de saber todas sus acciones, solo porque es ayuda de cámara del señor.

—Roberto no dice á nadie una palabra mas que á mí, y eso porque yo... ya sabe usted...

—Sí, ya sé que es usted su novia, y que...

—Pues bien, dijo Paulina cortando de pronto la palabra á Andrés; de todos modos, yo le aseguro á usted para que no la culpe mas, que la señora es un ángel, que el señor conde pasa las noches jugando, y que ya ha puesto sobre un tapete verde la inmensa fortuna de la señora; que trascurren dias y semanas sin que vea á la condesa, porque siempre come fuera ó en su cuarto con sus amigos, y que durante la última enfermedad de la señora, de la cual apenas está convaleciente, ni se ha quedado á verla una sola noche, ni ha entrado siquiera en su gabinete á informarse por sí mismo, como debia, de su salud; esto nadie me lo ha contado, porque lo he visto yo.

—¡Pero si ella es tan triste! Jamás altera el sonido, dulce como una flauta, de su voz, ni pide nada; si se sonrie alguna vez, su sonrisa es tan melancólica que hace mas daño que el llanto; si toca el piano se la caen las lágrimas... vamos, una mujer así es insoportable, no digo á los ojos del señor conde que es muy aficionado al movimiento y á la alegría, sino á los míos, y eso que yo tengo ciertas ideas de tranquilidad y de...

—¡Ay! pero Andrés, ¿qué quiere usted que haga la condesa cuando es tan infeliz? ¿No ha visto morir uno

tras otro á sus dos hijos? ¿no está olvidada, casi abandonada de su esposo? ¿no la ve usted siempre sola, porque hasta la sociedad desdeña su tristeza? ¡Vamos, si... no hay en todo Madrid una mujer mas desgraciada!

—Y sin embargo, dijo Andrés que se habia quedado meditabundo; era rica y es hermosa como un ángel... ¿qué la faltaba, pues, para ser dichosa? Si han muerto sus hijos, otros padres los pierden tambien y no se desconsuelan así... y luego, para verlos llegar á menos... porque en verdad se comprende que esta casa está arruinada. A mí ya me deben un año de salarios.

—A mí me deben mas; y esto es lo de menos monta; todos los dias están viniendo de casa de Lhardy, del café Suizo, y de todos los teatros á pedir los abonos de no sé cuanto tiempo; pues ahí es nada el tapicero, el sastre, el sombrerero y el perfumista!... hacen una senda de ir y venir!

—Mas ¿para donde y para quién son los muebles, cuyo valor reclama el tapicero? Porque en esta casa no han entrado.

—¿Quién sabe para donde serán! Roberto, aunque debe saberlo, nada me ha dicho de eso; pero me voy á prevenir el tocador de la señora. ¡Ay, Dios mio! Cuando pienso que hace ya tres horas que permanece encerrada en el cuarto de sus hijos!...

—En fin, dejemos correr el tiempo, dijo Andrés disponiéndose á salir; por mi parte, si antes de un mes no

me pagan, cito en justicia al señor, porque yo... ¡que demontre!... si sirvo no es por afición, es porque no tengo dinero; si lo tuviera... lejos de ser lacayo, buscaría criados que me pusieran los pantalones y me sacaran las botas, y...

Paulina lanzó un suspiro y salió del gabinete con Andrés que seguía refunfuñando entre dientes.

II.

Un instante después entró Evangelina en la estancia que acabamos de describir en el artículo anterior; llevaba una bata de cachemira azul bordada con trencillas negras de seda, que permitía ver debajo otra blanca interior, ricamente bordada y guarnecida de encages. Sus espesos cabellos rubios, sencillamente recogidos, no ostentaban adorno alguno, y sus piececillos estaban abrigados en unas chinelas de terciopelo azul como la bata.

Dejóse caer con desaliento en el sillón colocado á la izquierda de la chimenea, y fijó sus ojos, enrojecidos de llorar, en la brillante lumbre, apoyando su mano en la mejilla y el codo en el brazo del sillón.

Como había dicho Paulina, la condesa venía de la habitación que habían ocupado sus hijos, y en la cual iba á encerrarse cada día tres ó cuatro horas; la desdichada jóven al perder todas las ilusiones que la habían unido al conde, se había acogido al amor de sus hijos, como á

su único consuelo; dos años tenia el uno y tres el otro, cuando una fiebre maligna arrebató á entrambos y en el término de un mes, del regazo de su madre.

La infeliz sintió que su corazón se despedazaba en su pecho y que el mundo entero se cubria á sus ojos de un denso crespon; durante muchos meses permaneció encerrada en el aposento que habian ocupado, porque así como otras madres que han perdido á sus hijos, huyen de todo cuanto puede recordárselos, Evangelina, por el contrario, buscaba en su dolor y en su aislamiento cuanto pudiera traerlos á su memoria.

La venda fatal que la cegó hasta el extremo de abandonar á la familia protectora que habia amparado su desvalida infancia, habia caido de sus ojos harto pronto para su desventura; no hacia dos meses que estaba casada cuando vió claramente que solo su inmensa fortuna movió á Octavio á hacerla condesa, porque entonces empezó el conde á mostrarse con ella indiferente y frio, á pasar los dias enteros sin verla, y poco despues tuvo ocasion de convencerse Evangelina de que su marido volvía á su casa cuando la luz del alba reemplazaba á las tinieblas de la noche.

El nacimiento de su primer hijo fué completamente indiferente al conde. Habiendo Evangelina manifestado deseos de criarle, no opuso á ello ninguna objecion, ni aun quizás oyó las palabras que pronunció; pero la salud de la jóven se arruinó, haciéndose á la vez ridícula á los

ojos de las damas de gran tono que miran como una cosa degradante el sagrado deber de criar á sus hijos.

Las nuevas obligaciones que su condicion de madre la imponia, retuvieron á Evangelina en su casa, y su esposo aprovechó muy contento esta ocasion para emanciparse enteramente de su lado; su antigua pasion al juego habia vuelto á renacer con mas fuerza que nunca, y el dote que Evangelina aportó en metálico, tan religiosamente conservado por su tia, pasó muy pronto á manos de los mas desenfrenados tahures.

Perdida su última onza en un desgraciado *entrés*, procedió el conde acto contínuo á la venta de la quinta y de las tierras de Navarra, y consumido su importe en menos de un año, enagenó una de las dos casas que la jóven poseia en Madrid, quedando por vender únicamente ya la que habitaban situada junto al Prado en la calle de Atocha, y mas grande y suntuosa que la otra.

La condesa soportó con angélica mansedumbre la destruccion de su fortuna. Bien hubiera querido su esposo ocultársela al principio; pero como para la venta de las fincas era indispensable su firma no tuvo reparo en pedírsela, ni tampoco en darla á entender al mismo tiempo que no debia replicar una palabra.

¡Feliz hubiera sido Evangelina, si aun á tanto precio hubiera podido comprar la paz doméstica y la ternura de su marido! Pero lejos de eso, cada dia le veia volver mas iracundo, mas duro é intratable. Si Evangelina se acer-

caba al conde, y le dirigia algunas frases llenas de dulzura, la volvía este la espalda sin contestar; si al ver sus accesos coléricos lloraba amedrantada, la insultaba con mil apodos ofensivos, entre los que no se descuidaba en mezclar la palabra *aldeana*; si la encontraba bordando, la preguntaba que cuando dejaria sus hábitos de incorregible lugareña por los de la alta clase, á la cual se habia dignado elevarla; si la sorprendía rezando, se reía á carcajadas de sus *ridículas beaterias*, como él las llamaba.

Para aquel hombre gastado por el abuso de todos los placeres, depravado por la sociedad de mujeres sin pudor, no tenían encanto alguno la belleza, la gracia, la dulzura de la pobre Evangelina. La sencillez de sus gustos le irritaba; la modestia de sus ademanes y de sus palabras en presencia de sus calaveras amigos le humillaba cruelmente; y es seguro que, á ser la jóven coqueta, atrevida y *mujer de moda*, en la verdadera acepcion de esta palabra, hubiérala concedido alguna consideracion por temor al escándalo, ya que en su corazon seco no podia tener entrada el amor.

Sin embargo, Evangelina le amaba con pasion; en su cándida ignorancia creía que aquella vida, que aquel desórden, era muy propio y natural de un gran señor, y que las groseras chanzas y los duros modales de su marido eran efecto de su carácter algo violento. Distraíase de los pesares que esto la causaba ejerciendo obras de ca-

ridad, cuidando del único hijo que entonces tenía y conversando con el joven doctor Luis, que continuaba siendo el médico de la casa y que compadecía profundamente la suerte de la desdichada condesa.

Esta acabó por fin de criar á su hijo, y un año despues Dios la concedió otro; mas para amamantarle hubo necesidad de buscar una nodriza, porque la salud de Evangelina estaba horrorosamente destruida.

El nacimiento de este segundo niño fué para el conde tan indiferente como el del primero; y casi podria asegurarse que aun despues de haber cumplido dos años, todavía no podia decir cuál era el color de sus ojos.

Cuando murieron los dos niños, conoció Evangelina quien era el hombre al cual se habia unido; el dia que voló al cielo el primero se encontraba el conde de caza; y al volver y recibir la noticia de boca de Roberto, se encogió de hombros, y comenzó á cantar el ária de *Polion*, que llegó á los oidos de la desgraciada madre en medio de los sollozos convulsivos que desgarraban su pecho.

Durante los dias que mediaron entre la muerte de sus dos hijos, Evangelina no salió de la habitacion que ellos ocupaban; recibió en sus labios el último suspiro del segundo, como habia recibido el postrer aliento del mayor; pálida y yerta pero animada de un valor sobrenatural, asistió á la agonía de entrambos, sin permitir que nadie la robase un solo beso, una sola mirada; mas cuando el

segundo niño cerró para siempre los ojos á la luz como su hermano, Evangelina cayó desplomada en el suelo, rendida á un desmayo mortal.

Al mismo tiempo el conde subia en su cupé y se dirigia al trote airoso de sus briosas yeguas tordas á una brillante *soirée*.

Cuando volvió en sí Evangelina se encontró en su lecho; el doctor Luis tenia entre las suyas una de sus manos, y á poca distancia un anciano preparaba sobre un velador una bebida calmante; la jóven pensó que su razon se habia extraviado al fijar sus ojos en aquel hombre, pues creyó reconocer en él á don Anselmo, el amigo de su niñez, el honrado padre de Luis, á quien habia dejado en su aldea.

Mas al aproximársela con la bebida, al sentirse abrazar por él, y oir que la llamaba, como otras veces, *su querida niña*, no la quedó ya duda, y las lágrimas que derramó en su seno fueron las primeras consoladoras que vertió desde la enfermedad de sus dos hijos.

En cuanto al buen boticario, no se cansaba de mirarla y de prestarla consuelos: Luis, al comprender que el fin del último hijo de Evangelina estaba muy cercano, y compadecido del aislamiento y soledad en que su muerte debia dejar á la pobre jóven, llamó á su padre para que su presencia y los serenos recuerdos que debia despertar en el ánimo de la condesa, fuesen un lenitivo al dolor que podia poner en riesgo su vida.

La inconsolable madre sufrió, en efecto, una larga y penosa enfermedad. Su marido, no obstante, ni siquiera aparentó apercibirse de ello, y siguió entregado á su vida disipada.

Luis y su padre rescataron la vida de Evangelina; pero el amor que esta habia profesado á su esposo murió en su corazon, porque era demasiado noble para sentir otra cosa que desprecio hácia el ser degradado al cual habia unido su destino.

La condesa se informó con ánsia de todo lo concerniente á su familia. Víctor habia marchado á París; doña Catalina y Adoracion, que ya contaba diez y ocho años, seguan en Aybar con el tío Francisco y la tía Damiana; pero la señora de Sandoval tenia el propósito de pasar á establecerse en Madrid antes de concluirse el invierno, por exigirlo así el porvenir de su hija.

Evangelina escuchó con ánsia cuanto concernia á su tía y á sus primos. Al oír pintar al buen don Anselmo la belleza de Adoracion, su lánguido rostro se animó con una espresion de dicha; pero rompió á llorar amargamente, cuando la dijo que no habia podido informar de su suerte á doña Catalina, porque habia prohibido que la nombrasen á su sobrina.

—En cambio, añadió el anciano, para tranquilizar en lo posible á la condesa, en cambio, me desquito con Adoracion, á la cual escribo largas y frecuentes cartas que solo hablan de mi querida niña Evangelina.

III.

La condesa de San Telmo permaneció largo rato en la actitud melancólica en que quedó en el sillón mientras nos hemos detenido á esplicar, aunque muy someramente, todos los dolores que habian lacerado su corazón desde que dejó su feliz aldea.

Dieron las once en el reloj de San Juan de Dios, y un momento despues paró un coche á la puerta del palacio del conde de San Telmo; el portero agitó con fuerza el cordón de una campana, y acto continuo acudió Roberto presuroso á abrir á su señor la puerta de la escalera.

No tardó en oirse la voz melodiosa del conde que cantaba una de sus arietas favoritas; arrojó á su ayuda de cámara el gaban y el sombrero y entró en el gabinete, yendo á tenderse en el diván, sobre el cual comenzó á llevar con los piés el compás de su canción.

Solo entonces reparó en su esposa, que sumergida de nuevo en sus cavilaciones, habia vuelto á su postura triste y doliente.

—¡Holal ¿Estabas, ahí querida? dijo Octavio sin mirarla casi; ¿supongo que ya estarás vestida?

—¿Para qué? Preguntó la condesa algo admirada.

—¡Toma! ¡Ahora salimos con eso!... Para ir conmigo á la embajada de Francia.

—Nada me habias dicho, Octavio.

—¿Cómo no, si ya lo saben *todos mis criados?*... ¡Ah! ¡Por vida' mia! apuesto que esta noche tienen los bribones un solemne té.

—Aun cuando lo sepan todos tus criados yo no sabia nada hasta ahora, observó dulcemente la condesa.

—¡Bah! Es igual! tal vez se lo diria yo á Roberto y habré vivido despues en la creencia de que te habia hablado de ello; pero, vamos, no pierdas tiempo y corre á vestirtirte porque son las once.

—No tengo nada preparado; como ignoraba...

—¡Dale! ponte cualquiera vestido; por ejemplo, el de gasa blanco guarnecido de perlas...

El conde se detuvo y dándose una palmada en la frente, prosiguió con tono duro é irritado.

—¡Ah! no, no te pongas ese; no me acordaba de que lo llevó Roberto ayer mañana á cierta persona para reintegrarle de 20,000 rs. que la debia; y á propósito, tampoco puedes ponerte diamantes, Evangelina; hace poco me he visto en la precision de llevar al Monte de Piedad el cofrecito de tus joyas para pagar á lord Williams 50,000 reales que me ganó anoche.

La dulce sonrisa de la condesa no desapareció de sus labios al escuchar las palabras de su marido; no obstante, la idea de que la ruina de este debia estar muy próxima, cuando ya jugaba sus vestidos y sus joyas, traspasó su corazón.

—Entonces, dijo apaciblemente, me pondré el vestido

de gasa azul y flores blancas en la cabeza: ¿te parece bien?

—Divinamente... y que pensándolo bien, en la sencillez está el buen gusto; pero anda, date prisa...

—¿No cenas?

—Vengo de hacerlo en casa de Lhardy.

En efecto, el conde y lord Williams acababan de cenarse el resto de los diamantes de Evangelina, que quedó en poder del primero, después de pagar la deuda que había contraído con el segundo.

Evangelina salió del gabinete y el conde la siguió con una mirada de desprecio.

—¡Es tonta! dijo á media voz; por nada se altera, ni nada la hace mal; otra en su lugar se hubiera enfurecido!... y á mi me hubiera ahagado su cólera!... Sí, sí..., ¡dichoso el que tiene una mujer que le hace sentir!...

Y el conde se dirigió á su cuarto de vestir, donde ya le esperaba Roberto.

IV.

Media hora después entraba Octavio en el tocador de su esposa que daba la última mano á su adorno, delante de un soberbio espejo de cuerpo entero.

A pesar de la tinta de tristeza difundida por su semblante, Evangelina estaba encantadora. Un vestido de gasa azul de cielo sobre otro de raso blanco, de escote bajo

y mangas cortas, hacía resaltar la diáfana blancura de su cara; la segunda falda del vestido estaba recogida con ramos de jazmin y rosas blancas, y otro de las mismas flores, aunque mucho mayor, adornaba su pecho.

Sus cabellos dorados, recogidos en gruesas trenzas, ostentaban por todo adorno una rosa blanca medio oculta entre algunas hojas de verde brillante como la esmeralda.

El conde al entrar encendió un cigarro en uno de los candelabros que alumbraban el tocador, y se arrellanó en un sillón; llevaba pantalon y frac negro, chaleco y corbata blanca y en su azulada camisa de batista lucía una riquísima botonadura de diamantes, que egoísta, como lo son casi todos los hombres, había librado del juego ó del Monte de Piedad, mientras no había vacilado en despojar á la condesa de todas sus joyas.

—¿Traigo los diamantes de la señora? Preguntó Paulina, que ayudada de otra jóven, vestía á Evangelina.

—No, contestó esta, sin poder evitar que su fisonomía se cubriese de una nube de tristeza; no me pongo hoy diamantes.

—Pero debo advertir á la señora que no lleva pendientes todavía, se atrevió á observar Paulina.

Un subido carmin coloreó el rostro pálido de la condesa al pensar en el embarazo en que iba á encontrarse delante de sus doncellas; la noche anterior había dejado los pendientes de esmeraldas que habitualmente llevaba en

el cofrecito de nacar donde guardaba sus pedrerías, y habían corrido la propia suerte que todas sus alhajas; durante algunos instantes la infeliz jóven dobló la frente y permaneció silenciosa.

Una idea repentina la hizo alzar la cabeza, y dió animacion á su rostro: tomó entonces una bugía y salió del tocador, dirigiéndose presurosa al cuarto que fué de sus hijos.

Aquel aposento estaba amueblado con sencillez y elegancia; los muebles eran blancos como las colgaduras y la alfombra que cubria el pavimento.

Algunos cuadros, que representaban escenas de la niñez, adornaban las paredes y dos papeleras de limonero ocupaban los dos lados del balcon.

Evangelina sacó de su pecho una llavecita dorada y abrió la de la derecha, clavando sus ojos con profunda tristeza en el fondo del cajon.

Habia en él vestidos de niño de todas clases y hechuras; un sonajero de marfil, rodeado de cascabeles de plata; un perrito de carton; un tambor diminuto y algunos otros juguetes infantiles.

La condesa apoyó llorando sus labios en aquellos objetos, y luego cerró el cajon y abrió la parte superior de la papelera.

Una gran caja de carton fué lo primero que se presentó á su vista: Evangelina la abrió y sacó de ella con religioso cuidado, tres retratos hechos á lapiz.

Uno de ellos representaba las facciones de doña Catalina; otro las de Adoracion, y el tercero las de Víctor.

La pobre Evangelina tuvo todavía para cada uno de ellos un beso y una lágrima; en seguida los colocó respetuosamente á su derecha, y buscó en el fondo de la gran caja de carton.

Poco á poco fueron saliendo:

Un ramillete de flores secas.

Una cinta de color de rosa, que su corderillo habia llevado al cuello.

Un acerico hecho por Adoracion.

Un bolsillito de seda, regalo de doña Catalina.

El gorrito de encage zurcido en mil partes que le habia comprado Víctor con el producto de su primer cuadro.

Tres rizos de pelo, uno castaño claro y dos negros que la misma Evangelina habia cortado de las cabezas de doña Catalina, Adoracion y Víctor.

Y por último un pequeño estuche de piel de zapa.

La condesa lloró largo rato sobre aquellos objetos que la traian á la memoria la época mas dichosa de su vida, y despues abrió el estuche.

Contenia este unos pendientes de oro muy sencillos, pero sumamente lindos y adornados de algunas diminutas turquesas, y un brazaletes que figuraba una estrecha cinta de oro, enriquecido tambien con algunas turquesas del tamaño de las otras; mas las del brazaletes estaban colocadas de modo que formaban las dos iniciales de su

nombre y apellido.

Estas modestas pero elegantísimas alhajas le habían sido regaladas por su prima un día de su cumpleaños, y Evangelina, que desde que era desgraciada amaba con pasión cuanto la recordaba á la familia que había abandonado, las guardó en la caja de sus recuerdos; en ese santuario que tiene la mujer y que oculta con cuidado á la vista de todos.

Nada dará mejor una idea de lo caras que eran para la condesa de San Telmo las memorias de su familia, que el saber que las confundía con los objetos que le recordaban á sus hijos y que las guardaba en el mismo sitio.

—¡Oh! murmuró enjugándose el llanto que bañaba sus ojos; ¡oh gracias, Adoracion! aun desde tan léjos amparas á esta desdichada que tanto amabas, y que quizá todavía conservas con enternecimiento en tu memoria! ¡Pluguiese al cielo, oh, mi amada niña, que jamás me hubiese separado de tí!

La condesa al formular este pensamiento quería engañarse á sí propia acerca de otro que bullía desde algun tiempo en el fondo de su alma.

Mas de una vez, en el silencio de sus solitarios días, había recordado con intensa amargura el noble, inmenso y desinteresado amor de su primo, que había enmudecido, sin embargo, al saber que ella amaba á otro, y que jamás se había permitido la mas leve reconvencion.

Mas de una vez, al sentir la cruel indiferencia de su

esposo, habia comparado la suerte que sufría con la dicha que podia haber disfrutado, uniéndose con eternos lazos al generoso Víctor, y la pobre Evangelina, por una de esas incomprensibles anomalías del corazón humano, habia sentido desarrollarse en su alma, al paso que era mas desgraciada, un tierno cariño por el compañero de su infancia.

Por eso aquella noche, al poner en la caja el gorrito de encaje que Víctor la regaló cuando era niña, le besó mas apasionadamente que á todos los demás objetos que fué colocando sucesivamente. En seguida tomó el estuche que encerraba sus únicas alhajas y volvió á su tocador donde ya se impacientaba Octavio.

—Retírate, Paulina, dijo al entrar á la camarera; yo misma me pondré las joyas que he resuelto llevar esta noche.

La jóven, con el instinto de admirable delicadeza, innato en ella, no queria que las manos mercenarias de una criada tocasen aquellos objetos que le eran tan sagrados.

V.

Evangelina se puso los pendientes delante del espejo, y abrochó en su brazo izquierdo el brazaletes, procediendo acto continuo á ponerse los guantes blancos, largos hasta medio brazo y abrochados con botones de filigrana de oro, mientras que Ana, la camarera compañera de Pau-

lina, perfumaba su pañuelo de batista, guarnecido de un riquísimo encaje de Valenciennes.

En aquel momento se oyó la campanilla del portero que anunciaba una visita, y un instante despues apareció Paulina con un enorme ramillete de camelias y violetas de Parma.

—Un lacayo con una librea, que no conozco, dijo, acaba de traer estas flores para la señora condesa; y en el gabinete azul espera don Anselmo Gonzalez.

—Este presente no debe ser para mí, dijo Evangelina admirada: devuélvele al lacayo que lo ha traído, Paulina, y díle que sin duda se ha equivocado.

—El portador se ha marchado ya, señora, contestó la doncella.

Entretanto Octavio que habia tomado el ramillete se ocupaba en examinar una pequeña tarjeta que estaba sujeta á la magnífica cinta con que venia atado

—Espera, espera, querida; dijo á la condesa que pisaba el umbral para ir á buscar á don Anselmo; deja por un instante á ese viejo posma, y mira aquí el nombre de la persona que te envia este precioso ramillete: es, continuó leyendo la tarjeta, *lord Williams*.

—Aun debo aceptarlo menos ahora que sé de donde proviene, repuso la condesa con desprecio.

—¡Qué disparate!... ¿pues qué, se desdeñan así como se quiera en el mes de enero las camelias blancas y las violetas de Parma? Tu ramo va á dar 'golpe en la emba-

jada.

—Difícil lo veo, contestó Evangelina, porque no pienso llevarle; tú sabes mejor que nadie las razones que tengo para negarme á ello.

—¡Soberbias razones á fé mia! exclamó el conde soltando una ruidosa carcajada. ¡Hacer un feo semejante á lord Williams porque te dirige alguna galantería! por otra parte, hay nada mas razonable que el que te encuentre hermosa!

—Te aseguro, Octavio, murmuró Evangelina encarnada como una cereza, que no llevaré ese ramillete; no quiero alentar las esperanzas de ese hombre.

Al pronunciar estas últimas palabras salió la jóven del tocador, enjugándose las lágrimas abrasadoras, que el orgullo ofendido habia hecho brotar de sus párpados.

Octavio la siguió con el semblante trastornado por la cólera, y ambos entraron á un mismo tiempo en el suntuoso gabinete, ya descrito, en el cual estaba todavía de pié don Anselmo.

El conde le miró con torvos ojos; era la primera vez de su vida que se habia dejado contradecir, y que un sér se rebelaba contra sus deseos; y justamente este sér era la persona de quien menos lo aguardaba, porque la buena, la paciente Evangelina carecia para su esposo hasta de voluntad.

Por una de esas obcecaciones tan comunes en los caracteres iracundos, pensó que la resistencia de la conde-

sa nacia de que, avisada de la presencia de don Anselmo, esperaba encontrar amparo en el anciano.

Octavio, aunque sabia muy bien que lord Williams rodeaba á Evangelina de una persecucion continúa, aparentaba ignorarlo ó no creerlo, porque así convenia á sus miras.

Al entrar en el gabinete, lanzó, como hemos dicho, una iracunda mirada al anciano.

—El traje con que nos ve usted, le dijo despues con voz destemplada, debe darle á conocer, caballero, que apreciaremos la brevedad de su visita.

Por mas falto de mundo que fuera don Anselmo, no pudo menos de mirar con asombro al conde, preguntándose si era cierto que el amigo de su hijo le arrojaba de su casa; pero cuando la burlona espresion del semblante de aquel le hizo comprender la verdad, se irguió á su vez frio, recto y severo.

—Si me he incomodado, señor conde, dijo, en venir aquí á una hora tan intespestiva, ha sido para avisar á usted que mañana al medio dia va á embargar á usted la justicia esta casa y cuanto encierra, para pagar á sus innumerables acreedores. Ahora, quede usted con Dios.

Don Anselmo besó en la frente á Evangelina que se habia dejado caer en un sillón llorando amargamente, y desapareció grave y silencioso.

El conde le siguió con una mirada de asombro; cuando le hubo perdido de vista, cruzó la estancia á grandes

pasos; luego salió presuroso, corrió al tocador de Evangelina, tomó el ramo y volvió al gabinete tirando con fuerza del cordón de la campanilla.

—La berlina azul; dijo á Roberto que se presentó.

Volviéndose despues á la condesa.

—¡Toma estas flores y sígueme! la dijo asiéndola de un brazo y echando chispas por los ojos; al salir del baile, añadió con voz trémula, he de pedir á lord Williams el dinero que necesito para pagar mis deudas!... De tí depende que ese hombre me lo dé; pero si por una imprudencia tuya me lo negase, te juro, Evangelina, que estas flores adornarán tu sepultura!

Estas bárbaras palabras resonaron como un eco fúnebre en el corazón de don Anselmo, que se habia quedado en la antecámara hablando con Roberto.

VI.

La embajada de Francia suntuosamente iluminada, dejaba escapar á través de las vidrieras de los balcones ecos melodiosos y ráfagas de luz.

Una larga fila de coches, situada delante de la puerta daba á conocer el gran número de personas que guardaban en sus ámbitos los espléndidos salones.

Confundíanse allí desde el blasonado carruaje guiado por el colosal cochera inglés con su correspondiente cazador cubierto de oro, hasta la carretela de alquiler, cuyo

auriga envolvía su aterido cuerpo en el grosero capote oscuro, y sus manos en el súpico guante de algodón.

No era esto extraño, porque la embajada de Francia reunía aquella noche á todas las notabilidades aristocráticas, políticas, financieras, artísticas y literarias, y ya se sabe que desgraciadamente las dos últimas no suelen tener nunca el dinero tan de sobra que les sea dado sostener un carruaje.

La llegada de la berlina del conde de San Telmo produjo cierto movimiento en los cocheros de la aristocracia, que desdeñándose hasta de dar las buenas noches á los groseros guías de los carruajes de alquiler, se habian reunido en un ángulo de la calle y sostenian una conversacion muy animada.

La berlina paró enfrente del palacio: el brillante cazador saltó al suelo, y quitándose su sombrero galoneado de oro y adornado de un plumero blanco, que hubiera hecho honor á un capitán general, fué á abrir la portezuela, mientras que el señor Harlow, obeso cochero escocés, que ostentaba un pelucon empolvado y un vestido cuajado de oro, permaneció inmóvil en su sitio ni mas ni menos que los dos volantes que ocupaban la trasera.

No bien el cazador hubo abierto la portezuela se apeó Octavio y alargó la mano á la condesa con la misma cariñosa galantería que si fuera su mas apasionado amante.

Evangelina estaba pálida en extremo; solo entonces, desde la salida de su casa, habia levantado la cabeza, que

dobló sobre el pecho al sentarse en el carruaje. Sus ojos asombrados miraban sin ver y en la mano tenia como maquinalmente el hermoso ramillete consabido.

—Ya está aquí el conde de San Telmo, dijo uno de los cocheros aristócratas: reparad en la condesa y vereis qué divina es.

—¡En verdad que es muy bella!

—Pero dicen que es tal su manía de dar limosnas, que se priva hasta de vestir con decencia.

—Pues muchas obras de caridad debe hacer, dijo otro, porque el conde es inmensamente rico.

—Hé aquí una manía, añadió un tercero, que me hubiera enternecido profundamente hace dos años al venir de mi pueblo; pero en el día me hace reír. Madrid tiene la virtud de aparentar...

—Esa buena señora viste siempre con una sencillez que ya raya en pobreza.

—Por eso afirman Harlow y Roberto que el conde no es muy dichoso con ella; siempre se niega á salir con él; y si alguna vez no puede evadirse de hacerlo, va tan modestamente ataviada que... Ya se vé, se ha criado en una aldea y nunca podrá llegar á tener los hábitos de una dama del gran mundo.

—Sin embargo, es muy bella.

—Y tiene un aire muy distinguido.

—¡Ea! Ya entraron, exclamó cortando las alabanzas de los lacayos uno de tantos; voy á llamar á Antonio... ¡eh!...

¡chist!... ¡Antonio!

El cazador se aproximó al grupo.

—Buenas noches, Antonio, dijeron en coro todos los que lo componian.

—¡Hola! ¡me alegro de veros! dijo el cazador: ¿quién de vosotros quiere venir á tomar el té á mi casa?

—¡Cómo! ¿das té en tu casa?

—En la de mis amos.

—¡Yo! ¡yo! yo! gritaron casi todos.

—Pues á la una os espero; creo que hasta las cuatro lo menos no tendreis que volver á buscar á los señores, porque esa es la órden que tengo yo; las muchachas de casa me encargaron que llevase á algunos amigos para animar la reunion, y si venís vamos á pasar un buen rato!

—Pues hasta luego, dijeron los convidados separándose.

Despues se acomodaron en sus coches para conducirlos á sus respectivas casas y asistir al convite á la hora convenida.

Entre tanto el conde y la condesa de San Telmo habian entrado en el salon.

La pobre Evangelina se creia presa de un sueño horrible; aquella multitud de luces desvanecia su vista, y su combatida inteligencia no podia comprender el doloroso contraste que formaba aquel fausto y alegría, aquellos rostros radiantes de placer, con las bárbaras palabras que su marido habia pronunciado al salir de casa y que toda-

vía zumbaban en sus oídos.

Contestó maquinalmente al afectuoso cumplido que la dirigió la embajadora y se dejó llevar por ella á un asiento inmediato al suyo.

Un instante despues rodeó á entrambas una turba de jóvenes aristócratas y perfumados, atraídos por la hermosura de Evangelina, realizada admirablemente por la sencillez de su traje.

La joven no respondia apenas á las galanterías con que la agoviaban; tenia sus ojos fijos en el ramo fatal, que, segun habia oido, debia servir para *adornar su sepultura*, y la absorbian tanto estas palabras, que nada percibia de cuanto la rodeaba.

De repente llegó á sus oídos la voz de lord Williams, que se habia acercado al grupo y que la invitaba para un wals que preludiaba ya la orquesta.

La desgraciada joven fijó en él sus ojos extraviados de terror, y ya iba á contestar negativamente, cuando su mirada se encontró con la de su esposo que estaba recostado contra la puerta y al parecer hablando con el embajador de Francia, pero en realidad fijando en ella sus iracundos ojos.

Desesperada, vacilante, tendió su vista por el salon como para buscar socorro; mas sus pupilas se dilataron y su boca entreabierta no pudo contener un grito de sorpresa y de alegría; inmóvil al otro lado de la puerta estaba su primo Víctor de Sandoval.

Vestia de negro, y en los ojales de su frac se veían dos ó tres cintas, que significaban otras tantas condecoraciones extranjeras; sus bellas facciones tenían impreso un tinte de dolorosa tristeza, y sus rasgados ojos negros, fijos en la condesa, espresaban una ternura infinita.

Los brillantes acordes de la música ahogaron el grito de Evangelina, de tal modo, que ni aun la embajadora se apercibió de él; creyendo esta que la condesa iba á bailar con lord Williams se levantó para ir á recibir á otras señoras que aparecían en el salon.

Lord Williams era un jóven de treinta años, de elevada estatura, cabellos dorados y ojos azules; sus enormes patillas rubias, sus delicadas facciones y su imperturbable gravedad británica, le hacían pasar por una de las mas notables figuras de la aristocracia; cuando salió de la nebulosa Albion era tímido como una colegiala; pero seis años de estancia en la córte de España le habían hecho tan atrevido como el que mas; lo cual no es de estrañar si advertimos que se había encargado de su primera educacion amorosa una viudita andaluza, en cuyos negros y picarescos ojos se dejó prender el incauto adolescente, el cual echó de menos en su gabeta unas mil libras esterlinas que la hija espiritual del Mediodia le había gastado en tres meses.

Cuando lord Williams vió alejarse á la embajadora se aproximó á Evangelina, lanzándola, como introito á sus primeras palabras, una mirada atrevida.

—¡Cuán bella está usted esta noche, querida condesa! exclamó dando á su voz nasal la mas tierna entonacion que le fué posible.

Sorprendida la jóven de aquella osada franqueza, sintió que sus mejillas se cubrian del carmin de la vergüenza; jamás habia visto á lord Williams mas que en alguna reunion.

—¡Caballero!... murmuró.

—No sabe usted, señora, cuán feliz me ha hecho dignándose traer mi ramillete! su condescendencia me hace concebir mil risueñas esperanzas.

La voz de lord Williams vibraba dulcemente; quizá sentia por Evangelina un amor que no habia sentido jamás.

Pero la condesa levantó la frente y clavó en él una mirada tan severa que le hizo bajar la suya.

—Desista usted de sus locos devaneos, dijo con voz trémula de indignacion y sin acordarse de las amenazas del conde; por mi parte le ruego que nunca vuelva á dirigirme la palabra.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!... exclamó lord Williams con una carcajada que tenia mucho de amarga; ¿y ha traído usted mi ramillete para eso?...

La condesa, poseida del mas hondo despecho, arrojó al suelo aquellas flores que la abrasaban las manos, llamando de este modo la atencion de cuantos estaban cerca de ella.

—No puedo decir á usted el motivo que me ha obli-

gado á aceptarle; contestó volviendo á otro lado la cabeza para ocultar sus lágrimas, que no obstante vió perfectamente lord Williams.

Aquel llanto conmovió profundamente el corazón del calavera; recordó entonces cuanto el conde San Telmo le había dicho acerca de la súbita pasión que su mujer había concebido por él, y comprendió la virtud de Evangelina y la cínica abyección del hombre al cual había unido su suerte.

—Permítame que la haga una pregunta: tal vez será la última, señora, dijo lord Williams á la condesa con tanto respeto como grande había sido antes su insolencia; ¿ha exigido el conde que trajera usted al baile esas flores?

—Nada me pregunte usted, caballero; repuso la condesa, que no sabía contener el llanto, porque á nada puedo contestarle.

—La condesa se ha indispuerto, dijo lord Williams á la embajadora que volvía á ocupar su asiento.

—Venga usted á mi cuarto, mi querida Evangelina, dijo esta presentándola el brazo; quizás aquellas flores que tenía en la mano la habrán trastornado.

—Por eso las arrojó sin duda, se apresuró á observar lord Williams, midiendo al conde que se acercaba con una mirada de desprecio.

—Solicito el permiso de usted para retirarnos, señora, dijo Octavio. Evangelina tiene tan mala salud, que tiem-

blo por ella. ¿Viene usted, Williams? preguntó al lord; le ofrezco un asiento en mi carruaje.

—¿Olvida usted, señor conde, contestó Williams, que su carruaje no habrá vuelto todavía?

—¡Es verdad! exclamó algo confuso el conde.

—Pero no se apure usted por eso, dijo el lord; disponga de mi coche *entero* porque yo no quiero ni debo acompañar á usted.

Al acabar de pronunciar estas palabras, saludó á Evangelina respetuosamente, y sin tomar la mano que le alargaba el conde, se confundió entre la muchedumbre del salon.

VII.

Cuando los condes de San Telmo llegaron á su palacio, serian apenas las dos de la madrugada, y por consiguiente la hora en que el té con que se obsequiaban los criados, se hallaba en su mayor animacion.

Sentados al rededor de la elegante mesa que ocupaba el centro del comedor, estaban una rolliza francesa, ama de llaves; Paulina, Ana, Roberto, Antonio el cazador, el cochero Harlow, Andrés y otros cuatro ó seis lacayos de aquellos cuyos señores se encontraban en la embajada; tambien formaban parte de la alegre reunion tres camareras de otras tantas señoras, y la doncella del cuarto segundo de la casa, las cuales habian sido convidadas de antemano.

Los chineros estaban abiertos y en un completo desorden las vagillas que contenian; aquello era un verdadero y espléndido *boufett*, porque además del té y del café servido en elegantes tazas de porcelana del Japon, veíase cubierta la mesa de dulces, compotas, helados, fiambres, excelentes mariscos y abundantes vinos generosos.

Las muchachas se habian ataviado como para asistir á una boda; aunque á decir verdad, algunas, al engalanarse, pensaban sacar de la fiesta, si no un marido, al menos un aspirante, lo cual no es un grano de anís en estos tiempos.

Ana y Paulina llevaban trajes de seda verde malva con volantes, mangas y cuellos de encaje, y lazos de cinta en la cabeza que tocaban á sus reducidas cinturas.

La gruesa ama de llaves tenia puesto un vestido de gro negro, una manteleta de terciopelo violeta y una enorme cofia llena de flores y cintas.

Las convidadas no estaban menos elegantes: una de ellas, morena, de ojos y cabellos negros, vestia un lindísimo traje blanco guarnecido de esquisitos encajes, que probablemente se habia lucido ya en algun baile del palacio real, y que habia sido descolgado del guardarropa de su legítima poseedora para acicalarse con él la coqueta doncella.

Los hombres llevaban generalmente frac negro y pantalón del mismo color, menos Harlow y los demás cocheros que tenian que volver á cumplir su obligacion.

—Pues señor, lo dicho; exclamaba Andrés al mismo tiempo que el carruaje de sus amos entraba en la calle de Atocha; si es cierto lo que Roberto acaba de contarnos me largo de esta casa al amanecer; no quiero tener nada que ver con la justicia.

—Y tan cierto, contestó el ayuda de cámara y confidente del conde, como que lo sé por mi primo el alguacil; hoy á las doce del día se embarga por la justicia esta casa. Yo esperaré hasta el último momento para despedirme, porque ¡qué diantrel el amo me da lástima; cuando pienso en que una parte no pequeña de su fortuna, ha pasado á nuestros bolsillos, la verdad, me estremezco, y...

—¡Vaya una salida! dijo Paulina amostazada y haciendo un gesto de desden; ¿acaso te ha venido muy de sobra? ¿no tenias que reunir algo para casarnos y hacerme un elegante traje de boda? Y á propósito, mira que no me contento con menos que con uno de brocatel y una mantilla de encaje.

—Y luego, añadió Ana, como ahora tiene que echarse á buscar donde servir, mientras le sale una casa de su gusto puede conseguir Roberto, con una parte del dinero que ha reunido, un destino decente y guardar el resto para ponerlo en el Monte de Piedad.

—Tienen razon las muchachas; gritó Andrés que estaba un poco mas alegre que de costumbre; la caridad bien entendida debe empezar por uno mismo; yo así pienso y por eso he guardado cuanto he podido.

—¡Bien dicho! exclamó Harlow llenando su copa de champagne: ¡brindo por la moral de Andrés!

—¡A la propagacion de la moral de Andrés! gritó en coro la reunion apurando las copas.

—¡Ea! esta noche, que es la última que costea el conde, pasémosla lo mejor posible!

—¡Sí, sí, viva la alegría!

En aquel momento la campanilla del portero que hacia media hora que se agitaba con furia, fué sacudida tan violentamente que llegó aunque algo confusa, á oídos de los convidados.

—Me parece que llama Lázaro, dijo Ana.

—¡Quién ha de venir á estas horas! repuso Roberto; vaya, brindemos y bebamos!

Siguieron los gritos, los brindis y las exclamaciones, en tanto que el conde subia la escalera y llamaba violentamente á la puerta principal.

Al oír aquel ruido todos los convidados se levantaron como movidos por un resorte. Roberto corrió á abrir y Octavio entró pálido y con el semblante contraído.

—Di á Paulina y á Ana que bajen á buscar á la señora que está en el coche desmayada, dijo encerrándose en su cuarto.

Las dos jóvenes se precipitaron á los pocos instantes á la escalera, y sacaron de la berlina á la condesa que yacia privada de sentido.

La pobre Evangelina al verse sola con su marido fué

presa de tan grande terror que perdió el conocimiento.

Aña y Paulina la colocaron en su lecho y empezaron á hacerle aspirar sales para que volviese de su desmayo.

El conde se paseaba por su cuarto como un tigre enjaulado, murmurando palabras incoherentes; poco despues cayó sentado y apoyó la frente en sus dos manos.

Estraño contraste formaba la suntuosidad de aquel magnífico aposento con la sombría desesperacion de la persona que lo ocupaba; aquel hombre vestido con un traje de baile, parecia presa de todos los tormentos del infierno.

Cuatro horas permaneció allí; cuando la primera luz del alba penetró en la habitacion, amortiguando la de las bugías, un terrible estremecimiento recorrió todo su cuerpo; sin duda vió lucir entonces el dia de la vergüenza, de la miseria, de la prision tal vez, y lanzándose sobre su mesa de escritorio, abrió uno de sus cajones con mano trémula y sacó de él una caja de pistolas.

Tomó una de ellas, la cargó con admirable tranquilidad, y paulatinamente desaparecieron de su semblante las huellas de la desesperacion, sustituyéndolas un tinte de brutal indiferencia. En seguida aplicó la boca del cañon á la sien y disparó...

Una nube de humo siguió á la detonacion...

El desdichado Octavio dobló la cabeza sobre la mesa, y sus ojos se cerraron para siempre.

.

En el instante mismo en que se oyó la terrible detonacion, una mujer se escapaba, corriendo desatinada, del cuarto de la condesa; era la misma Evangelina que oyó la esplosion en el momento de salir las doncellas, dejándola, al parecer, dormida, para determinar, en compañía de los demás criados, cuando debian abandonar la casa.

Su imaginacion se iluminó con un rayo de horrible luz, y la espantosa verdad vino ante sus ojos de repente; pero estraviada su cabeza por tantas emociones, no tuvo mas pensamiento que huir de aquella casa que acababa de ser teatro de tan sangrienta catástrofe.

Abrió la puerta de la escalera y se lanzó llena de espanto á la calle, vestida aun con el traje de baile.

Al mismo tiempo entraba en el ancho patio un hombre que se detuvo asombrado al ver á la condesa que prosiguió su carrera salvando la puerta de Atocha que acababan de abrir.

—¡Evangelina, Evangelina! gritó entonces á sus espaldas la voz de don Anselmo, que la iba siguiendo penosamente y que casi la perdía ya de vista.

La desdichada se paró un momento; volvió hácia atrás sus estraviados ojos, y al ver á un hombre que la tendía sus brazos, le creyó un agente de justicia y emprendió de nuevo su desesperada fuga.

Ya hacia algunos instantes que corria al azar, y sus fuerzas la iban abandonando.

De repente se interpuso en su camino el canal. La con-

desa clavó su mirada con una espresion de reconocimien-
to infinita en sus aguas, y despues de murmurar una cor-
ta oracion se precipitó en ellas.

Gimieron las turbias ondas al recoger en su seno el
cuerpo de Evangelina, y siguióse despues el terrible si-
lencio de la muerte.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA.

PARTE TERCERA.

El Martirio.

La muerte es un bien inmenso para los que constantemente gimen bajo el terrible peso de la desgracia.

JOSÉ MARCO. *Cartas á la autora.*

I.

Como un mes despues de los funestos acontecimientos que acabamos de referir, dos personas muy interesantes en nuestra historia se encontraban en un modesto pero lindo gabinete de un cuarto segundo situado en la calle del Ave-María.

Eran doña Catalina y su hija Adoracion, convertida en una preciosa y esbelta jóven.

La habitacion estaba vestida de un papel de color de lila claro con grandes arabescos blancos; una sillería de tapicería de los mismos colores, una cónsola de limonero, y un bonito espejo dorado componian su mueblaje; delante del balcon caian cortinas de muselina blanca, y una

ancha copa de bronce llena de fuego, daba, á falta de chimenea, calor á la habitacion.

Eran las dos de la tarde, y el sol vivificante de febrero parecia reanimar la naturaleza enlutada el mes anterior.

Doña Catalina sentada junto al balcon hacia calceta; su fisonomía se conservaba hermosa y simpática, pero un tanto grave; no se notaba en ella otra diferencia que la de llevar unos preciosos y ligeros anteojos de oro.

La pobre señora habia llorado tanto la ingratitud de su sobrina, que su vista se habia debilitado hasta el punto de tener que renunciar á todas las labores de aguja y aun á la calceta, sin el auxilio de sus gafas.

Llevaba un vestido oscuro, un pañolon oscuro tambien, aunque de mucho gusto, y una cofia de batista bordada primorosamente por Adoracion.

Esta ocupaba una banqueta frente á su madre; su estatura mediana estaba, sin embargo, llena de gentileza y gracia; su talle elástico y flexible adquiria mayor belleza en sus contornos por el admirable corte de su vestido de lanilla de color de avellana; llevaba cuello y mangas lisos, pero de azulada y deslumbradora blancura; sus abundantes y rizados cabellos castaños se recogian en sus sienes en dos gruesas y apretadas trenzas, é iban á confundirse con el elegante lazo formado detrás de su cabeza por otra trenza muy espesa.

En todo su traje, en todo su tocado tan gracioso y distinguido, no habia ni un lazo, ni un adorno, ni siquiera

un alfiler.

Su rostro fresco y encantador formaba un óvalo prolongado que coronaba su frente un tanto estrecha por la abundancia del cabello que brotaba en ella; su tez al perder el satinado de la infancia, habia tomado un tinte mas moreno, pero no menos seductor por estar animado de un puro y dulce sonrosado; sus ojos azules, aunque siempre grandes, parecian haber crecido, y era admirable la riqueza de sus oscuras cejas y pestañas; nada mas hechicero y suave que su pequeña y encarnada boca, su nariz recta y delicada, y sus blancas y afiladas manos, un tanto largas; sus piecillos, calzados con botitas de casimir negro, hubieran dado envidia á una duquesa.

Acostada en un almohadon bordado colocado junto á la copa, dormia Camelia, la perrita de lanas, compañera inseparable de Adoracion.

Ocupábase á la sazón la jóven en una labor de *crochet*, pues la señorita de Sandoval, aunque artista de génio é inspiracion y célebre ya en la pintura, no ignoraba ninguna de las labores propias de su sexo; sus vestidos y los de su madre estaban confeccionados por sus manos, así como los abrigos y adornos, escepto los sombreros, que los traia Víctor de París aprovechando los frecuentes viajes que hacia á la capital de Francia.

A su turbulenta vivacidad de niña habia sustituido una dulce gravedad; la mirada de sus hermosos ojos brillante siempre, era ahora pensativa y hasta algo melan-

cólica; y aunque, como en otro tiempo, por el menor accidente soltaba una franca carcajada, se veían temblar muy á menudo gruesas lágrimas en la riquísima franja de sus pestañas.

Desde el abandono de Evangelina, de su única y querida amiga de la infancia, las travesuras de Adoracion desaparecieron por completo; en aquel corazon tierno y sensible abrió este doloroso acontecimiento una herida tan profunda que no debía cerrarse jamás.

El sueño huyó de sus ojos; no podía ni aun sentarse á la mesa porque el sitio vacío de Evangelina la arrancaba amargos sollozos, y ni los ruegos ni las caricias de su madre y de su hermano lograban que consintiese en tomar alimento; borróse el color de sus mejillas, hundiéronse sus ojos, y por fin una fiebre activa encendió su sangre postrándola en su lecho, donde permaneció tres meses casi sin esperanzas de vida.

Cuando se levantó estaba enteramente cambiada; comprendiendo que debía llenar en lo posible cerca de su aflijida madre y de su desolado hermano el inmenso vacío que dejaba Evangelina, se aplicó con extraordinario esmero á desempeñar las ocupaciones que corrían á cargo de aquella.

Negligente Adoracion y un tanto holgazana cuando descuidaba en la asiduidad de Evangelina, se levantaba con el alba, arreglaba para todo el día el gobierno de la casa, daba á la tía Damiana las viandas, y llenaba, en fin,

todas las obligaciones precisas en una familia que vive con orden; luego ayudaba á hacer la limpieza, peinaba á su madre, y despues de media hora de tocador empleado en su aseo, tomaba la aguja y trabajaba sin descanso en la costura hasta que llegaba el momento de consagrarse al dibujo.

Mas por una consecuencia de su carácter afectuoso y apasionado iba á encerrarse todos los dias durante algunos instantes en la habitacion que habia ocupado Evangelina, y cuya llave guardaba con cuidado; todo se hallaba en el mismo estado que ella lo dejó; el piano abierto, la bata blanca que se habia quitado en el respaldo de una silla, y delante del Crucifijo de yeso los dos vasos llenos de flores marchitas.

La pobre niña lloraba allí durante largo rato, y luego, arrodillándose junto al Crucifijo, rezaba fervorosamente por la felicidad de Evangelina.

Así trascurrieron tres años y medio; cuando doña Catalina la anunció que iban á pasar aquel invierno á Madrid, sintió Adoracion una indecible alegría.

¡Quizás, pensaba, quizás podré aun encontrar á Evangelina! Mas cuando hizo partícipe á su madre de este pensamiento su irritacion la llenó de desconsuelo; en el recto juicio, en la severa virtud de la señora de Sandoval, la ingratitud era la mas grande de todas las culpas, y pasado el primero y mas fuerte acceso de su dolor, el nombre de su sobrina únicamente la producía la cólera mas

profunda.

No obstante, Adoracion comunicó todas sus esperanzas á su hermano, que la abrazó tiernamente y convino con ella lo que debian hacer.

Víctor se encargó de buscar á Evangelina y averiguar secretamente si era feliz; si efectivamente lo era, se resignarian á no ver á la condesa de San Telmo, que no tenia necesidad de saber ni siquiera que sus primos vivian en Madrid, porque la existencia de la clase media es enteramente desconocida de la aristocracia; si, por desgracia, sufría, entonces Adoracion iria á verla con su hermano sin que su madre lo supiera, para consolarla y prodigarla todo su cariño.

No se crea por esto que Víctor, arrastrado por el amor que ardía en su corazón, queria hacer faltar á Evangelina á sus deberes de esposa; el noble jóven estaba bien decidido á sepultar su pasión en lo mas hondo de su alma y á ser para la condesa un hermano, en toda la santa acepción de esta palabra.

Pero en vano trató de descubrir la huella de algun pesar en la existencia de Evangelina; encontrábala alguna vez en medio de las fiestas del gran mundo, pero huía de su vista, y espiaba, sin que ella lo notase, hasta sus menores movimientos. Engañado por el noble orgullo de la condesa, la creyó, como todos, muy dichosa con su suerte, y dejó de verla porque renunció á los placeres que solo por ella frecuentaba.

En vano tambien interrogó á Luis, su antiguo amigo, para penetrar algo de la vida privada de la condesa. Temeroso este de que la pasion de Víctor abriese una nueva herida en el alma de Evangelina, aseguró á su amigo con firmeza que era muy dichosa y que vivia rodeada de toda la ternura de su marido, guardando para la desgraciada condesa el mas inviolable secreto acerca de la venida de su familia á la córte.

No obstante, el jóven doctor sufría con las continuas preguntas de Adoracion á la cual amaba apasionadamente desde la vez primera que la vió, y de la cual era tier-namente correspondido; su matrimonio, que colmaba todos los deseos de doña Catalina y don Anselmo, estaba ya decidido y fijado para un plazo muy próximo.

Víctor, que habia ya perdido la esperanza de acercarse á su prima, salió para París, y á su vuelta fué cuando encontró á Evangelina en el baile de la embajada de Francia, á donde no pudo escusarse de concurrir.

Allí se apercibió de que no era tan dichosa como se lo habian pintado; la vió arrojar el ramillete, llorar y cambiar de color, llegando un instante, al final de la terrible escena de que fué testigo mudo, en que la creyó próxima á desmayarse.

Ya sabemos que la condesa vió tambien entonces por la vez primera á su primo despues de cuatro años.

Víctor se decidió á ir á visitarla con su hermana al siguiente dia; pero cuando se disponia á participar á esta

su designio, apareció en su cuarto don Anselmo, que se dejó caer en una silla llorando como un niño.

A las ansiosas preguntas de Víctor, contestó el anciano con la relacion de la espantosa catástrofe que, segun él, habia puesto fin á la vida de la infeliz Evangelina.

El desventurado jóven ocultó su dolor en lo mas íntimo de su alma, y aquel mismo dia partió de nuevo para París, sin participar ni á su madre ni á su hermana una desgracia que hubiera agoviado el corazon de la primera con el peso de tardios remordimientos, y que hubiera sumido á la segunda en una profunda afliccion.

En el momento en que presentamos á doña Catalina y á su hija á nuestros lectores, hacia tres horas que habia partido Víctor; la pobre anciana, entristecida, como siempre que su hijo se separaba de ella, guardaba silencio, y Adoracion la imitaba contentándose con mirarla de vez en cuando, é idear en su mente el medio de distraerla de su tristeza.

—Mamá, dijo de repente: ¿quieres que vayamos á dar un paseo? ¡está la tarde tan hermosa!

Al oir la palabra *paseo* enderezó Camelia las orejas y se sentó sobre sus patitas traseras observando atentamente á sus señoras.

—Hija mia, no tengo humor de vestirme; contestó doña Catalina alzando sus ojos en los cuales brilló una lágrima.

—Pues mira, no te vistas y nos iremos por donde no

haya gente; por la puerta de Atocha ¿quieres?

—¡Me entristecen tanto los viajes de tu hermano! Y mas desde que veo que no hay una necesidad de que los haga... tus pinceles, hija mia, nos dan mas de lo necesario.

—Eso prueba, mamá, que Víctor hace esos viajes por divertirse, y por lo tanto es menester dejarle.

—No lo creas; sus viajes no tienen otro objeto que apartar de nuestros ojos la melancolía que le devora hace cuatro años.

Suspiró Adoracion y sus párpados se bañaron de lágrimas al oír estas palabras; pero por un afecto de su abnegacion filial, se acercó á su madre, se arrodilló á sus piés y ciñó su cuello con sus brazos.

—Mamá, dijo, tú te cuidas demasiado de Víctor y nada de mí; apuesto á que no has advertido que no cómo casi hace dos dias; ¿no quieres pasear por mi salud?

—Sí, hija mia, sí; vamos cuando quieras.

Adoracion salió de la estancia cantando y brincando de alegría, y un instante despues volvió con una mantilla de casco de *moaré* guarnecida de blondas, que arregló sobre la cabeza y los hombros de su madre, despues de quitarla la calceta de las manos; luego la dió el manguito, ordenó los pliegues de su pañolon y se puso ante el espejo una manteleta de merino negro de elegante hechura, y un sombrero de terciopelo verde sin otro adorno que un velito negro.

Camelia iba saltando delante de ella, luciendo ya su collar de cascabeles.

—Francisca, si viene el señorito Luis que nos espere, dijo Adoracion á una criada jóven y aseada que abrió la puerta.

Y presentando el brazo á su madre bajaron ambas la escalera, precedidas de Camelia que ladraba y corria sin cesar dando inequívocas muestras de una alegría indescriptible.

II.

—Yo quisiera, mi querida Adoracion, acortar el plazo de nuestro enlace, decia aquella misma noche el jóven doctor á su linda prometida, con la cual hablaba á media voz, mientras que doña Catalina y don Antonio jugaban al tresillo; en verdad creo una cosa bastante rara el que estemos esperando por si la bordadora no ha concluido todavía tus peinadores y tus gorras.

Las mejillas de la jóven se cubrieron de carmin, y continuó su labor de *crochet* con mas afan del que habia puesto hasta entonces.

—Esta noche voy á hablar de ello á mi padre, continuó Luis, que habia columbrado un rayo de alegría en los rasgados ojos de Adoracion.

—Pero yo quisiera, dijo esta, esperar para celebrar nuestro casamiento, á que Víctor volviese y quizá tarda-

rá: esta vez se ha ido tan triste!... Temo mucho por su salud!...

Cargáronse de llanto los ojos de la jóven al pronunciar estas palabras y volvió la cabeza enjugándolos con el pañuelo, para que su madre no se apercibiese de su conmoción.

—Yo tambien deseo que Víctor sea testigo de nuestra dicha, dijo Luis, aunque sé de cierto que su corazon herido no puede participar de ella.

—¿Cómo no, si nos ama tanto? exclamó la hermosa niña con candorosa admiracion.

—El último dolor que ha sufrido ha aniquilado todas las fuerzas de su alma.

—¿Ha muerto acaso Evangelina? preguntó Adoracion cuyo semblante se cubrió de una densa palidez.

—Sí, ha muerto, contestó el doctor; vale mas que lo sepas cuanto antes para que ruegues por el descanso eterno de la desdichada suicida!

—Suicidada! murmuró la pobre jóven, ahogada por los sollozos. Oh, Luis, déjame, déjame que la llore á solas!

Luis estrechó la mano de Adoracion y la dejó ir á desahogar su afliccion siguiéndola con una mirada triste.

Aprovechemos nosotros este intervalo para hacer á nuestros lectores la descripcion del doctor.

Luis Gonzalez frisaba en los treinta años; su estatura era elevada y gallarda, y su rostro, mas que hermoso, simpático por la espresion de benevolencia y de dulce

gravedad que en él llevaba impresa.

Su cara mas larga que ovalada tenia esa suave palidez que marca el estudio y que es la mas aristocrática de todas; sus grandes ojos pardos, de mirada dulce, melancólica y profunda, armonizaban bien con sus cabellos negros y rizados; tenia la frente hermosa é inteligente; la sonrisa cariñosa y el resto de las facciones regular y agradable; su dentadura era de nácar y sus manos torneadas y nerviosas; sus largos bigotes castaños, que se ensortijaban graciosamente en sus morenas mejillas, y sus tendidas y hermosas cejas, daban á su fisonomía un carácter de pasión, que se encuentra pocas veces en los hombres de nuestra gastada sociedad.

Su traje era elegante sin afeminacion; conocíase bien que lo habia cortado la tijera de Utrilla, y aunque holgado, no cubria ninguna de las perfecciones de su simpática figura; su precioso reloj, que habia costado mil pesos en Lóndres, estaba pendiente de un imperceptible cordoncito de pelo, primer regalo de Adoracion; su camisa de transparente y azulada batista, se cerraba casi siempre sobre el pecho con dos diminutos botones de esmeraldas, y su pié estaba siempre tan admirablemente calzado, que el holgado y luciente charol que lo encerraba parecia aumentar su pequeñez.

Sus modales tranquilos, reposados y afables, y su figura toda, retrataban bien la resignada bondad de la fuerza y la indulgente tolerancia del verdadero valor.

El doctor Luis se habia reído mas de una vez de algun atildado mozalvete, que habia creído al desafiarle hacer alarde de un arrojo temerario; y sin embargo, como hombre de mundo, habia tenido lances formales en los cuales habia prescindido de su natural prudencia para cortar una lengua villana ó defender el honor de una mujer.

Tal era el jóven médico; la única pasion que sintiera se la habia inspirado la señorita de Sandoval, y en ella fiaba la felicidad de toda su vida; hijo amante y respetuoso, hombre generoso y compasivo, dotado de un corazon sensible como el de una mujer, pero de una alma elevada y enérgica, era imposible que no fuera el mejor de los esposos y el padre mas amoroso y previsor.

Las doce señalaba el lindo reloj colocado sobre la consola de la señora de Sandoval, cuando esta y don Anselmo suspendieron su partida.

—¿Vamos, Luis? dijo el anciano á su hijo que se paseaba por la sala.

—Cuando quieras, padre; repuso este tomando su sombrero.

—¿Dónde está Adoracion? preguntó admirada doña Catalina.

—Há un momento que salió diciendo que la dolia la cabeza, contestó el médico que hacia ya rato que estaba inquieto por la larga ausencia de la jóven.

—Vamos á su cuarto, dijo don Anselmo saliendo presuroso. ¿Acaso no eres tú casi su marido? Vamos á ver

que tiene.

Los tres se dirigieron á la habitacion de la jóven, que cansada de llorar y agoviada de un fuerte dolor de cabeza, se habia tendido vestida sobre su lecho, acometiéndola bien pronto un terrible delirio.

—¡Ha muerto!... ¡ha muerto!... repetia con voz sofocada por secos sollozos. ¡Ha muerto suicidada sin verla yo!...

—¿Qué es lo que dice? exclamó doña Catalina asustada y tomando entre sus manos las abrasadas de su hija. ¿Qué habla de suicidio y de muerte?

—¡Evangelina! ¡Evangelina! murmuró de nuevo Adoracion.

—¡Ah! gritó la señora de Sandoval, para quien estas palabras fueron un rayo de horrorosa luz; ¿ha muerto Evangelina?

—Sí, contestó don Anselmo con tristeza; se ha precipitado en el canal.

—¿Cuándo? tornó á preguntar doña Catalina, en cuyos ojos brillaba un fulgor extraño.

—Esta mañana al amanecer.

—¡Ah, bendito sea Dios! gritó la madre de Adoracion levantando al cielo una mirada de gratitud. ¡Entonces... no ha muerto!

—¿Qué dice usted? exclamaron á un tiempo don Anselmo y su hijo.

—Que Evangelina vive: esta tarde paseando con mi

hija por las orillas del canal, he oído á un guarda que contaba á un compañero suyo cómo habia salvado á una jóven vestida de baile, que se habia arrojado al agua.

—[Esa... esa es! gritó don Anselmo ¿pero su hija de usted no oyó esa conversacion?

—Sin duda, y durante el paseo no dejó de lamentar la suerte de esa desdichada.

—Adoracion no me dejó tiempo para decirle de qué modo se habia suicidado la condesa, observó el doctor, que permanecia en pié al lado de la cama; su dolor la arrebató de una manera tal, que salió presurosa de la sala; de lo contrario, el recuerdo de lo que oyó á los guardas, la hubiera convencido de que Evangelina vive.

—¡Vive! exclamó el anciano con amargura. ¡Infeliz, viuda y desamparada!

—¡Viuda! repitió doña Catalina aterrada; ¿acaso el conde?...

—El conde, dijo don Anselmo, se ha suicidado tambien de un pistoletazo.

—¡Qué horror! ¡Ah! busquemos á Evangelina, busquémosla sin perder tiempo, amigos míos! gritó vivamente la señora de Sandoval. ¡Busquémosla y... que vuelva á ser mi hija!

III.

Muchos días pasaron haciéndose contínuas pesquisas para averiguar el destino de la infeliz Evangelina.

En vano don Anselmo, con grave perjuicio de sus intereses que le llamaban á su botica de Aybar, se detuvo un mes en Madrid para aclarar tan importante asunto. En vano se informó de los guardas del canal, ofreciendo una grande suma al que le descubriese el paradero de la jóven. Todos unánimes convenian en que el salvador de la condesa debia ser un hombre llamado Antonio Fernandez, que habia muerto hacia unos ocho dias de una fiebre maligna, y todos aseguraban que ninguno de ellos habia sido el autor de tan generosa accion.

Algunos decian haber oido hablar á su difunto compañero de la jóven que habia sacado del fondo de las aguas; aun recordaban el elogio que hacia de su triste belleza, de su lujoso traje y de su dulzura y encantos; segun ellos, Antonio les habia dicho que vivia en compañía suya y de su mujer, y la viuda debia saber dónde se encontraba la *hermosa señorita*.

El anciano indagó donde vivia aquella y tuvo que ir á lo último del barrio del Avapiés; mas al llegar á la casa que le habian indicado, lejos de encontrarse en el término de sus pesquisas, halló por premio de sus afanes el mas triste desengaño.

Una anciana enfermiza y cubierta de andrajos que salió á abrirle, le contestó con tono áspero y gruñon, que la viuda del guarda se habia mudado de allí hacia cuatro dias sin dejar dicho dónde iba.

Inútil fué que don Anselmo tratase de preguntarla

algo más: la vieja cerró la puerta bruscamente diciendo que nada sabía acerca de la mujer por quien preguntaba, y el anciano volvió á casa de la señora de Sandoval lleno del más vivo desconsuelo.

Un mes más se pasó en inútiles averiguaciones. A pesar de lo que doña Catalina y su hija habían oído á los guardas, todo indicaba que la infeliz Evangelina había muerto, si no en el fondo de las aguas, agobiada por los crueles padecimientos de la miseria.

De nada sirvió recurrir á la policía, emplear agentes fieles y secretos, y derramar oro en abundancia.

Ni el más leve rastro de luz indicaba la existencia de la condesa.

Después de ocho días de fiebre y de delirio, se hizo menos peligroso el estado de la salud de Adoracion; la savia de la vida volvió á circular por sus venas, y su juvenil naturaleza triunfó al fin de la enfermedad.

La señora de Sandoval, que hasta entonces solo había pensado en ella, se informó ansiosamente de don Anselmo y de su hijo, acerca de todos los pormenores de la vida de la condesa, pormenores que completó Adoracion refiriéndola cuantas tentativas habían puesto por obra Víctor y ella para descubrir la suerte de Evangelina.

Durante este largo y doloroso relato cambió muchas veces de color doña Catalina; aquella mujer de alma fuerte y espíritu varonil, pero de corazón magnánimo, se reconvino amargamente por haberse desentendido de la

hija de su hermano, y lloró con desgarradora pena todas las desgracias de la infeliz jóven, teniendo que consolarla los mismos que alguna vez habían censurado la rigidez de sus principios y la severidad de su virtud.

No bien la señorita de Sandoval estuvo restablecida, manifestó Luis sus deseos de celebrar su enlace lo antes posible, petición que apoyó su padre alegando su precisión de marchar á Aybar y su propósito de que sus hijos le acompañasen, á fin de que pasaran á su lado los primeros meses de su matrimonio.

Nada tuvo que oponer doña Catalina, y aquel mismo día escribió á Víctor diciéndole que se pusiese en camino para asistir al enlace de su hermana.

IV.

Era el amanecer de un día sereno pero frío de marzo: el mes empezaba, y sus vientos, heladores todavía, se dejaban sentir con fuerza.

Madrid dormía aun.

Solo algunos jornaleros que se dirigian á emprender sus respectivas faenas, y algunos vendedores cruzaban las calles con la lentitud forzada de esta clase de gentes.

Las buñoleras, abrigadas con sus pañolones de lana, en los cuales envolvian su cabeza, voceaban con acento ronco su cantinela acostumbrada; los verduleros prego-

naban el largo catálogo de las legumbres que parecía se querian escapar de sus repletas cestas; los ropavejeros, esos corredores infatigables lo mismo de los barrios solitarios y estraviados que de los mas populosos y céntricos de la córte de España, gritaban tambien pidiendo mercancia en vez de ofrecerla como hacian todos los demás mercaderes ambulantes; y en alguna que otra esquina se veia á una maritornes vivaracha y de compasivos ojos, hablando mano á mano con un asistente, mientras dormian sus amos, y despues de haber hecho la compra que en caso necesario debia servir de pretesto á su excursion matutina.

Pero entonces apenas eran las siete; y si bien los vendedores cruzaban ya, como hemos dicho, las calles de Madrid, el mas completo silencio reinaba aun en la del Almendro, á donde vamos á conducir al lector, si se digna seguirnos.

Aquel barrio, solitario siempre, lo es mucho mas en las madrugadas y noches; en la fecha á que se refiere nuestra historia, aunque no muy lejana, no vivian en él mas que pobres artesanos, algunos eclesiásticos beneficiados de San Pedro, y dos ó tres ancianas que se ocupaban en hacer mandados en las casas de la vecindad.

Los tres ó cuatros palacios solariegos que en él se ven, estaban entonces desocupados, porque sus aristócratas y opulentos dueños habitaban en los barrios elegantes de Madrid.

Sin embargo de tener una posición tan modesta los vecinos de la calle del Almendro, todos dormían aun en la mañana que hemos citado, á juzgar por el silencio y quietud que se advertía; solo una pequeña ventana de un cuarto piso abocardado se veía abierta en el centro de la calle.

Aquella ventana adornada con una maceta de geranio malva y otra de reseda, tenía otra inmediata, que ostentaba otras dos macetas de alefés y albahaca. Ambas ventanas hacían ver por su igualdad que pertenecían á la misma habitación; y aunque pequeñas, estaban recién pintadas de un lindo color gris perla, que armonizaba alegremente con la blancas cortinillas que cubrían los cristales, y con el limpio y encarnado barro de las macetas.

Sígueme, lector, á la vivienda donde se abren esas pequeñas ventanas, si es que te son simpáticas, y te haré contemplar un cuadro que abrigo quizá la presuntuosa convicción de que te ha de interesar.

La primera de ellas, es decir, la que está abierta de par en par, da luz á una reducida salita blanqueada y muy limpia; cuatro sillas de Vitoria, una mesita de pino pintada, y un gran baul bastan para llenarla; sobre la mesa hay pendiente de una escarpia un espejito de un palmo en cuadro, y bajo él una caja de cartón, que por estar abierta puede verse que contiene dos peines ordinarios y un cepillo para limpiarlos.

La alcoba de esta habitacion, cuya puerta está cubierta con una mezquina cortina de percal blanco por carecer de cristales, es tan estrecha que apenas cabe en ella una pequeña cama y un aguamanil con una aljofaina de pedernal azul; sobre esta y á alguna distancia hay colgada de un clavo romano una toalla de lienzo crudo, pero muy blanca.

La cama, por lo poco que levanta, manifiesta ser un catre de tijera con un colchon delgado como una oblea; no obstante, está cubierta con una colcha blanca como la cortina, y su única almohada blanca tambien como la nieve, está guarnecida con una tira de bordado ordinario y anticuado.

La ventana cerrada pertenece á otra salita á que da paso la ya descrita, y mas pequeña que esta todavía; no tiene alcoba, y colocada en el testero principal se vé una gran cama cubierta con una colcha de lana azul, sobre la que se dobla parte de una sábana de lienzo duro y grosero; en ella duermen profundamente un niño de cuatro años y otro que apenas habrá cumplido tres; ambos son hermosos como ángeles; los dos rubios con anchos y transparentes párpados guarnecidos de ensortijadas pestañas, bocas pequeñas é inocentes y frentes purísimas; solo se nota en sus dulces rostros una intensa palidez, y si despues de contemplar la pobreza de la habitacion fijamos la mirada en sus socavadas mejillas, pronto ¡ay! muy pronto conoceremos con tristeza que aquellas tiernas

criaturas han sentido ya los efectos del hambre.

La gruesa tela de las sábanas traza una ráfaga roja en el suave cuello del mayor y en el satinado y enflaquecido bracito del mas pequeño.

¡Pobres niños! ángeles que os pareceis á esos que tanto he amado siempre, ¡dormid vuestro dulce y cándido sueño el mas largo tiempo posible, y esas horas menos padecereis!

En un rincon y arrodillada junto á un pequeño fogon de barro, una jóven como de unos veinte y ocho años, aviva el fuego sobre el cual cuece una tartera de sopas; su tez morena está realzada por unos grandes y hermosos ojos negros; tiene una soberbia cabellera negra tambien, boca fresca y hermosa y mucha gracia en la fisonomía; su talla es mediana, y sus formas, á pesar de hallarse en los últimos dias de su embarazo, son esbeltas y graciosas. Lleva un vestido de indiana, de luto, y un pañolon de lana de luto tambien; todas sus facciones respiran bondad, honradez y una sensibilidad vivaz y profunda.

En pié junto al lecho y mirando á los niños dormidos con triste ternura, se vé otra jóven de menos años al parecer que la que está junto al fogon; el género de su belleza es muy diferente del de su compañera, porque se asemeja á la de esos ángeles que se ven en los cuadros de la escuela antigua; su rubia cabellera baja en gruesas trenzas hasta cerca del suelo; sus espléndidos ojos azules son tan grandes y tristes que mas parecen ojos de santa

que de mujer: su nariz y su boca son de una suavidad encantadora; su frente tersa y algo estrecha hace resaltar el negro vigoroso de sus cejas y pestañas; es alta, y su cuello largo como el de un cisne se dobla con lánguida gracia, como si no pudiese sostener la peregrina cabeza que pesa sobre él.

El aspecto de aquella jóven hace llorar; no parece nacida para la tierra, y se la creeria próxima á volar al cielo.

En efecto, al contemplar su rostro enflaquecido por la parte inferior; lo hundido de su pecho; el brillo que aparece, sin notarlo ella, en sus grandes ojos; el subido carmin que á intérvalos invade sus descoloridas megillas, y la forma afilada de sus divinas manos, conócese bien que una terrible enfermedad de pecho va desatando uno á uno todos los lazos de su vida.

Lleva un vestido muy largo de percal azul y un pañolón de cuadros verdes y encarnados; pero el menos perspicaz adivinaria sin esfuerzo que aquellas prendas no se han hecho para su cuerpo, pues la vista de su talle frágil y elegante y de su distinguida belleza, hace pensar involuntariamente en rasos, terciopelos y pedrería.

—Ea, ya está cocida la sopa de mis ángeles, dijo de repente la jóven morena, levantándose trabajosamente; voy á despertarlos.

—¡Oh, qué lástima quitarles el sueño, Lucía! exclamó la jóven rubia con dulcísima voz; déjeles usted que des-

pierten ellos, se lo ruego!

—Pero señorita Evangelina, quisiera sentarme pronto para concluir esa labor, cuyo dinero nos hace tanta falta; contestó Lucía; y luego añadió dolorosamente.

—¡Cuando pienso en que estoy cerca de la hora de mi parto me estremezco! quizás puede llegar hoy, y no tenemos ni un cuarto!

—Yo trabajaré, Lucía.

—¡Trabajar usted! ¡Ah! ¡mi amada señorita! ¡no puede trabajar!... ¡Está aun tan delicada!...

—No, no, Lucía, estoy ya buena, dijo Evangelina esforzándose para sonreír; desde hoy voy á buscar trabajo; yo tenia en otro tiempo algun talento para la música y ahora nos servirá; daré lecciones por las casas.

Un golpe de tos seca y profunda cortó la palabra á la condesa; llevóse en seguida el pañuelo á la boca y bien pronto aparecieron en él anchas gotas de sangre; mas ocultándolo á la vista de Lucía, lo guardó rápidamente en el bolsillo.

—¡Ah, señorita! mi amada señorita, exclamó Lucía sollozando; por mas que disimule usted está muy enferma!... ¡sí, sí, horriblemente enferma!... ¡y yo sin poder llamar á un médico. Dios mio!

Una sonrisa dulcísima y resignada pasó por los labios de Evangelina, pero desapareció como un rayo de luna tras de una nube.

—Aseguro á usted, Lucía, que estoy buena; esta tos es

una reliquia de mi estancia en las aguas del canal, hasta que su esposo me sacó de él, y toda mi vida la tendré.

—¡Pobre Antonio mio! murmuró Lucía, si él viviera nada nos faltaria, al paso que así...

—Yo soy una carga harto pesada para usted, mi pobre Lucía, dijo con tristeza Evangelina; ha agotado con mi enfermedad todos sus recursos, y he venido á aumentar su familia... hasta ha tenido usted que vestirme!...

—¡No diga usted eso, por Dios, señorita! ¡Una carga para mí! Despues de mis hijos nada hay en el mundo que yo ame tanto; ¿acaso podré yo olvidar jamás las palabras de Antonio?—No abandones nunca á la señorita, me dijo, el bien que la hagas traerá sobre tí y nuestros hijos la bendicion de Dios, porque es una santa—y crea usted, señorita, que si se separara de mí, moriria de pesar; mis hijos y usted es cuanto tengo en el mundo desde que perdí á mi Antonio!

Las lágrimas embargaron la voz de la pobre viuda. Evangelina tomó entre sus manos de marfil las manos callosas de Lucía, y las estrechó afectuosamente.

—No me separaré nunca de usted, amiga mía, dijo; yo tambien soy sola en el mundo, ¡ay! mucho mas sola, pues hasta mis hijos he perdido!

Ahogóse aquí la voz de la condesa; pero reponiéndose poco á poco de su emocion, continuó:

—Perdone usted, Lucía, que le calle mi historia; es tan terrible, que solo al sepulcro puedo confiarla; bástele sa-

ber que soy viuda como usted y que he perdido dos hijos... de la edad de los de usted... y los únicos que tenía!

—¡Oh, calle, calle usted, señorita; exclamó Lucía asustada al ver la alteración de las facciones de la condesa y rodeándola con sus brazos; nada quiero saber... ¿acaso no se conoce con solo verla, que es usted una gran señora, pero muy desgraciada? ¿Acaso no es buena como los ángeles de Dios?

—Sí, he sido muy desgraciada, mi buena Lucía, dijo Evangelina cuyos grandes ojos brillaban empañados por el llanto; pero, añadió con voz mas tranquila y sonriéndose con esfuerzo, estamos perdiendo el tiempo que es nuestro único tesoro; siéntese usted á coser, Lucía, yo daré el desayuno á los niños cuando despierten.

—Voy á complacer á usted, señorita; en verdad tengo que darme mucha prisa para acabar antes de las doce esas tres camisas; luego iré á llevarlas y con los seis reales que me den compraré arroz y pan para comer; pero ahora que recuerdo, ¿qué va usted á tomar para desayuno?

—Yo... nada; no tengo gana, ¿y usted?

—Yo me pasaré muy bien así hasta las dos; espere usted.

Y Lucía salió corriendo, apareciendo pocos instantes despues con un bollo tierno y humeante.

—Cómalo caliente, señorita, dijo; encontré cuatro cuartos en el bolsillo del delantal y la he comprado esa

torta. La pobre Lucía mentía; ni un maravedí tenía en su poder, y solo á fuerza de ruegos habia podido conseguir del panadero de la esquina que le fiasse aquel bollo sobre lo mucho que le debía.

No bien dejó el bollo en manos de Evangelina, salió á la salita, y sentándose en una silla baja, se puso á coser presurosa.

La condesa partió la mitad del bollo y la llevó á sus labios; pero aquel alimento insípido é insano repugnaba á su paladar escandecido por la fiebre, y ni aun pudo tragar la partícula que tenia en la boca.

—¡Oh, Dios mio! exclamó alzando al cielo sus grandes ojos; ¡haz que mi agonía no sea larga! llámame pronto junto á tí, para que no haga padecer mucho á esta noble mujer!

En aquel instante despertaron los niños; la condesa besó sus frentes y los sentó en la cama mientras ellos la sonreían como á una antigua amiga; en seguida les repartió el pedazo de bollo que no habia podido comer, y fué á tomar la sopa del fogon y una pequeña cuchara de boj de una mesilla inmediata; sentóse junto al lecho y empezó á dar á los niños la sopa, cuidando con maternal solicitud de que las cucharadas que daba al mayor contuviesen mas cantidad.

Las pobres criaturas la devoraron en breve, porque aquella corta racion era muy inferior al hambre que te-

nian; no bien hubieron concluido, les vistió la condesa, hablándoles dulcemente, y luego lavó sus rostros infantiles y peinó con esmero sus largas y rizadas cabelleras rubias.

—Vamos, Antonio, Enrique, vamos á dar á mamá los buenos días, dijo tomándoles por la mano y saliendo con ellos á la salita; pero al llegar á ella se escapó un grito de sus lábios.

Lucía pálida y con los ojos cerrados tenia caida la labor á los piés y la cabeza doblada sobre el pecho.

Evangalina volvió á entrar en el dormitorio y tomó la mitad del bollo que habia dejado sobre la mesa.

—Coma usted esto, Lucía, dijo; lo que tiene es una gran debilidad.

La pobre mujer tragó con trabajo los pedazos de aquella masa que Evangalina ponía suavemente en su boca y abrió los ojos.

—Señorita... tartamudeó con voz cortada; señorita, estoy muy mala.

—No tema usted, Lucía; Dios va á darle por tercera vez la dicha de ser madre.

—¡Oh, pero no tenemos ni un cuarto... ni médico!

—Dios nos enviará de todo, tranquilícese usted... ¿no me ha dicho en otras ocasiones que hay por aquí cerca un médico que tiene horas para visitar á los pobres?

—Sí, señorita... en la calle del Nuncio.

—Voy, pues, á buscarle.

La condesa acercó una silla á la espalda de Lucía; puso en ella las dos únicas almohadas que habia en la casa en las cuales recostó la cabeza de la enferma, y envolviéndose en una mantilla de manto salió presurosa de la boardilla.

Mas al concluir de bajar el primer tramo de la escalera, la luz faltó á sus ojos y cayó sentada en uno de sus últimos peldaños; una palidez mortal cubrió su frente y llevó al pecho su enflaquecida mano.

—¡Oh, Dios mío! exclamó; ¡dejadme vivir hasta que esté buena Lucía!

Y levantándose trabajosamente salió á la calle y se dirigió á la del Nuncio.

V.

La pobre Evangelina tardó largo rato en andar la corta distancia que separa la calle del Almendro de la del Nuncio; se informó en una tienda de las señas de la casa que habitaba el médico y se encaminó hácia ella lo mas de prisa que pudo.

No obstante, por intervalos, se veia obligada á pararse porque se sentia desfallecer; parecíale que tenia delante de los ojos alguna cosa que la deslumbraba, y que millares de luces reflejaban ante su vista; otras veces un golpe de tos seca y violenta llenaba sus lábios de sangre, y un dolor abrasador y punzante la devoraba el pecho.

La desdichada jóven, salvada por el guarda Antonio

del fondo del canal, hubiera sido infinitamente mas dichosa encontrando en él su sepulcro; herida de muerte su existencia por la inhumana conducta de su esposo, el trágico fin de aquel hombre á quien tanto habia amado y que era el padre de sus hijos, fué el golpe cruel que acabó de postrar sus fuerzas, y que la hizo perder la razon.

Su precipitada carrera en aquella fria madrugada y la larga estancia en las aguas heladas del canal, desarrollaron en su frágil organismo el último y mas terrible período de la enfermedad, que desde hacia mucho tiempo minaba, aunque lenta y sordamente, los órganos de su vida; cuando Antonio pudo asirla de las largas trenzas de su cabellera, era ya la tercera vez que salia á la superficie, síntoma infalible de estar ya casi ahogada.

Al verla el generoso guarda estendida á sus piés, yerta é inanimada, la creyó un ángel ó una santa descendida del cielo; despues de hacerla arrojar la no escasa cantidad de agua que habia tragado, la condujo en sus brazos hasta su casa, donde la buena y tierna Lucía la preparó una cama bien caliente acostándola en seguida y cuidando de ella durante un mes, con la mas esquisita solicitud; pero su pobreza no la permitia emplear los medios enérgicos y eficaces que hubieran sido indispensables para conseguir un pronto y completo restablecimiento; ni aun se la ocurrió llamar á un médico, y si bien Evangelina recobró despues de algunos dias la elasticidad de sus miembros ateridos, la enfermedad mortal que la aquejaba hizo tan

rápidos y asoladores progresos, que tomaron el carácter de incurables.

La inesperada muerte de Antonio sumió á su viuda en la indigencia; mas de un día pasaron las dos pobres mujeres sin desayunarse y sin tener un pedazo de leña siquiera que atenuase el riguroso frío de la estación; mas de un día sucumbió Evangelina á una congoja de largas horas producida por el frío y el hambre; empero ni la queja mas leve salía de los labios de la pobre mártir que se contentaba con rogar á Dios que la llamase pronto junto á sí.

En aquella mañana, en que sus sufrimientos habian llegado á su último grado, sentia dentro de su corazón una especie de alegría triste y dulce á la vez.

¡Desdichada! iba en busca de un médico para la benéfica criatura que la habia amparado, mientras ella se moría sin que pensase en procurarse igual socorro.

La muerte era para ella un bien, y la saludaba como á una tierna y compasiva amiga; desde el fondo de su alma dirigia un tierno adios á su tía, á sus primos y á sus amigos, y hacia el propósito de rogar por su dicha á los pies del trono del Señor.

Llegó, por fin, hasta la casa que buscaba; subió penosamente y llamó con mano trémula, siendo introducida en una salita donde el médico estaba desayunándose con café y tostadas con manteca.

—¿Qué se le ofrece á usted, jóven? preguntó á Evan-

gelina el doctor, que era un grueso y grave personaje.

Pero esta, pálida y con la respiracion oprimida, apenas podia hablar y tuvo que dejarse caer en una silla.

—Perdon, señor... murmuró: ¡estoy tan cansada!...

Doblóse su cabeza sobre el pecho, y se apagó su voz.

Hacia cerca de veinticuatro horas que la desdichada jóven no habia tomado alimento alguno.

Levantóse el doctor; acercóse á ella, y echó atrás el velo de su mantilla; despues tocó sus sienes heladas, y aproximándose á la mesa llenó un vaso de leche caliente, puso en él una cucharada de azúcar y lo acercó á los labios de Evangelina que tragó lentamente algunos sorbos, arrastrada quizá por esa rara é incomprendible fuerza del espíritu de conservacion que no abandona nunca, ni aun á los séres que desean la muerte.

—¡Pobre jóven! tartamudeó el doctor; ¡se está muriendo de necesidad! ¡Y tan enferma! Vamos, prosiguió volviendo á acercar el vaso á los labios de Evangelina; vamos, señorita, acabe usted de beber, esto le será de mucho provecho.

La desventurada condesa bebió ansiosamente el resto de la leche.

—¡Ah, señor! ¡Dios bendiga á usted! exclamó con los ojos llenos de lágrimas devolviendo el vaso al doctor.

El fervor de esta exclamacion descubrió el extremo de miseria que aquejaba á la hermosa y distinguida jóven; pero el médico guardó silencio esperando á que ella ha-

blase.

—Vengo, señor, dijo al fin Evangelina, á suplicar á usted que se digne asistir á una pobre mujer que está de parto.

—Con mucho gusto, hija mia, contestó el doctor, ¿dónde vive?

—En la calle del Almendro, número 7.

—Pues vaya á consolarla que ya la sigo; y sacando una moneda de oro del bolsillo de su bata la puso en la mano de Evangelina, añadiendo con bondad: hágame usted la merced de admitir esto y tome un coche para que pueda volver mas pronto á su lado y preparar los primeros medicamentos.

Un arrebatado carmin cubrió el blanco y dulce rostro de Evangelina, que rechazó la moneda con orgullosa dignidad.

—¡Gracias, señor! dijo; todavía no pido limosna.

El doctor la contempló durante algunos segundos con profunda admiracion, y luego estrechó su mano.

—Perdone usted, murmuró, noble jóven; pero dese prisa que la enferma estará tal vez aguardándola con impaciencia.

Evangelina bajó la escalera y salió á la calle dirigiéndose inmediatamente á una peluquería situada enfrente de la casa del doctor.

—¿Quiere usted comprar mi pelo, caballero? preguntó tímidamente al que parecia dueño de la tienda.

Este desenlazó las magníficas trenzas rubias de la jóven, que casi descansaron en el suelo.

—Si me lo vende usted barato, contestó tras un maduro exámen, no hay inconveniente.

—Usted le pondrá precio, se apresuró á decir la desdichada bajando los ojos.

—Entonces siéntese usted que me parece que no se irá descontenta.

Y el peluquero, temeroso de que se le escapase aquel tesoro, hizo sentar á Evangelina y pasó sus enormes tijeras por el nacimiento de su esplendida cabellera, que encerró ansioso en un cajón.

—Tome usted dos duros, señorita, es todo lo mas que puedo dar; dijo despues, poniendo en la mano de la desdichada Evangelina dos napoleones que sin duda por deslumbrar mas á la jóven, bautizó el peluquero con el nombre de duros.

La infeliz condesa alzó al cielo una mirada de gratitud y salió presurosa de la tienda; ya llevaba con que dar caldo á Lucía.

Al llegar á la puerta de su casa entraba tambien en ella el médico.

La condesa rogó á una vecina que fuese á buscar lo que hacia falta para asistir á la enferma y subió á su cuarto en pos del doctor.

VI.

No bien recibió Víctor las cartas de doña Catalina y de Luis en las cuales le rogaban se pudiese inmediatamente en camino para presenciar el enlace de este con Adoracion, se apresuró á cumplir los deseos de su madre y de su amigo, ó mas bien, de su hermano, pues como á tal le amaba desde la época en que la generosidad del joven doctor y de su padre le habia abierto una carrera y un porvenir.

La simpatía que unia á los dos jóvenes era profunda y grave como sus caracteres.

Víctor, aunque contaba dos ó tres años menos que Luis, era como él meditabundo, reflexivo y cariñoso; el amor que desde su mas tierna edad habia profesado á Evangelina, amor sin esperanza y sin consuelo, habia madurado su carácter prematuramente y le habia impreso un sello de melancolía que nada podia disipar.

Abandonó, pues, la capital de Francia con el propósito de regresar á ella tan pronto como se efectuase el enlace de su hermana, porque Madrid le inspiraba un horror profundo; mirábalo como la tumba de Evangelina y solo el amor de su familia y su deseo de presenciar la dicha de sus hermanos podian haberle decidido á volver á él.

La amorosa impaciencia de Luis habia hecho que se preparase todo para que la boda pudiera realizarse no

bien llegase Víctor.

Dos días antes del en que se le esperaba, se publicó la última amonestación y dos horas después de entrar en Madrid debían dirigirse á la iglesia para celebrar la tan suspirada ceremonia.

A las siete de la noche llegó por fin la diligencia, y al poner el pié en el estribo se encontró Víctor en los brazos de doña Catalina, de don Anselmo, de Adoración y de Luis.

Venia el jóven pálido y enflaquecido; la tristeza de su mirada y la vaguedad de su sonrisa vendían el hondo y devorador pesar que minaba su alma.

Encamináronse todos á casa de doña Catalina que se apoyó en el brazo de don Anselmo, tomando Adoración el de su hermano.

—¡Dios mio! Víctor ¿qué tienes? exclamó la jóven clavando una angustiosa mirada en el semblante de este. ¡Oh! temo que la vista de mamá se fije en tu rostro y descubra en él el estrago que ha hecho la tristeza; afortunadamente la oscuridad no la ha permitido verle todavía, pero en casa...

—Tampoco tu fisonomía revela una salud á prueba, hermana mia; contestó Víctor sonriendo melancólicamente y examinando las bellas facciones de Adoración, pálidas en efecto desde su última enfermedad.

—Será aprension tuya... balbuceó Adoración.

—No, no es aprension, replicó Víctor; ¿díme que te pa-

sa, qué sientes hermana mía?

—Lo mismo que tú, exclamó Luis en voz baja.

—¿Luego sabéis?...

—¡Todo!

Un largo silencio sucedió á estas palabras. Nadie volvió á hablar hasta llegar á casa.

No bien entraron en ella, Víctor se encerró en su cuarto para cambiar de traje, y Adoracion entró en su tocador con su madre para vestirse tambien.

Poco tardaron ambas en volver á la sala donde esperaban el boticario y su hijo; el riguroso luto que vestia toda la familia habia excluido hasta el mas ligero adorno del traje de la desposada; llevaba, sin embargo, un elegante vestido de raso negro, y sus magníficos cabellos estaban medio cubiertos por una riquísima mantilla de terciopelo guarnecida de blondas, que habia sido uno de los regalos de boda de don Anselmo.

El traje de luto de doña Catalina era tambien de mucho valor.

Luis vestia igualmente de luto riguroso; aunque todos los dolores de Adoracion le pertenecian, aunque como ella sentia la pérdida de Evangelina, no habia podido participar hasta entonces de las señales exteriores.

Un instante despues salió Víctor de su cuarto precedido de Camelia que saltaba alegremente; el traje negro del artista hacia resaltar la extrema palidez de sus facciones, y sus ojos enrojecidos decian claro que habia derra-

mado amargo llanto; ofreció el brazo á su madre, y la pobre señora, al fijar en él sus ojos tuvo que hacer un esfuerzo violento para contener un grito de angustia. No obstante, demasiado generosa para alterar la alegría de su hija se contuvo y tomó silenciosamente el brazo de Víctor.

Adoracion se apoyó en el de don Anselmo; Luis pasó á su lado y se dirigieron á la iglesia.

Camelia se adelantó saltando como de costumbre; en vano trató Francisca de detenerla; la alegre perrita se lanzó á la calle y no hubo mas remedio que dejarla ir, aunque con grave sentimiento de todos.

VII.

Despues de algunas horas de terribles padecimientos dió á luz la viuda del guarda Antonio una hermosa niña; el generoso doctor permaneci6 á la cabecera de su cama todo el tiempo que duró el peligro, y la pobre Evangelina halló fuerzas en su heroismo para atender á la enferma en su crítico estado con la mas esmerada y tierna sollicitud.

El doctor la contemplaba asombrado; persuadido de que aquella desventurada criatura estaba al borde del sepulcro, no podia convencerse de ello sin embargo, al verla moverse con tanta actividad.

El buen señor, aunque notó que Evangelina tenia cor-

tados los cabellos no sabía el sublime sacrificio que la había despojado de ellos; cuando fué á buscarle llevaba la cabeza cubierta con la mantilla y al verla rehusar con tanta entereza el dinero que la había ofrecido, creyó que contaba con algunos medios y que se había engañado al creerla sumida en la mayor miseria.

Hubo empero un instante en que calmados un tanto los dolores de Lucía, fijó esta sus ojos con reconocimiento en el semblante de la condesa que la sostenia; la mirada de la viuda se posó en la cabeza de Evangelina y una viva sorpresa se pintó en sus facciones alteradas por el sufrimiento.

—¿Qué ha hecho usted de sus hermosos cabellos, señorita? exclamó asombrada.

La condesa bajó la cabeza y un subido carmin coloreó su dulce fisonomía.

Al notar su confusion surgió un rayo de luz en la mente del médico, que acudió con la mayor naturalidad á sostener á Lucía.

Aprovechando Evangelina esta favorable ocasion de ocultar su turbacion, salió de la alcoba presurosa sin decir una palabra.

—¿Tenia usted dinero en casa esta mañana? preguntó el médico á la jóven.

—Ni un cuarto, señor, contestó esta tristemente; y ahora que pienso... ¡Ay, Dios mio! ¿de donde habrá sacado la señorita para esa bebida que me da y para el caldo

excelente que me ha preparado?

—¡Oh, santa criatura! exclamó el doctor elevando al cielo sus manos juntas y sus ojos arrasados de llanto.

—¿Qué dice, señor?

—¡Qué ha vendido sus cabellos para socorrer á usted!

Un grito penetrante se escapó de los labios de Lucía, que rompió á llorar con su noble corazón agoviado por el exceso de su gratitud.

—Calle usted, dijo el doctor: nada la diga porque la haría ruborizarse de su heroísmo.

En aquel momento apareció Evangelina. Lucía calló, pero tomando una de sus blancas manos abrasada por la calentura, la cubrió de besos y de lágrimas.

La fisonomía de la condesa estaba enteramente demudada; brillaban sus grandes ojos con un fulgor sombrío, mientras que su palidez se hacia cada vez mas intensa.

El mismo doctor fué á la cocina y volvió con una taza de caldo que hizo tomar á Evangelina.

Pocos instantes despues y precipitado el parto sin duda por la fuerte emocion que Lucía habia sentido, dió esta á luz á su hija; el médico recomendó quietud y reposo y salió para volver dentro de cuatro horas.

Entonces la condesa corrió á tomar el cesto que contenia la costura de Lucía, y sentándose junto á la ventana, se puso á coser con actividad, para concluir las camisas, llevarlas y cobrar su importe.

Cerca del anochecer era cuando acabó su obra con la

mayo.

Al verla abrir los ojos, Luis separó con suavidad á su esposa; tomó la mano de la condesa y puso alternativamente la otra en la frente y en su pecho.

Pero ¡ay! este exámen hizo palidecer densamente al jóven doctor.

Al observar el trastorno del semblante de Luis, se acercó á él su padre, que se habia dejado caer abatido en un sillón.

—¡Padre mio! exclamó el jóven. ¡Padre! que venga sin perder un instante un confesor!...

Víctor lanzó un grito ronco y llevó su mano al corazón, mientras el anciano salia presuroso del dormitorio. Doña Catalina y su hija se estrecharon contra el lecho, del cual se separaron todos bien pronto para dejar paso á un venerable sacerdote que entró precedido de don Anselmo.

La condesa hizo contrita su confesion, y la de una santa en la agonía no podia ser mas pura.

El sacerdote abandonó la estancia con los ojos llenos de lágrimas.

—Tía mia... dijo entonces Evangelina: ¿quiere usted llevarme á su casa de la aldea... para que pueda morir... donde... tan feliz he sido?...

Doña Catalina consultó á Luis con una mirada ansiosa.

—Aun podrá llegar á Aybar, madre mia, observó en

voz baja el doctor.

—Mañana partiremos, hija amada, dijo la señora de Sandoval, abrazando tan estrechamente á Evangelina, como si hubiera querido trasmitirla toda su vida.

FIN DE LA PARTÉ TERCERA.

CONCLUSION.

Victor y Lucía.

Una buena accion nunca
es perdida.

(PROVERBIO POPULAR.)

Un mes despues exhaló la condesa viuda de San Telmo el último suspiro en el seno de su familia y reclinada en los brazos de Adoracion. Su rostro quedó tan hermoso que parecia que Evangelina estaba dormida en el sillón que fué su lecho postrero.

Evangelina quiso morir en el saloncito de labor, donde tantas veces habia jugado al volante con Adoracion, y donde ambas trabajaban en compañía de doña Catalina y de Víctor.

Sus últimas palabras fueron asegurar con los ojos clavados en el cielo y el semblante radiante de alegría, que veía abrirse la azulada cortina del firmamento, y tras ella la gloria, desde donde sus hijos la tendian los brazos para recibirla.

Toda la familia había dejado ya la sala en que yacía el cuerpo helado de Evangelina; solo Víctor y Lucía permanecieron arrodillados á sus piés hasta que la sacaron de la casa; el jóven tenia los ojos secos y encendidos; la viuda de Antonio con su hija en los brazos y rodeada de sus otros dos hijos lloraba amargamente, besando sin cesar las manos yertas de la condesa.

Trascurridos tres dias, Víctor participó á su familia reunida que había resuelto casarse dentro de un mes; este anuncio cuando acababan de terminarse los funerales de la mujer á quién tanto había amado, hizo temer á todos por la razon del jóven; pero Luis que al parecer estaba ya enterado de los proyectos de su hermano, les tranquilizó asegurándoles que su propósito era hijo de una madura reflexion.

—Sí, añadió entonces el pintor; me caso con Lucía; no puedo pagarla mejor lo que ha hecho por el ángel cuya pérdida lloramos; dándola mi nombre y mi mano seré el amparo de esa infortunada, y sus tres huérfanos encontrarán en mi un padre amante y generoso.

Doña Catalina abrazó estrechamente á su noble hijo y dió gracias al cielo de que le hubiera inspirado este pensamiento, porque, en efecto, desprendiéndose de toda preocupacion acerca del humilde origen de la jóven viuda, no

era posible encontrar una criatura mas generosa, mas amable ni de ípdole mas dulce; la natural distincion de sus modales y la regular educacion que aunque hija del pueblo habia recibido, la hacian además muy superior á las mujeres de su clase.

—Con nadie, prosiguió Víctor, con nadie mejor que con Lucía podré hablar continuamente de Evangelina; porque Lucía es la única mujer á quien puedo hacer dicha suyiendo al suyo mi destino. ¿Qué otra admitiria en cambio de su amor un corazon desgarrado? ¿Cuál no tendria celos, continuó señalando á través del balcon abierto la losa que cubria los restos de la condesa, cuál no tendria celos de ese sepulcro á cuyo lado quiero pasar mi vida? Solo Lucía tiene bastante infortunio y nobleza para encontrar dicha en donde únicamente existirian motivos de amargura para todas las demás.

A los quince dias siguientes, y á la caída de una hermosa tarde de mayo, Adoracion y Luis se despedian rezando del sepulcro de Evangelina; luego se levantaron, abrazaron á sus padres, á Víctor, á Lucía y á sus niños que tambien estaban arrodillados detrás de ellos, y subieron á una silla de posta que debia conducirles á Madrid.

—¡Hasta que me traigais un Luisito, hijo mios! exclamó don Anselmo.

La silla partió, y doña Catalina abrazó cariñosamente á Lucía.

—Ahora, hija mia, la dijo, ya no me queda otra compañía que la tuya.

—Mi amor consolará á usted de la ausencia de mi hermana, madre mia, contestó noblemente la jóven.

Doña Catalina, don Anselmo, Víctor y Lucía se dirigieron á la quinta; los dos niños saltaban delante, y su inocente alegría hizo asomar por fin una sonrisa á los labios de los ancianos.

Desde entonces todos los veranos iban á Aybar Luis y Adoracion; al anochecer, los buenos campesinos de aquellos contornos, veian diariamente arrodillada junto á la losa que guardaba el cadáver de la condesa de San Telmo, á una dilatada familia compuesta de dos ancianos venerables, cuatro hermosos jóvenes de ambos sexos y algunos niños; tres de estos eran hijos de Antonio; dos llevaban el apellido de Víctor, y los otros tres restantes eran fruto del amor de Luis y Adoracion.

Víctor fué dichoso con Lucía, cuanto podia serlo; esta amable y generosa jóven cerró los ojos de doña Catalina, y su dolor fué tan grande como el de Adoracion, con la cual la unió siempre la afeccion mas tierna.

Víctor no quiso salir jamás de aquel rincon de Navarra; el mundo para él estaba en el sepulcro de Evangelina, en el amor de sus hijos y en la tranquila y sublime

ternura de Lucía. Olvidóse completamente de la gloria que en sus primeros años tanto ambicionára, y su vida oscura patentizó bien claro que ese fantasma ilusorio se convierte en humo para los corazones que desgarró el pesar.

FIN.

ÍNDICE

PARTE PRIMERA.

LA CASA BLANCA Y LA CASA VERDE.

	<u>Págs.</u>
CAPITULO I.	123
— II.	126
— III.	131
— IV.	139
— V.	143
— VI.	148
— VII.	161
— VIII.	173
— IX.	179
— X.	187
— XI.	195

PARTE SEGUNDA.

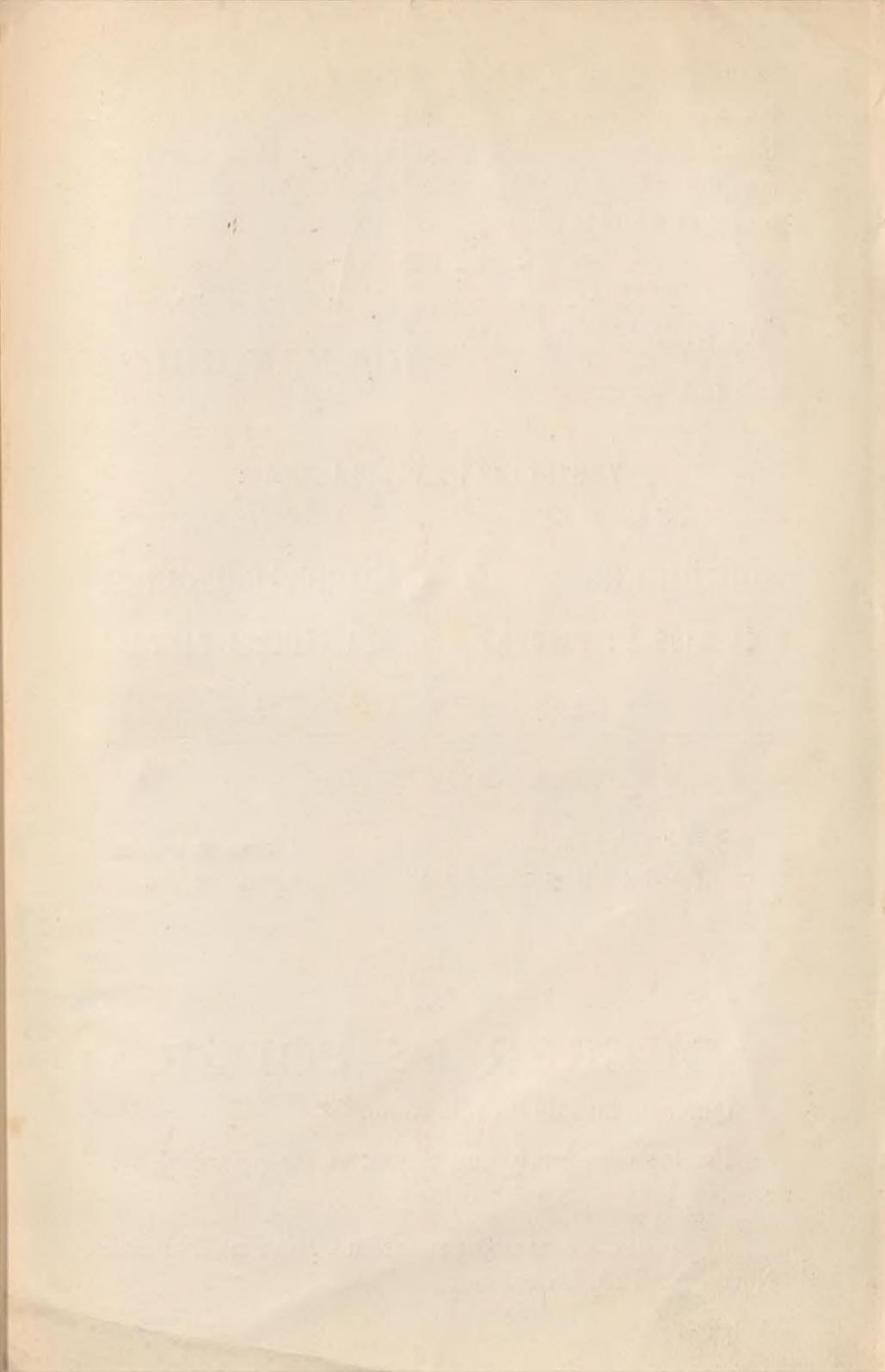
LA DAMA DEL GRAN MUNDO.

CAPITULO I.	200
— II.	205
— III.	212
— IV.	214
— V.	219
— VI.	223
— VII.	231

PARTE TERCERA.

EL MARTIRIO.

CAPITULO I.	238
— II.	247
— III.	252
— IV.	255
— V.	266
— VI.	272
— VII.	275
CONCLUSION.—Víctor y Lucía.	281



Las obras de *Maria del Pilar Sinués* comprenden las que están completamente agotadas, y que se publicarán nuevamente corregidas y ampliadas, y otras completamente inéditas que la autora ha escrito expresamente para esta edición.

LAS NUEVAS SON:

UNA
ALMA GRANDE.
LA GITANA.

PLACIDA.
NO HAY CULPA
QUE NO SE PAGUE.

Y ENTRE LAS AGOTADAS FIGURAN:

MARGARITA.
QUERER ES PODER.
UN NIDO DE PALOMAS.

FLOR DE ORO.
MUJERES CÉLEBRES.
LA PRIMERA FALTA.

LA AMIGA ÍNTIMA, etc., etc.

VAN PUBLICADAS.

MARGARITA (4.ª edición).	TOMO, 8 REALES.
PLACIDA.-UN DRAMA DE FAMILIA.	» 8 »

EN PREENSA.

QUERER ES PODER.

Que constará de un solo tomo.

Puntos de venta y suscripción; en las principales librerías de España y América.

Los pedidos á SALVADOR MANERO, EDITOR, R. Norte, n.º 128, Barcelona.